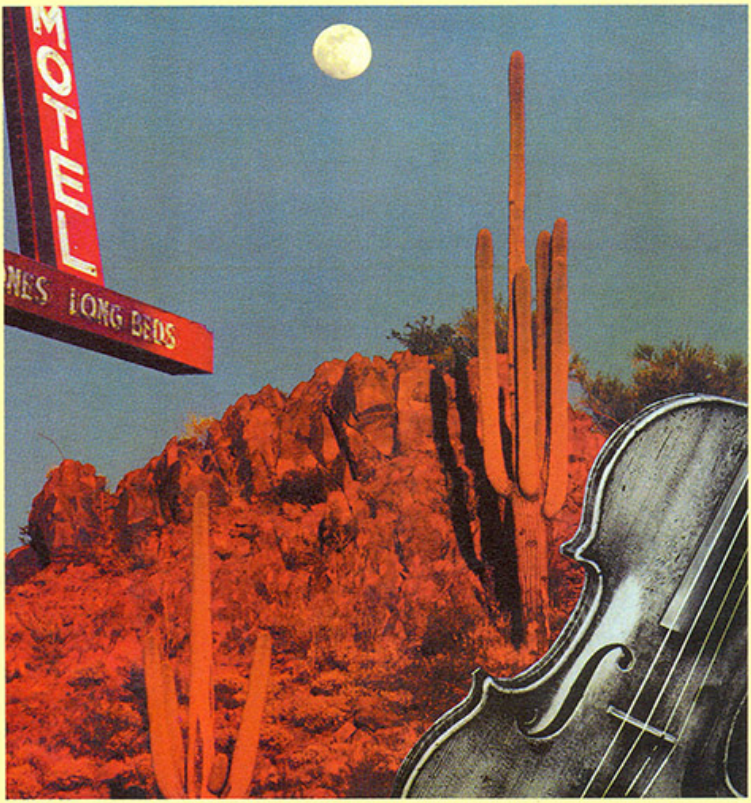
SAM SHEPARD

Cruzando el paraíso



13

Se ha dicho de Sam Shepard que, aun siendo el cronista de la América más desolada y profunda, es uno de los últimos creadores de espíritu auténticamente renacentista: desde su debut, en 1964, con *Cowboys*, ha escrito más de cuarenta obras de teatro, y es considerado uno de los mejores dramaturgos americanos; es también un excelente actor, nominado para el Oscar por su papel en *Elegidos para la gloria*; ha escrito los guiones de películas tan definitivas como *Zabriskie Point* y *París, Texas*, y fue el líder de un grupo de *rock*, los Holy Modal Bounders.

Ahora nos ofrece un libro seductor y enigmático, que se propone como ficción pero que puede leerse a contraluz como la novela de la vida de Shepard. Son más de cuarenta textos muy sugerentes, entre los que hay cuentos espléndidos, ficciones breves, diálogos enardecidos o desesperados entre amantes que se separan o son abandonados, confesiones, recuerdos de infancia y adolescencia, y fragmentos del diario de un actor que rueda en México una película de un director alemán. Y así, podemos presumir que los diarios de rodaje lo son de *Voyager*, la película de Volker Schlóndorf en la que Shepard Interpretaba a un ingeniero transhumante; que *Miedo al violín*, una extraña, bellísima narración sobre la fascinación de la música y el carácter satánico que se le atribuía a este instrumento, refleja de algún modo sus aproximaciones y alejamientos de la música; que las historias de padres e hijos de *Te veré en mis sueños* y del espléndido relato que da nombre al libro, *Cruzando el paraíso*, en el que dos amigos van al motel donde el padre de uno de ellos murió abrasado cuando se le incendió el colchón y vuelven a encender una hoguera, no son sino historias verdaderas donde se filtra entre líneas la intensidad de lo vivido…

Y quizá sea así como hay que leer este magnífico libro, como una travesía por el paraíso perdido de la propia vida que va quedando atrás, como el mosaico de una biografía que se muestra y se oculta, con un narrador y protagonista que sin decir nunca de una manera terminante «esto es ficción», o «esto es real», se desnuda ante sus lectores en un sobrecogedor juego de seducción literaria.

Sam Shepard

Cruzando el paraíso

Título original: *Cruising Paradise*
Sam Shepard, 1996
Traducción: Mauricio Bach, 1997

-

Revisión: 1.0

11/05/2024

Para John Dark, mi hijo Jesse,
y los días de García y Vega

—Tengo un hijo tuyo —me dijo después —. Allí está.

Y apuntó con el dedo a un muchacho largo con los ojos azorados:

—¡Quítate el sombrero, para que te vea tu padre!

Y el muchacho se quitó el sombrero. Era igualito a mí y con algo de maldad en la mirada. Algo de eso tenía que haber sacado de su padre.

—También a él le dicen *el Pichón* — volvió a decir la mujer, aquella que ahora era mi mujer—. Pero él no es ningún bandido ni ningún asesino. Él es gente buena.

Yo agaché la cabeza.

JUAN RULFO

EL HOMBRE QUE SE HA HECHO A SÍ MISMO

Para él, todo comenzó en un momento de pasmosa quietud. Algo se desprendió y cayó. Instintivamente, comprendió que ese «algo» era la arraigada y reconfortante idea que tenía de sí mismo como individuo diferenciado: una entidad americana llamada «el hombre que se ha hecho a sí mismo». La había adquirido a través de generaciones de irascibles ancestros provistos de idéntica mandíbula prominente y nariz bulbosa. Tenía sus fotografías sobre la repisa de la chimenea. Daguerrotipos que se remontaban hasta la época de la guerra de Secesión, en la que luchó su retatarabuelo, un hombre llamado Lemuel P. Dodge, que perdió una oreja combatiendo por el Norte y un brazo luchando por el Sur, y acabó sus días en Ojinaga, ahorcado por «mujeriego» y después, ya cadáver, fue arrastrado por las polvorientas calles hasta que su cabeza se separó del cuerpo. Pero no estaba solo en la repisa: lo acompañaban hombres de largas barbas y sombreros de paja de ala ancha, de pie en fila de a tres sobre enormes carros de heno, con horcas de madera en la mano, en una actitud casi bíblica, recortados contra el inmenso cielo. Ferroviarios al mando de potentes locomotoras, que saludaban agitando sombreros hongos, o se abrían paso mediante barrenos a través de montañas de granito, imparables gracias a su fe ciega en el Destino Manifiesto[1]. Y también generaciones posteriores, en cuya mirada empieza a asomar el misterioso destello de la duda. Pilotos de guerra con gorros de cuero y fulares de seda, que posan orgullosos apoyados en las alas de sus P-38, pero en cuya aguerrida sonrisa aparece una mueca torcida, como la de un cordero que sabe que ha

llegado su hora.

Había estudiado esos rostros en más de una ocasión en los atardeceres, cuando los destellos del fuego iluminaban la repisa. Cogía las fotos para echarles un vistazo más de cerca mientras caminaba lentamente por la habitación, fumando y ladeando la fotografía para evitar el reflejo del fuego en el cristal. Se sentaba con los retratos sobre el regazo y les quitaba el polvo con suavidad, amorosamente, con su pañuelo azul. Sentía que tenía una conexión con ellos más real que imaginaria. Más real que con sus parientes vivos, desperdigados por puntos lejanos de la geografía del país; lugares que no tenía ningún interés en visitar, como Tampa o Seattle. Lugares que podrían perfectamente haber estado ubicados en la cara oculta de la Luna. Había llegado a la conclusión de que la soledad era algo natural. Había aprendido a no darle vueltas, a evitar las ilusiones de la mente en lo que a mujeres concernía, a evitar por completo la imaginería de la seducción. En el pasado nunca había valido la pena. Con respecto a eso no había que fiarse de lo que la cabeza le dictase a uno, porque tan sólo le había traído terribles pesares. Ahora, al menos, se había concedido una breve tregua.

Se levantó y dejó la fotografía en su lugar sobre la repisa; era la de su abuelo conduciendo una camioneta Ford T con un mulo en el remolque. Siguió contemplando la imagen durante un rato, mientras oía a las lechuzas alimentando a sus crías en la copa del viejo chopo que había junto a la parte trasera de la casa. Era un ritual nocturno que cada primavera esperaba con entusiasmo. Tomó la linterna, salió con sigilo al porche y proyectó el haz de luz sobre la parte superior del tronco, que tenía una amplia hendidura, hasta rodear el nido con un círculo perfecto de luz. Este año había dos polluelos, que en cuanto sintieron la luz sobre sus ojos dejaron de ulular. La madre apareció sobre ellos, con una pequeña serpiente negra en las garras. Volvió la cabeza hacia el haz de luz, agitó las alas y se posó en el nido. El croar de las ranas se sobrepuso al ulular de las lechuzas; después disminuyó hasta fundirse con el zumbido distante de un camión que rodaba en dirección sur. Apagó la linterna, con la esperanza de que las lechuzas volviesen a ulular, con la esperanza de

que sucediese algo que rompiese la creciente quietud. Trató de escuchar el mugido de algún ternero a lo lejos. No oyó nada. Trató de distinguir el rumor del viento. Nada. Se aclaró la garganta para al menos poder escucharse a sí mismo, para sentir su presencia allí. Le pareció el sonido de un ser humano. De un ser humano cualquiera, indefinido. Como si en el porche hubiese un extraño a sus espaldas. Se volvió para comprobarlo. No había nadie. Tan sólo su respiración. Y su corazón bombeando sangre. Estaba a punto de decir algo, pero ¿a quién?, pensó. ¿Y decir qué? ¿En nombre de quién? Su corazón empezó a palpitar con más rapidez y todo su lenguaje interno pareció reunirse en un nudo palpitante al fondo de su garganta. Le ardía, como si se le hubiese atragantado una minúscula nuez negra que se la obturase. Le dominó el pánico. De pronto, nada separaba a su piel de la noche, nada separaba a su aliento del denso aire circundante. Se volvió hacia el enorme y oscuro árbol y alzó la vista. Los ojos de la lechuza adulta le miraron y parpadearon. Un resplandor amarillo y después la oscuridad. Su propia mente se quedó en blanco. El vacío lo llenó por completo. Parecía precipitarse a través de su cuerpo, robándole hasta la última idea, hasta el último sentimiento. No dejó nada tras su paso, excepto la omnipresente sensación de seguir respirando. Una pulsación que él ni provocaba ni controlaba. ¡Qué paz!, pensó, y en el mismo momento en que esa idea lo envolvía, la paz lo abandonó.

16/7/94 (Del Rio, Texas).

EL AUTÉNTICO GABBY HAYES[2]

Yo tenía siete años y había acompañado a mi padre a un lugar de Mojave llamado Hot Springs. Buscábamos un pequeño pedazo de desierto que le había comprado a un vendedor a domicilio de propiedades inmobiliarias que había cubierto la mesa de nuestra cocina de prospectos de brillantes colores. Fotografías de relucientes piscinas, campos de golf verde esmeralda con su club para los socios, todo por construir. Cuando llegamos al lugar, lo único que vimos fue desierto virgen. Ayudé a mi padre a delimitar su minúscula parcela clavando una barra de hierro en cada esquina, con unos banderines anaranjados que el viento hacía ondear ruidosamente. Una vez terminada la operación, el lugar me hizo pensar en una parcela de cementerio más que en cualquier otra cosa. Pasamos el resto de la tarde disparando sobre latas de judías oxidadas con una pistola del 22 y buscando serpientes. A mi padre le hubiera gustado poder llevarse un cascabel para enseñárselo a mi madre. De un crótalo del desierto de Mojave.

—Para probar que hemos estado aquí —comentó—. Para que a ella no se le pasen ideas raras por la cabeza. Que no empiece a pensar que le estoy echando los tejos a alguien o algo por el estilo.

—¿Por eso me has traído contigo? —pregunté.

—¿Qué?

—Que si me has traído contigo para que ella no crea que estás echándole los tejos a alguien.

—Ni siquiera sabes lo que significa echar los tejos, ¿verdad? Sólo tienes siete años. ¿Cómo vas a saber lo que significa eso?

Me dio la espalda y se alejó, dando patadas a una lata vacía,

mientras recargaba la pistola. Me percaté de que le había mosqueado que le hubiese hecho esa pregunta. Le seguí, recogiendo los casquillos a medida que caían al suelo. Lanzó otra lata al aire y disparó. Erró el tiro. Vació el cargador entero disparando hacia el cielo, pero cada vez que lanzaba la lata, fallaba. Me sentí incómodo y simulé que no me había dado cuenta. Encontré una rama de arbusto y me puse a dibujar rombos en la arena. Mi padre me miró por encima del hombro y recargó el arma. Le goteaba sudor de la punta de la nariz y se daba manotadas como si estuviese espantando moscas.

—Bueno, ¿y qué opinas de este pequeño pedazo de desierto? ¿Crees que he hecho un buen negocio? Deberíamos construir una casita y venirnos a vivir aquí. Y olvidarnos de las mujeres de una vez por todas.

Se rió y volvió a disparar, esta vez a una lata que había en el suelo. No sé si le acertó o no, porque en ese momento no miraba, pero no oí ningún ruido metálico. En cualquier caso, deseaba que hubiese hecho diana, porque pensaba que eso tal vez le ayudase a calmarse un poco, a dejar de darle vueltas a ciertas ideas. No paraba de echar tragos de un botellín envuelto en una bolsa de papel que llevaba en un bolsillo. Intentaba conchabarse conmigo. Lo notaba en el tono de su voz. Trataba de hacerme partícipe de sus historias, como si yo fuese su compinche. Pero cuanto más lo intentaba, más distante me sentía. También él parecía darse cuenta de ello, pero no podía hacer nada por remediarlo.

—A veces es una buena cosa largarse solo a alguna parte. Tener un sitio recóndito como éste, del que nadie sepa nada. ¿No crees?

Volvió a disparar, esta vez sobre una enorme liebre, pero el tiro salió muy desviado. El animal ni se movió y se quedó mirándolo.

—Ésa es la idea que tenía para este lugar. Un escondite en el desierto. No puedo ser un modélico padre de familia a todas horas. Cuando seas un poco mayor, tú y yo podríamos construirnos aquí una casa de botellas. ¿Qué te parece la idea?

—¿Qué es una casa de botellas? —pregunté, sin mirarle a la cara.

—Bueno, ya sabes, como las de los buscadores de minerales. Ya las has visto. Están hechas con botellas de todas clases, apiladas como si fueran ladrillos. Botellas de colores diferentes. Dentro se filtra una luz muy bonita cuando les da el sol.

—Claro —dije, todavía incómodo.

—Tendríamos un par de burros. Haríamos excursiones y encontraríamos algún tesoro. Todavía quedan tesoros por aquí, ¿sabes? Sigue siendo un territorio inexplorado.

—¿Qué clase de tesoros?

—Tesoros españoles. Cabeza de Vaca tuvo que pasar por estos parajes. ¿Has oído hablar de él? Cabeza de Vaca, así es como se le conocía. Al parecer, tenía una cabeza enorme y horrible. Eso dicen las crónicas. Apuesto a que pasó por aquí, en busca de Cíbola.

—¿Y eso qué es?

—Las Siete Ciudades de Oro. Aprenderás todo eso cuando estudies historia. Supongo que aún no has empezado.

—No. Sólo nos han hablado de los dinosaurios.

—Bueno, eso que te estoy explicando pasó mucho después de lo de los dinosaurios. Fue cuando los españoles creían que había una ciudad hecha de oro. No sé de dónde sacaron la idea, pero estaban convencidos de que se encontraba en algún lugar hacia el oeste.

—¿Y la encontraron?

—No. Pero el viejo Vaca tenía a sus órdenes a un tipo negro, un moro, creo que los llamaban en aquel entonces. Un negro gigantesco al que utilizaba como explorador. Lo envió en busca de las ciudades doradas, y un día el negro regresó al campamento y le dijo a Cabeza de Vaca que las había encontrado. Así que se dirigieron a toda prisa hacia aquel lugar, guiados por el moro, pero cuando llegaron allí resultó que se trataba de un *pueblo*[3] indio construido sobre un acantilado. Cuando el sol caía sobre el pueblo a cierta hora del día, parecía dorado. Así que Cabeza de Vaca ordenó decapitar al moro.

—¿Decapitar?

—Exacto. Le cortaron la cabeza. Allí mismo. —Mi padre se alejó un poco y me dejó con la imagen de la decapitación. Un sapo cornudo parpadeó justo delante de mí. No habría reparado en él de

no ser por el parpadeo—. En cualquier caso, éste es el lugar idóneo para un pequeño escondrijo. Tú y yo solos.

—¿Te refieres a que viviríamos aquí los dos solos? —pregunté.

—Bueno, no de forma permanente. No sería nuestro hogar. Sólo una especie de lugar de retiro. Nadie sabría de su existencia, excepto tú y yo. Sería nuestro secreto. Habría que conseguir agua, claro. Ese es el principal problema aquí, el agua. Supongo que podríamos traerla desde Indio. O cavar un pozo.

—¿No traeremos a mamá?

La pregunta pareció mosquearlo de nuevo. Dio una patada en la arena e hizo girar la recámara del revólver.

—No le va el desierto —respondió—. Lo suyo son los bosques. Arboledas y lagos. El paisaje que uno encuentra en el Medio Oeste. —Disparó contra una vieja lata de queroseno que tenía tan cerca que era imposible errar el tiro—. Le gustan los lugares en que hay tanto follaje que no se ve ni la luz del día. A mí eso no me va. Una casa de botellas sería ideal, con todos esos rayos de luz de diferentes colores.

Avanzamos con el coche sobre la arena del desierto hasta la autopista y nos detuvimos en un puesto de venta de dátiles con un cartel en el que se leía BATIDOS DE DÁTIL en enormes letras rojas pintadas a mano. Mi padre le preguntó al dueño, un mexicano, cómo llegar a un sitio llamado la Posada de Shadow Mountain, una especie de club de campo que recordaba de la época en que sirvió en la Fuerza Aérea. Compartimos una caja de dátiles rellenos de virutas de coco, y mi padre no paraba de lamerse los dedos y repetir:

—¡Son mucho más buenos que las barritas de chocolate!

Encontramos el camino hasta la Posada de Shadow Mountain y aparcamos delante. Mi padre envolvió el 22 en un viejo boleto de apuestas hípicas y lo guardó debajo del asiento delantero. Dio otro largo trago a su botella y la escondió en la guantera, debajo de varios mapas de carreteras amarillentos. Empecé a sentirme como si también debiera esconder algo, pero no sabía muy bien qué.

Mientras atravesábamos el aparcamiento, me explicó que era un club muy exclusivo y que debíamos actuar como si fuésemos socios. Nunca antes me había pasado por la cabeza que uno tuviese que

«actuar» en su vida cotidiana.

—Todo depende de cómo te presentes —me comentó mi padre —. Si entras ahí actuando como si no fueses un miembro más, como si te sintieses incómodo o algo parecido, lo van a notar de inmediato. Actúa de manera natural y relajada, como un ciudadano de pro.

Nos sentamos ante la barra de caoba del bar, y mi padre pidió un martini con perlitas de cebolla flotando. Acercó un gran cuenco de cacahuetes deslizándolo sobre la barra y lo colocó entre él y yo. Pensé que los cacahuetes debían de ser de alguien, porque ya estaban allí cuando llegamos, pero mi padre empezó a zampárselos sin ningún miramiento. Era la primera vez que le oía pedir un martini, pero tuve la sensación de que trataba de impresionar al camarero. En los bares que frecuentaba siempre pedía *bourbon* con soda. Para mí pidió una Coca-Cola con una rodaja de limón, y justo en el momento en que me la servían vi a Gabby Hayes. Al auténtico Gabby Hayes. Al principio no di crédito a mis ojos. Seguí mirándolo fijamente un buen rato antes de decirle nada a mi padre. Estaba hipnotizado por su barba blanca. Allí estaba nada más y nada menos que Gabby Hayes, sentado en un reservado en una esquina del bar, con pajarita negra y un resplandeciente esmoquin. Estábamos a primeras horas de la tarde en medio del desierto, fuera el termómetro debía de marcar unos 40 grados, un calor tan insoportable que hasta el asfalto se fundía, pero Gabby Hayes vestía un esmoquin. Lo acompañaban dos chicas rubias, ataviadas con provocativos trajes de cóctel y cargadas de joyas y de promesas de sexo. A mis siete años, ya reconocía la presencia del sexo cuando la veía. Y en aquel caso no cabía la menor duda. Las chicas meneaban camarones empapados en salsa roja ante las narices de Gabby Hayes, mientras lanzaban risitas sofocadas y le mordisqueaban las vellosas orejas. Una de ellas tenía la mano sobre el regazo del actor, bajo la servilleta de hilo blanco.

—¡Papá, ahí está Gabby Hayes! ¡El auténtico Gabby Hayes! — susurré con cierta dificultad.

Mi corazón bombeaba aceleradamente, y jadeaba. Mi padre se

volvió, muy tieso en su taburete, y me llegó el olor del sudor tabernario que emanaba de su nuca quemada por el sol. Echó un vistazo al reservado de la esquina y volvió a concentrarse en su bebida.

—¡Eso es lo que uno consigue gracias a la fama y el dinero! —comentó—. Un par de fulanas rubias y un cóctel de camarones. ¿Qué te parece?

Yo seguía contemplando la barba de Gabby Hayes y cómo mordisqueaba el camarón y después chupaba el dedo de la chica. Parecía lucir una completa dentadura de piezas blancas como el marfil. En la tele nunca tenía dientes. En la tele nunca llevaba esmoquin. Era un compinche servil y desdentado, un poco chiflado y siempre tímido con las mujeres. Nunca se me había pasado por la cabeza que el auténtico Gabby Hayes pudiese ser una persona completamente diferente.

Esa noche regresamos a casa en completo silencio. Mi padre fumaba y miraba a lo lejos, hacia donde brillaban las luces de Duarte. Encendió un rato la radio, escuchó a Frank Sinatra cantando *You Belong to Me* y la apagó. Yo contemplaba la oscura silueta de las montañas que iban empequeñeciéndose detrás de nosotros mientras se hundían en las profundidades del desierto, y encima de ellas vi la cabeza decapitada de un negro que nos sonreía.

11/3/90 (Papantla, México).

NUEVO MUNDO[4]

(Contado por primera vez a Arnold R. Rojas).

A finales de la década de 1850, Perfecto Cuen era un muchacho quinceañero. Ya había adquirido la mínima destreza necesaria en el manejo del lazo y el suficiente dominio de la monta para ser considerado entre sus pares un auténtico *vaquero*. Había recorrido el largo camino hacia el sur a lomos de un caballo, a través del enorme valle de San Joaquín, hasta el poblado de Los Angeles, donde había oído que unos mormones estaban reuniendo grandes rebaños de vacunos para conducirlos a su colonia en Utah. Lo contrataron como peón, junto con varios marineros gringos que se habían quedado en tierra y veían en la conducción del ganado una forma de regresar al Este. Cómo un marinero podía convertirse en *vaquero* era algo que Perfecto no preguntó nunca en voz alta. Era un caballero discreto, fiel seguidor de la tradición de sus ancestros de Sonora.

Después de entregarles el rebaño a los mormones, Perfecto obtuvo una barra de oro como pago, dijo *adiós* a los marineros, que tenían las posaderas doloridas tras la larga cabalgada, y emprendió con su potro mesteño el regreso a California. Pensaba en el desenfreno con que gastaría su botín en las cantinas de San Luis Obispo. Ya veía esbeltas palmeras balanceándose en el horizonte,

pero todavía debía pasar varios días sobre la silla de montar antes de llegar hasta ellas.

Atravesó el seco océano blanco de arena, procurando no agotar a su caballo y eligiendo cuidadosamente el camino, atento a cualquier mínimo signo de presencia de agua. Signos que había aprendido a reconocer con los *viejos* y *brujas* de su tierra natal. Viajaba al amparo de la luna, para protegerse a sí mismo y a su montura del atroz e impío sol. En lo más profundo de su mente siempre aparecía la fraternidad de su cultura *vaquera*, que lo empujaba a seguir adelante. Veía los rostros aguileños de los ancianos, contando sus *cuentos* alrededor del fuego del campamento. Y llegaba hasta él el sonido de guitarras, el olor del sudor de los caballos y del cuero agrietado. Esos campamentos eran su verdadero hogar. Esos pequeños grupos de jinetes nómadas descendientes de los moros, los yanquis y los *conquistadores* españoles.

Al entrar en la parte oriental de Nevada, se topó con un poblado indio. El encuentro no le provocó ninguno de los temores de los hombres blancos, ya que los indígenas de esa zona eran muy amistosos con los hispanohablantes y nunca importunaban ni a su ganado ni a sus caballos. Los *vaqueros* podían moverse por su territorio con total libertad, y en esta ocasión Perfecto descubrió el porqué. Los jefes de la tribu le mostraron varios documentos que les habían entregado los antiguos españoles que habían invadido sus tierras décadas atrás. Esos indios todavía se consideraban aliados o súbditos de España, y para ellos Perfecto era un miembro de la clase dirigente y por tanto era honrado y venerado. Intentó explicarles que no sabía ni leer ni escribir, pero reconocía los sellos y rúbricas que acompañaban a cada antigua firma en la parte inferior de cada página. Los indios señalaban los pergaminos con sus dedos oscuros y le aseguraban que esas declaraciones le garantizaban un viaje seguro a través de sus tierras sagradas. Perfecto, con toda la elegancia de que es capaz un quinceañero, se quitó el amplio *sombrero* y rindió homenaje a un imperio que hacía mucho que carecía de cualquier poder para hacer cumplir sus decretos en el Nuevo Mundo. Como era de esperar, los indios quedaron

impresionados por la fidelidad del joven a la corona y le suplicaron que se quedase con ellos y tomase esposa. La mujer que quisiera. Podía elegir entre todas las jóvenes del poblado. Por el pecho de Perfecto empezaron a deslizarse gotas de un sudor pegajoso. Sabía que rechazar aquel ofrecimiento sería tomado como una terrible ofensa. Una ofensa que podía fácilmente costarle la vida, a pesar de los santificados documentos. Pero llevaba una pesada alforja llena de oro que pensaba gastarse en las verdes calles de San Luis Obispo. Y sabía que aceptar una esposa significaría no poder huir jamás de allí, por más consumado jinete que fuese. Los indios seguirían su rastro hasta dar con él, hasta la mismísima California si era necesario.

Perfecto desmontó lentamente, dudando entre las dos alternativas imposibles. Mientras las dentadas ruedecillas metálicas de sus espuelas tintineaban a sus pies, tenía la sensación de que de un momento a otro iba a perder el conocimiento y ya no volvería a pisar este mundo ni vería de nuevo su amada tierra natal. Lo condujeron a un tipi y ante él se alinearon buen número de muchachas, todas lanzando risitas sofocadas y pestañeando nerviosas. El jefe decidió acelerar el trámite y sacó de la fila a una de las más hermosas y jóvenes. La colocó delante de Perfecto y pasó parsimoniosamente sus manos llenas de cicatrices por sus voluminosos pechos desnudos. El jefe sonreía y le hacía gestos de ánimo con la cabeza a Perfecto, pero éste no levantaba la vista del suelo blanqueado que tenía a sus pies. Agarraba el *sombrero* con ambas manos. Tenía la boca más seca que en cualquier travesía del desierto de las que había realizado. Su corazón palpitaba con un temor que nunca había sentido antes. Con la cantidad de fatigantes leguas que había recorrido sobre el erizado vello del lomo de su pequeño potro mesteño, atravesando parajes infestados de serpientes y cactus, muriéndose de ganas de llegar a casa… Y ahora, pensó, iba a encontrar la muerte allí, como consecuencia de una extraña y primitiva generosidad de la que no quería ser objeto.

El jefe hizo salir al resto de las muchachas y los dejó solos. Las risas sofocadas y los gritos se perdieron en la noche que empezaba a caer. La elegida miraba fijamente a Perfecto, pero éste no

levantaba la vista, no la miraba a los ojos. Perfecto lloraba en silencio. Tan sólo sus hombros temblaban ligeramente, impulsados por el pesar que le hacía un nudo en la boca del estómago y en la garganta. Sus saladas lágrimas se deslizaron hasta las comisuras de sus labios y notó un regusto salobre, como el de la poca agua que había encontrado en el Gran Desierto del lago Salado. Podía ver su propia muerte ante sus ojos. Apareció en el suelo, con la forma de una serpiente sin cabeza: una sombra que crecía y después se empequeñecía dejando paso a la luz; la cabeza se unía al cuerpo, después volvía a separarse y se hundía profundamente en la negra tierra. Perfecto temía moverse. Temía que sus espuelas hiciesen ruido y llamasen la atención de la muchacha. El frío de la noche comenzaba a dejarse sentir, y todo su cuerpo empezó a tiritar. La muchacha se dio cuenta y fue hasta el caballo de Perfecto para coger su *poncho*. Volvió con él a la tienda y se lo echó sobre los hombros. Vio el rastro de las lágrimas sobre sus mejillas y se las lamió con su áspera lengua. Le recordó la de un ternero huérfano que le lameteaba los dedos mientras lo llevaba hasta una vaca para que lo amamantase. Perfecto no levantó la vista del suelo. Mantuvo los ojos fijos en donde había visto su muerte, justo delante de él. La muchacha dio varios pasos hacia atrás y se sentó silenciosamente. A pesar de que iba desnuda, en ningún momento dio muestras de sentir frío. Lo miraba de hito en hito, pero él evitaba mirarla a los ojos. Permanecieron así toda la noche: ella sentada frente a Perfecto, y él de pie, completamente inmóvil. De vez en cuando ella suspiraba con un sonido muy leve y entrechocaba los dientes, y de nuevo se hacía el silencio. Él rezaba sin mover los labios. Rezaba a su ángel guardián para que lo limpiara de todo pecado. De pecados que pudiera haber olvidado. De pecados que pudiera haber cometido sin ser consciente de ello. De pecados del cuerpo y del alma. La muchacha se puso en pie y se dirigió hacia la entrada del tipi, agitando su tupida y negra cabellera de un lado a otro, como suplicando a Perfecto que la siguiese. Pero él no se movió. Permaneció toda la noche allí, de pie, envuelto en el *poncho*, con la cabeza baja, agarrando su *sombrero* con ambas manos.

Cuando, con la primera luz del amanecer, el jefe lo encontró en esa posición, comprendió que se trataba de un hombre fuera de lo común. No era un simple muchacho. La mismísima corona española debía de haberlo enviado como una especie de presagio. Aceptó sin rencor que Perfecto continuase su camino de regreso a casa. Mientras el *vaquero* montaba su escuálido potro mesteño, la muchacha fue corriendo hacia él. Agarró sus *tapaderos* y espuelas, tratando de sacar sus botas de los estribos. Se tiró al suelo a los pies del caballo y empezó a arañarse los pechos. De su boca surgió un alarido animal que hizo que un gélido temblor recorriera la espina dorsal de Perfecto, pero no la miró. Espoleó a su caballo para que galopase hacia Sierra Nevada y mantuvo la vista fija en el azul horizonte. Todas las muchachas del poblado se reían y empujaban a la que estaba en el suelo. A la que estaba desolada. La levantaron y la incitaron a seguir al jinete. La muchacha lo persiguió durante varios kilómetros, aullando como un perro salvaje y tirándose de los cabellos. Perfecto no volvió la vista atrás ni disminuyó el galope de su caballo. Sólo tenía ojos para California.

13/7/94 (Del Rio, Texas).

DÍAS DE OSCURECIMIENTO TOTAL

1943:

Se crea la Oficina de Movilización.

Eisenhower es nombrado comandante supremo de las fuerzas aliadas.

Mussolini dimite.

Mi padre lanza bombas sobre Italia.

Nazco.

Y no tengo idea de por qué.

1943:

Hay un pequeño motel en las afueras de Mountain Home, Idaho. Mi padre envía postales con un código secreto que mi madre descifra para saber en qué habitación y a qué hora debe encontrarse con él. (Ningún piloto de bombardero puede revelar su itinerario, ni siquiera a sus parientes más próximos). El motel está construido en forma de herradura, con una sucesión de *bungalows* idénticos alrededor de un estanque de cemento poco profundo, y el agua brilla con un pálido resplandor verdoso procedente de un foco sumergido en el centro. Hay dos tumbonas colocadas de cara al estanque, bajo un par de pinos blancos. Mi madre está sentada en una de ellas. Lleva un vestido con un estampado hawaiano a base de flores, que compró en las Filipinas cuando vivimos allí porque papá estaba destinado en una base de las islas. Lleva un hibisco rosa prendido en su cabello negro como el azabache, y está inclinada hacia adelante, con los codos sobre las rodillas, sonriendo a los peces del estanque.

En su rostro hay una coqueta sonrisa adolescente, de la que me percato a pesar de que todavía soy incapaz de hablar lengua alguna y carezco de control sobre mis intestinos. Mi padre está sentado en la otra tumbona, con su uniforme caqui y su gorra de aviador con visera de cuero. Yo estoy sobre una de sus rodillas, contemplando el resplandor verdoso del estanque. No hace viento, el aire huele a pino y el cielo está repleto de estrellas.

1943:

> *You'd Be So Nice to Come Home To*
> *Don't Get Around Much Anymore*
> *That Old Black Magic Has Me in Its Spell*
> *Comin' in on a Wing and a Prayer*[5]

1943:

Mi madre señala un pez amarillo y sigue con el dedo sus movimientos, intentando que me fije en él, en su larga y oscilante cola. «¡Parece un pájaro!», me dice con un tono de voz dulce y maravillado. «¡Es casi como un pájaro! ¿Lo ves? ¡Va por ahí!». Mi padre se inclina hacia adelante, y noto que el respaldo de la tumbona se mueve hacia adelante y después vuelve a su sitio con una serie de ruiditos. Su rasposa mejilla roza la mía mientras contempla el agua verdosa, y las alas plateadas y los distintivos de las medallas de la Fuerza Aérea se aplastan contra mi espalda. Un repentino golpe de viento frío procedente de las montañas se lleva mi aliento.

1943:

Racionamiento de zapatos.

Racionamiento de carne.

Racionamiento de queso.
No hay mantequilla.
Roosevelt decreta la semana laboral de 48 horas.
El ejército alemán se rinde a las tropas rusas.

1943:

Mi madre parece cada vez más entusiasmada con el pez. Ahora está en cuclillas en el césped, inclinada sobre el estanque, y lo señala con el dedo y se ríe sofocadamente mientras se echa hacia atrás el pelo que le cae sobre la cara. El hibisco rosa se desprende de su cabello y pasa justo por delante de mis ojos. Mi padre se abalanza sobre él e involuntariamente me suelta. Estoy en el aire, volando hacia el brillante estanque y el hibisco que desciende hacia él. Estoy suspendido en el aire, mirando cómo la flor se posa suavemente en la superficie sin hundirse y gira como una bailarina, justo antes de que me estrelle contra la ondulante luz verde. Mi manta flota a mi lado.

1943:

Disturbios raciales en Detroit, Los Angeles, Mobile, Harlem y Beaumont, Texas.

Count Fleet gana la Triple Crown[6].

James Cagney recibe un Oscar por *Yanqui Dandy*.

1943:

Mi padre tiene una pesadilla en una de las camas gemelas del *bungalow* del motel de Mountain Home, Idaho. Yo duermo en el cajón inferior de la cómoda, que han sacado y colocado sobre una pequeña alfombra. Mi madre se está duchando sin hacer ruido. Mi manta se está secando en la ventana. Oigo cómo gotea. Mi padre ve cómo llueven bombas sobre Italia. Ve cómo esas bombas se hacen más y más pequeñas. Cómo descienden desde sus sudorosos pies

hacia la «bota» de Italia. Ve los rostros caricaturescos pintados a mano sobre esas bombas; minuciosas caricaturas de diablos; demonios; se hacen más y más pequeñas. Descienden. Ve su propia mano pálida que sale por la ventanilla de la cabina y trata desesperadamente de agarrar a esas caricaturescas criaturas monstruosas antes de que hagan pedazos el inexpresivo rostro de Italia.

1943:

Muere Rachmaninoff.
Se aísla la estreptomicina.
Jackson Pollock presenta su primera exposición individual.
Dios es mi copiloto triunfa en la lista de *bestsellers*.

Nazco.
Y no tengo idea de por qué.

5/94 (Chicago).

QUE REGRESEN LAS FIERAS A LA NATURALEZA

Eran los tiempos en que todavía se podían comprar crías de animales salvajes a través de los anuncios que aparecían en las contraportadas de las revistas de caza y pesca, como *Campos y ríos*. Enviabas un cheque o un giro postal y al cabo de más o menos un mes podías pasar a recogerlas en el depósito de mercancías de la estación, gruñendo y babeando en una jaula de madera. Mi amigo Mitchell Chaney, que tocaba el trombón en nuestro trío del instituto, había adquirido prácticamente todas las crías de animales salvajes disponibles en esa época. (Nadie había oído hablar de «especies en extinción»). Yo fui a medias con él en la adquisición de algunos de los ejemplares más asequibles, como la cría de caimán y la de armadillo, por ejemplo. Pero siempre los criaba Mitchell en su casa, porque nosotros teníamos demasiados perros y además mi padre era un ferviente partidario de que los animales salvajes vivieran en su medio natural.

Por las tardes, después de ensayar en casa de Mitchell, salíamos al jardín trasero y echábamos un vistazo a todas las jaulas, comprobábamos que los comederos y bebederos estuviesen llenos, limpiábamos con una manguera la porquería (la del mono araña era la más abundante) y asegurábamos con trozos de alambre de perchas la portezuela de la jaula del lobezno. No conseguíamos encontrar un alambre lo suficientemente sólido para impedir que se escapase. Le podía llevar un par o tres de días, pero al final siempre conseguía romperlo mordisqueándolo, en ocasiones dejándose colgado de él algún diente sanguinolento. Entonces se dirigía a la vía del tren, que

pasaba por detrás de la casa de Mitchell, y se paseaba por allí, matando gallinas y metiendo el hocico en los cubos de basura del vecindario. Las pasábamos canutas para cazarlo: le poníamos una trampa con salchichas crudas y después lo arrastrábamos de vuelta a la jaula atado con la cadena del remolque del padre de Mitchell, que tomábamos prestada. El animal tenía ya un tamaño considerable, pesaba unos treinta kilos y era todo músculo. Cada tarde, hacia las seis, pasaba por la ciudad un tren cargado de fruta de la Union Pacific, y ambos teníamos muy claro que ésa era la hora límite para atrapar a nuestro lobezno.

Nat Henkins, nuestro clarinetista, no estaba metido en el asunto de la cría de animales salvajes como Mitchell y yo. Por la razón que fuera, no le interesaba en absoluto. De hecho, lo único que parecía despertar el entusiasmo de Nat era la música de las *big bands* de los cuarenta. Los Dorsey Brothers y demás grupos por el estilo. Imitaba la imagen del joven Benny Goodman, se peinaba con raya en medio, con el pelo hacia atrás, fijado con gomina; llevaba gafas de gruesa montura negra y el botón superior de la camisa siempre abrochado. Era capaz de leer un pentagrama sin dificultad, lo cual hacía que Mitchell y yo tuviésemos una actitud de reverencial respeto ante él, aunque en privado pensábamos que era gilipollas. Pero era el único chico del instituto que sabía tocar el clarinete, así que no teníamos elección. De los tres, Nat era el que parecía más fuera de lugar tratando de arrastrar a un lobezno lejos de las vías del ferrocarril. Nunca parecía completamente entregado a la tarea, ni por su actitud ni por su forma de vestir. Se tomaba descansos demasiado largos entre un tirón de cadena y otro, y se pasaba demasiado tiempo secándose las palmas de las manos en los pantalones mientras contemplaba ensimismado los raíles. Tenía unas manos extremadamente pálidas y de largos dedos, con uñas lechosas y blandas. Sus gemidos al tirar de la cadena eran más su manera de refunfuñar que un efecto del esfuerzo, y eso a Mitchell y a mí empezó a mosquearnos. Notábamos la falta de entusiasmo y de prisa de Nat. Las boqueadas en busca de aire entrecortaban la voz de Mitchell mientras tiraba del pesado lobezno:

—Nat, sabes que el tren de la fruta va a pasar por aquí a toda pastilla dentro de unos quince minutos. Lo sabes, ¿verdad? ¡Tenemos que sacar al lobo de las vías!

—Nunca pasa a toda pastilla —dijo Nat—. Sois unos exagerados. Los trenes no pueden ir a toda pastilla cuando atraviesan una ciudad. Lo prohíbe la ley. Están obligados a aminorar la marcha cuando se acercan a una zona poblada. Además, no entiendo por qué no lo soltáis. El lobo no se va a quedar plantado aquí en medio esperando a que lo aplaste el tren. No es tan estúpido.

Mitchell dejó de tirar, se enderezó y lanzó una dura mirada al enjuto rostro de Nat.

—Es un animal salvaje, Nat. No es «estúpido», ni mucho menos. Es salvaje. No ha visto un tren en su vida. No sabe nada sobre trenes.

—Pero eso no significa que se vaya a dejar arrollar por uno. En cuanto oiga el ruido de la locomotora y el pitido, saldrá corriendo. Es un instinto natural.

El juicioso comentario de Nat sólo pareció contribuir a aumentar la irritación de Mitchell.

—Me da la sensación de que te importa un carajo lo que le pase a nuestro lobezno, Nat.

—Simplemente, estoy harto de perder el tiempo cuando podríamos estar ensayando. Cada vez que vengo, vosotros dos estáis haciendo alguna tontería con estos estúpidos bichos. Tardamos un siglo en ponernos a ensayar.

—Así que, en tu opinión, deberíamos soltarlo y dejar que lo atropelle un tren o un coche, o que huya a las colinas y muera allí, ¿no?

—No va a morir en las colinas. ¡Es un lobo, maldita sea!

Entre tanto, el lobezno se sentó, con los corvejones hundidos en la grava, jadeando y babeando, en medio de la vía; sacaba y metía una lengua que parecía un lagarto rosado. Solté la cadena y me senté sobre el frío raíl junto a él. El aliento le olía a salchichas crudas y requesón, que era con lo que lo habíamos estado alimentando. Miré

fijamente sus ojos amarillos y me percaté de que no me reconocía tal como hacen los perros con sus amos. No esperaba nada de mí, ni una palmadita, ni una caricia. Vivía en su propio mundo. De pronto, su cabeza me pareció enorme, como los primeros planos de King en *El sargento Presión del Yukon*.

—¿Qué vamos a hacer con este lobezno cuando haya crecido del todo, Mitchell? —pregunté, sin apartar la mirada del animal—. ¿Lo has pensado?

—Lo cruzaremos con perros. Hay mucha demanda de híbridos.

Nat se rió con disimulo y meneó la cabeza mirando al suelo como diciendo que no teníamos remedio. Sacó un pañuelo aplastado del bolsillo trasero y se puso a limpiar sus gafas; las sostenía por encima de su cabeza, contra el cielo del atardecer, y después echaba el aliento sobre los cristales para impregnarlos de vaho y los frotaba con movimientos rápidos y nerviosos, tal como había visto hacer a hombres de más edad. A hombres maduros. Como su padre, tal vez, o su tío. De pronto, me di cuenta de que lo que nos diferenciaba a Nat y a mí estaba relacionado con alguna pauta oculta y secreta, que no tenía nada que ver con quienes creíamos ser. Pautas de conducta y creencias que llegaban a nosotros imperceptiblemente a través de los padres junto a los que crecíamos. Hombres cuyas actitudes juzgábamos legítimas e irrefutables.

—Lo vamos a cruzar con uno de tus perros pastores —me dijo Mitchell tras una pausa, pero en realidad se dirigía más bien a Nat, como lanzándole un vago desafío.

—¿Con cuál? —pregunté.

—Con cualquiera que esté en celo. Podemos conseguir una gran camada.

Nat seguía limpiando sus gafas, con la mirada concentrada en ellas, cuando dijo:

—¿Y cuándo podréis ensayar? Dentro de poco vais a tener que ocuparos de un zoo completo. Tendréis que decidir qué es lo que queréis hacer en la vida. ¿Preferís ser músicos o dedicaros a dar de comer a los lobos?

Era la autosuficiencia de Nat lo que hacía que Mitchell y yo

fuésemos amigos del alma y con él, en cambio, no tuviésemos una relación tan estrecha. Aquel tonillo «filosófico» que solía adoptar y el hecho de que hubiera utilizado la expresión «la vida» como para ponernos en nuestro sitio, como si «la vida» estuviese muy por encima de nosotros y no tuviese nada que ver ni con los trenes ni con los lobos ni con la luz del atardecer. Mitchell se acuclilló junto a mí sobre la vía, con nuestro testarudo lobezno entre ambos, mientras Nat proseguía su sermoneo:

—Parece que no os deis cuenta de que montar un grupo lleva trabajo. Años de dedicación. Tiene que ser la máxima prioridad para cada uno de nosotros. Ni siquiera logramos tocar *Old Black Magic* sin cometer errores.

—Si quieres que te diga la verdad, detesto *Old Black Magic* —dijo Mitchell mientras tiraba sobre uno de los raíles un pedazo de grava—. La letra es una memez: «Esos dedos helados que suben y bajan por mi espina dorsal. Esa vieja magia cuando nuestras miradas se encuentran». ¡Vaya cursilada de mierda!

—Nosotros no cantamos la letra —le recordó Nat—. Eso no tiene nada que ver. Lo que diga la letra no tiene importancia. Nosotros sólo tocamos la música. Detestas la versión de Peggy Lee, pero he intentado decirte una y otra vez que no se trata de imitar esa versión.

—Entonces ¿de qué se trata? —pregunté.

—No es cuestión de dedicarse a imitar —insistió Nat—. Se trata más bien de crear una base. No podemos desarrollar nuestro propio estilo a partir de la nada.

—¿Y por qué no? —preguntó Mitchell.

—¡Porque es imposible! —Nat se aplicó más acaloradamente a la limpieza de sus gafas con el pañuelo—. Debemos aprendernos de memoria los viejos temas. Debemos saberlos tan al dedillo que seamos capaces de tocarlos en sueños. *Blue Moon, Down by the Old Mill Stream*…, esa clase de canciones. Las clásicas. Y a partir de ahí podremos empezar a innovar y a desarrollar nuestro propio estilo. Es una evolución lenta. Así es como nace un grupo musical.

—Bueno, pues yo estoy hasta las narices de toda esa mierda de

los años cuarenta —dijo Mitchell, que se puso a rascar el raíl con otro pedazo de grava. El lobezno levantó las orejas tiesas al oír el punzante chirrido, se dejó caer sobre un costado y siguió jadeando a su ritmo acelerado.

—Creo que deberíamos dedicarnos a improvisar un poco —opiné—. ¿Qué sentido tiene memorizar viejos temas si no los vamos a tocar nunca? Nunca los tocamos en las fiestas.

—Porque nos proporcionan un bagaje sobre el que construir. Una base —explicó Nat—. No vamos a pasarnos la vida tocando en fiestas. Y sin esa base no vamos a ir a ningún lado. ¿Cómo os creéis que han empezado todos los grandes? Ellington, Count Basie, los Dorsey. ¿Creéis que empezaron improvisando a lo loco, confiando en que todo fuese sobre ruedas?

—¡Nosotros sólo somos un trío, no una jodida orquesta! —explotó Mitchell—. Si quieres tocar piezas clásicas, entonces toquemos algo como *Madagascar*, no *Satín Dolí* y *Oíd Black Magic*. Eso es para carrozones.

—¿Quién compuso *Madagascar*? —preguntó Nat, absolutamente perplejo, y Mitchell se volvió hacia mí y sonrió. No sé por qué sonreía, porque yo tampoco había oído hablar de esa canción en mi vida.

—Wilbur De Paris —respondió Mitchell al tiempo que se volvía hacia Nat con aires de suficiencia.

—¿Y quién coño es Wilbur De Paris? —pregunté, y Mitchell giró bruscamente la cabeza hacia mí, como si acabase de traicionar algún pacto secreto entre nosotros.

—Es un tipo de Nueva Orleans —dijo Mitchell tratando de darle a su respuesta un toque de misterio—. Mi padre tiene un disco suyo en su colección. Os lo pondré en cuanto volvamos a casa.

—No sé —dije—. A mí me gustan los tipos de Chicago. Es lo único que de verdad me encanta escuchar. Le dan mil vueltas a Perry Como.

—¿Quién, por ejemplo? —preguntó Nat—, ¿Quién de Chicago?

—J. B. Lenoir, por ejemplo —respondí.

—¿Qué temas tiene?

—*Eisenhower Blues.*

—*¿Eisenhower Blues?*

—Sí, *Eisenhower Blues*.

—¡Pero eso no lo conoce nadie! —dijo Nat—. ¿Quieres que toquemos piezas desconocidas o que lleguemos a ser una auténtica banda?

—¡Yo lo que quiero ser es veterinario! —respondí. Y conseguí que Nat no volviese a abrir el pico. Se quedó tan hundido y sin palabras, que optó por alejarse de nosotros, cabizbajo y con las gafas colgando de su mano izquierda. Tropezó y cayó sobre la grava de la vía; se puso en pie sin siquiera sacudirse los pantalones. Mitchell y yo no nos reímos de él. Nos sentíamos bastante apenados por su decepción, pero no lo llamamos para que volviese ni intentamos solucionar el problema. Era mejor que se las apañase solo con la música. Vimos cómo se alejaba, llegaba al jardín de Mitchell y cruzaba la puerta de hierro, que estaba rota, sin preocuparse de cerrarla. No se volvió para mirarnos. Bajó por el camino de acceso a la casa y llegó a la calle. En el preciso momento en que pisó la acera, se encendieron todas las farolas al unísono, como si hubiese apretado el interruptor con el pie.

El tren de las seis gimoteaba a lo lejos y los pasos a nivel de la ciudad se cerraban con su tintineo de campanillas a lo largo de la vía hasta Fish Canyon. El lobezno se enderezó, atiesó las orejas y se sacudió tal como lo hacen los caballos, con un movimiento que empezó por la cabeza, recorrió todo su cuerpo hasta el final del espinazo y por último agitó su cola. No como un perro, que habría sacudido todo el cuerpo de una vez. Dejó de jadear y miró en dirección al tren que estaba a punto de llegar. Soltó un leve gañido, se volvió y se alejó de nosotros a grandes zancadas, arrastrando la cadena por la vía. Mitchell y yo nos quedamos quietos, contemplando cómo desaparecía en la noche. Ni siquiera le llámanos para que volviese. De todos modos, él no conocía su nombre.

2/5/89 (Scottsville, Virginia).

TODO UN HOMBRE

Una hermosa mañana, durante el desayuno, mi padre anunció que me había encontrado trabajo en un rancho de cría de caballos en Chino. Lo había arreglado con mi supervisor en el Club 4-H[7], Duane McField, un escocés grandullón con manos del tamaño de guantes de lanzador de béisbol. Según mi padre, era «todo un hombre», un tipo al que no le asustaba el trabajo, y, por tanto, se suponía que, simplemente trabajando a sus órdenes, yo también me convertiría en un hombre de provecho. Duane me pasaría a recoger a las 5,30 de la mañana con su Chevy, un Chevrolet del 57, y me acompañaría a Chino para enseñarme el oficio. Según me dijo mi padre, las cinco y media era una hora propicia para levantarse, porque era el momento en que nacía el porcentaje más alto de animales y en el que se cometían el mayor número de crímenes pasionales. Estuve tentado de preguntarle que relación había entre los crímenes pasionales y los nacimientos de animales, pero esas preguntas solían sacarlo de sus casillas, así que lo dejé correr.

El Chevy cupé del 57 de Duane McField era uno de esos coches por los que cualquier chico del instituto hubiese llegado a matar. Negro azabache, con un elegante cromado, aletas traseras y la rapidez de relámpago de su acelerada que lo hizo famoso en los barrios bajos de los Estados Unidos. Duane no perdió la ocasión de lucirlo conmigo. Desde el momento en que me recogió, y durante todo el trayecto por las yermas tierras del condado de San Bernardino, no levantó el pie del acelerador, pasó todos y cada uno de los cruces quemando los neumáticos y mantuvo el cuentarrevoluciones permanentemente en la zona roja. Sonreía

como un niño, parloteaba y acariciaba el volante como si se tratase de un magnífico perro de caza. Así que mi supervisor en el Club 4-H, al que hasta ese momento sólo había visto en el papel de discreto monitor que, con ayuda de carteles de colores y un puntero, nos explicaba cómo se sacrificaba una res, se había convertido de repente en un adolescente obsesionado por la velocidad.

Cuando ya nos acercábamos al rancho, empezó a explicarme cómo debía comportarme en mi nuevo trabajo. No debía hacer ninguna pregunta sobre su funcionamiento a nadie. Los propietarios eran una especie de anónima organización mormona que competía en carreras con sus purasangres por medio de una cuadra falsa que les servía de tapadera. De hecho, acababan de ganar, contra todo pronóstico, el Derby de Kentucky con un caballo llamado Swaps, pero yo no debía decir ni pío sobre ese asunto.

—No se lo comentes ni a tu padre —me advirtió Duane.

Su voz transmitía una creciente aura de clandestinidad a medida que nos acercábamos a la puerta de acero, cerrada con una gruesa cadena y un candado. Aquel lugar no tenía el menor encanto. No era más que un gran corral rodeado de alambre de espino y barras de acero. No había ni rastro de estatuillas de *jockeys* sosteniendo aros. Nada que recordase el relumbrón y el hechizo de las carreras de caballos.

—Tienen contratado a un viejo y duro vaquero de Arizona como entrenador y capataz. Tal vez lo veas cabalgando por los campos de alfalfa sobre un enorme y robusto alazán. No le mires ni le digas nada. Haz como si no lo vieras.

—¿Es el jefe? —pregunté.

—Sí, es el jefe. Tal vez lo hayas visto en la portada de *Life*. Ese tipo viajó en el furgón con Swaps. Se pasó todo el trayecto hasta Kentucky, donde se corría el Derby, sentado en un rincón, con un rifle en el regazo. Dijo que quería asegurarse de que nadie intentaba dopar a su caballo o robárselo. En mi opinión, no es más que un viejo chiflado, pero es el jefe.

Cuando entramos, la niebla era tan compacta que ni siquiera veía los picaderos y establos; tan sólo alcanzaba a ver un largo y

estrecho camino de tierra rojiza rodeado de alambre de espino.

—¿Dónde están los caballos? —le pregunté a Duane.

—Olvídate de los animales. Eso no es de nuestra incumbencia. Nuestra misión es cargar el heno, y punto.

Seguimos avanzando lentamente a través de la espesa niebla hasta la parte trasera del rancho, donde empecé a distinguir varias hileras perfectamente ordenadas de balas de alfalfa esperando el trabajo de nuestros músculos. Ya había allí un tractor con un remolque plano que avanzaba junto a la hilera de balas; sus luces anaranjadas proyectaban un débil haz de claridad a través de la niebla. Sólo de pensar que iba a pasarme el día entero cargando aquellas balas de setenta kilos ya me sentí agotado.

Empecé a amontonar balas en el remolque a medida que el conductor del tractor iba avanzando lentamente por el campo y Duane me las lanzaba desde el suelo. Tenía que ir rápido para seguir a su ritmo; apilaba cada bala como si fuese un ladrillo y debía volverme con tiempo suficiente para recoger la siguiente directamente sobre el pecho. Un simple desliz, y la siguiente bala te caía encima. Ya me había golpeado una de esas cabronas, y fue como si me cayese encima un árbol. Duane era una auténtica bestia. Cuanto más duro trabajaba, más fuerte se sentía. Parecía disfrutar con la paliza que se estaba dando; soltaba risotadas como en el coche y cada vez que me lanzaba una bala me sonreía. De vez en cuando en el lapso entre una bala y la siguiente, se presionaba una ventana de la nariz con el pulgar y expulsaba un moco blanquecino por la otra. Me recordaba a uno de esos pelirrojos gigantones escoceses que lanzan troncos en los juegos tradicionales gaélicos. Y yo era el encargado de cogerlos al vuelo. Me sentía como si tuviese los hombros dislocados, y el día no había hecho más que empezar.

Cuando hicimos la primera pausa, la niebla empezaba a levantarse y desde detrás del vallado de la parte trasera llegaban docenas de voces masculinas que gritaban números en cadencia. En la franja de luz que se abría entre el suelo y la niebla distinguí varias hileras de piernas grisáceas que se movían hacia adelante y hacia atrás siguiendo el ritmo de la gimnasia.

—Son de la Prisión Estatal de Chino —me aclaró Duane mientras le hincaba el diente a una barrita de chocolate—. Creo que Merle Haggard está enchironado allí. Lo detuvieron por robarle el coche a su tío. ¿Te imaginas que tu propio tío te mande a chirona? ¡Cómo han cambiado los tiempos!

Por la parte más alejada del largo campo de alfalfa apareció entre la niebla un jinete que detuvo su caballo. Permaneció un rato quieto, contemplándonos a distancia, con ambas manos sobre el arzón de la silla de montar, inclinado en nuestra dirección, como si estuviese observando detenidamente a una manada de reses.

—¡Es él! —dijo Duane mientras saltaba del remolque y recogía sus ganchos para agarrar balas—. ¡Ese es el tipo! ¡Vamos!

El conductor, un hombre de unos sesenta años, se sentó rápidamente al volante y puso el tractor en marcha. Yo me levanté poco a poco, tratando de enderezar mi dolorida espalda y contemplando al jinete a través del llano y húmedo campo. Se apartó el sombrero vaquero gris de la frente con un ligero movimiento de la mano, volvió a colocarla sobre el arzón y siguió mirándonos. No distinguía sus ojos, pero en ese momento me pregunté qué irradiaban ciertos hombres que atemorizaba a los demás.

—¡Vamos, vamos! —me gritaba Duane—. ¡Recoge los ganchos! ¡Es para hoy!

Finalizamos la jornada cuando el sol se estaba poniendo, y recuerdo que me hundí en la tapicería roja del coche de Duane pensando que ya no sería capaz de volver a dar un paso en mi vida.

—La jornada no es tan dura una vez que te acostumbras al ritmo —comentó Duane con una sonrisa satisfecha—. En realidad, es una cuestión mental.

Cuando emprendimos el regreso, al pasar por el camino de tierra, un caballo de pelaje castaño se nos acercó al galope por el otro lado de la alambrada, como retando al coche. Nos mostró el hocico y meneó la cabeza ante nosotros.

—No será Swaps, ¿verdad? —le pregunté a Duane.

—Podría serlo. Podría serlo perfectamente. Se comporta como

un caballo de carreras, ¿no te parece?

—Entonces, ¿éste es el caballo que ha ganado el Derby de Kentucky? ¡No me lo puedo creer!

—A mí, desde luego, me lo parece. Veamos a qué velocidad es capaz de correr.

Duane pisó el acelerador y dejó atrás al caballo, pero, antes de que pudiera meter la segunda, el animal pasó volando junto a nosotros, como si nos hubiésemos detenido. Corría de una forma tan fluida y sin aparente esfuerzo, que me recordó más a un leopardo que a un caballo. Duane se volvió hacia mí con ojos como platos.

—¡Maldita sea! ¡Seguro que es Swaps! —Empezó a reírse a carcajadas, a golpear el volante con la palma de la mano y a menear la cabeza—. ¡Nos ha machacado! ¡Es increíble!

Con todo aquel revuelo, me había olvidado momentáneamente de mi cansancio y mis músculos doloridos, y estiré el cuello para echar un vistazo al increíble animal cuando giramos ante él al llegar a la esquina del campo. Nos miraba meneando la cabeza y golpeando con fuerza el suelo con las pezuñas, como desafiándonos a intentarlo de nuevo.

—No he oído hablar jamás de un caballo que ganase a un Chevy, ¿y tú? ¡Seguro que es la primera vez que sucede!

Al llegar a las afueras de Riverside, caí en un profundo sopor del que no me desperté hasta que noté en mi entrepierna la mano de Duane, fláccida como una hamburguesa cruda.

—Ya estás en casa —me dijo; retiró la mano y la colocó sobre el volante mientras me dirigía una sonrisita de disculpa que hizo que, de pronto, sintiese lástima por él.

Mientras subía por el camino de acceso a casa, veía a mi padre en la cocina, preparándose un trago. Llevaba una camiseta y tenía la cabeza inclinada sobre el pecho. De pronto, la levantó hacia el techo, se volvió hacia la ventana y se quedó mirando fijamente en mi dirección. Sabía que no podía verme, porque la luz del jardín estaba fundida, pero de todas formas me detuve y esperé. Me dolía todo el cuerpo y lo único que quería era dejarme caer sobre la cama, pero no podía moverme. Esperé un buen rato, contemplando cómo mi padre

miraba por la ventana y deseando que saliese de la cocina para no tener que cruzarme con él. Fuera era noche cerrada; no pasaba ningún coche por la calle y no se oía ladrar a ningún perro. Ni siquiera se veía la Luna. Seguí esperando a que apagase la luz y saliese de la cocina, pero continuaba allí, de pie, mirando por la ventana. ¿Qué pasaba por su cabeza? ¿Me estaba esperando? Sentí que el miedo empezaba a retumbar en mi pecho y en mis oídos. Un miedo que me era familiar. ¿Por qué lo irradian ciertos hombres?

18/5/95 (Scottsville, Virginia).

HACER EL EQUIPAJE

Hacer el equipaje siempre le provocaba náuseas. Un ligero cosquilleo en la parte superior de la garganta, la boca pastosa. La simple visión de su ropa interior y sus calcetines esperándole sobre la silla. La pila de descoloridas camisetas. El orden de colocación de la ropa en la bolsa de viaje verde le era indiferente. La metía al azar y nunca pensaba qué necesitaría primero o en qué ciudad pararía la primera noche. De hecho, en aquel momento no sabía qué dirección o qué autopista tomaría. Era una decisión a cara o cruz. Intentó imaginar un destino: Lexington, El Paso, Boulder City. No tenía ni idea. Todas parecían el mismo lugar. Intentó imaginarse allí. En alguna parte. Llegando. Tal vez a Albuquerque. O a Tucumcari. Recordó una cafetería Denny's que le resultó familiar, justo enfrente de un parque de juegos infantiles y una vieja estación ferroviaria; pero no estaba seguro de cuál era la ciudad en la que los había visto o de por qué esos lugares podían ser una razón para regresar allí. Pensó que tal vez debería quemar todos sus mapas.

Cuando entró en el lavabo para recoger el cepillo de dientes y la maquinilla de afeitar, ya había oscurecido. No podía creer que ya fuese otra vez de noche. Había dormido todo el día; tal vez quince horas, o incluso más. Esa clase de sueño que te deja fatigado y como muerto. Sentía las piernas como si las tuviese rellenas de plastilina. Todavía no había comido nada. Tal vez al salir de la ciudad se detuviese en el Happy Chef para tomarse una empanada. Necesitaba comer algo. Ya tenía un destino.

Iba a regresar a la habitación para seguir haciendo el equipaje, pero, de pronto, se sintió completamente perdido en mitad de un

gesto: se había quedado paralizado, de pie junto a la ducha, con la maquinilla de afeitar colgando de la mano, en el momento en que se volvía hacia el espejo como si hubiese olvidado algo. Algo que no lograba recordar. Echó un rápido vistazo a su rostro, que le contemplaba desde el espejo. Su adusto y distante rostro. Su mirada se desvió bruscamente, como si algo le avergonzase. Le avergonzaba su absoluta falta de propósito. Apartó esa idea de su cabeza y se dirigió con tenacidad hacia su bolsa de viaje, que seguía sobre la cama. Caminó hacia ella como si alguien acabase de jalearle: «¡Animo!». Metió la maquinilla y el cepillo de dientes, y cerró la cremallera. Entonces experimentó la primera sensación realmente placentera desde que se había despertado: al escuchar el ruidito de la cremallera encajando la verde hilera de pequeños dientes sin ninguna dificultad. Se volvió y echó otro vistazo a la habitación del motel para asegurarse de que no olvidaba nada. Era un viejo hábito que había aprendido de su madre, en los tiempos en que ambos seguían a su padre de una base aérea a otra. En la época en que solían vivir en moteles. Después de depositar el equipaje en el enorme maletero del Plymouth cupé, su madre le tomaba de la mano y ambos repasaban hasta el último rincón de la habitación en busca de algún objeto que hubiesen podido olvidar, aunque él nunca tenía claro qué podría ser. Abrían hasta el último cajón de cada mesilla de noche, de cada cómoda, incluso los que ni siquiera habían utilizado. Y su madre metía la mano y la pasaba por todas las esquinas, y en algunas ocasiones incluso sacaba el cajón y le daba la vuelta hasta que el amarillento papel de periódico que cubría el fondo caía planeando al suelo. Entonces agitaba el vacío cajón por encima de su cabeza y alzaba la mirada para echarle un último vistazo hasta estar completamente segura de que allí no había quedado olvidado ninguno de sus tesoros personales, como una horquilla. Después comprobaban todos los armarios, metiéndose en ellos y encendiendo la bombilla desnuda del interior. Él se recordaba a sí mismo levantando la vista hacia los blanquecinos brazos de su madre, mientras ella movía a un lado y a otro las perchas sobre la barra haciéndolas repicar. Revisaban el lavabo y su madre se metía

en la bañera sin molestarse en quitarse los zapatos de tacón y levantaba las pequeñas y reblandecidas pastillas de jabón para asegurarse de que no hubiese nada debajo.

—Así perdí una vez el anillo de compromiso que me regaló tu padre —le explicaba mientras pasaba la uña del pulgar, esmaltada en rojo, por la ondulada base de la jabonera—. Me lo quité para bañarme y lo dejé en una jabonera igual que ésta. Al poner la pastilla de jabón encima, el anillo se hundió en ella y tardé una semana en encontrarlo. Me sentía fatal. No se lo podía contar a tu padre y me pasé todos esos días ocultando la mano en la que solía llevar el anillo para que no se diese cuenta de que lo había perdido. Me sentía terriblemente avergonzada. Al final lo encontré en una papelera. No sé cómo demonios fue a parar allí. ¿Te lo imaginas? Tu padre jamás llegó a sospechar que lo había perdido. No sé qué habría hecho si él se hubiera dado cuenta de que no lo llevaba. Por eso es importante revisar meticulosamente la habitación antes de pagar la cuenta. No puedes culpar a nadie por robarte si te olvidas cosas al marcharte.

7/91 (Kadoka, Dakota del Sur).

CRUZANDO EL PARAÍSO

El padre de Crewlaw había muerto carbonizado en la cama de un motel. Eso era lo que se contaba. El colchón explotó, o algo por el estilo. Yo no podía dejar de darle vueltas a los detalles. Crewlaw me explicó que la causa había sido el ascua de un enorme puro que tenía encendido, la cual cayó rodando por su camiseta hasta las sábanas, las quemó y llegó hasta el colchón, lo que provocó una combustión interna. No lograba imaginármelo, a pesar de que Crewlaw lo contaba como si hubiese sido testigo directo del acontecimiento. Le ofendía que no lo acabase de entender y parecía pensar que creía que mentía, lo que no era cierto. Me dijo que si no le creía, me llevaría al motel donde sucedió y me enseñaría el colchón. Le dije que por supuesto que le creía, pero que no lograba imaginármelo. En cualquier caso, se empeñó en llevarme allí.

Nos dirigimos a Azusa por la autopista 66 en el Mercury del 48 de Crewlaw, de esos que tenían las ruedas protegidas por una chapa semicircular sujeta al guardabarros, y aparcamos en una explanada de grava junto al Motel Júpiter, uno de esos edificios de estuco de aire español con un patio con un surtidor seco en el centro y ni un solo cliente. Crewlaw se inclinó por encima de mí y me señaló una oscura ventana con un cartel publicitario rojo pegado en una esquina. Me llegó el olor de su brillantina y del paquete de Lucky Strike que llevaba en la manga vuelta de su camiseta.

—Allí es donde sucedió —me dijo—. Justo allí. ¿Ves esa ventana?

—¿Qué hacía aquí?

—Vivía aquí. ¿Qué otra cosa podía hacer? —respondió Crewlaw

mientras se volvía a colocar tras el volante; después abrió la portezuela, bajó del coche y se encaminó hacia la recepción del motel a grandes zancadas. Su manera de caminar, haciendo saltar y crujir la grava con sus botas al pisarla, me pareció afeminada, aunque no estaba del todo seguro, porque su rabia era absolutamente masculina. En esa época parecía indignado con todo. Tal vez se debiese a la muerte de su padre, no lo sé.

Lo seguí tras la herrumbrosa puerta mosquitera de la minúscula habitación que hacía las veces de recepción. Una vez dentro hizo sonar el timbre del *mostrador*. *Era una* de esas recepciones que dan la sensación de que los propietarios viven allí día y noche. Había un sofá cama con un saco de dormir con la cremallera abierta extendido encima como si fuera una manta, varias cajas vacías de dónuts desparramadas y un periquito azul enjaulado machacándose el pico contra un pequeño espejo y canturreando una única nota. De un cuarto trasero salió un minúsculo perro cruzado que se abalanzó sobre nosotros ladrando como un energúmeno. Crewlaw dio una patada al aire e hizo amago de aplastarle el cráneo al chucho, lo cual provocó que éste se tirase al suelo gimoteando. Entonces apareció una mujer bajita y regordeta con un holgado vestido naranja de estar por casa y unas sandalias verdes, que se acercó a nosotros arrastrando los pies. Tenía el mentón pegado al cuello y respiraba como si un enfisema estuviese a punto de llevársela al otro barrio. Llamó al perro por su nombre, con una conmiseración tan nauseabunda que provocó que Crewlaw hiciera rechinar los dientes cuando se dirigió a ella:

—Me llamo Crewlaw. Soy el hijo del hombre que murió carbonizado la semana pasada. Nos gustaría poder echar un vistazo a la cama. Al colchón.

—¿Cómo has dicho que te llamas?

—Crewlaw.

—¿Qué clase de apellido es ése?

—¿Podemos echar un vistazo a la cama?

—¿Qué cama?

—La cama en la que mi padre murió carbonizado.

—No tenemos ninguna cama.

—Se alojaba en la habitación número seis. Allí fue donde murió carbonizado. En la cama. El colchón explotó.

—¡Oh, esa cama! —exclamó la mujer.

—Sí, exacto, esa cama. ¿Podemos echarle un vistazo? Mi amigo no se cree lo que le he contado.

—Sí que te creo —dije, deseando con toda mi alma dar media vuelta y largarme de allí cuanto antes.

—Está completamente quemada —nos advirtió la mujer.

—Ya lo sé, pero ¿podemos verla, de todas formas?

—¿Para qué queréis ver una cama quemada? Además, los bomberos lo dejaron todo empantanado con la manguera. Entre el agua y el humo esa habitación ha quedado destrozada. ¿Quién va a pagar los destrozos?

—Yo no, desde luego —dijo Crewlaw.

—Entonces ¿quién? Tú eres su hijo, ¿no?

—Sí, en efecto.

—¿Cómo has dicho que te llamabas?

—Crewlaw.

—Exacto. Ése es el apellido. Un apellido como ése no se olvida fácilmente. Pero ¿qué clase de apellido es?

—Es originario de Lituania.

—¿Y eso por dónde cae?

—Olvídelo. ¿Podemos echar un vistazo a la cama o no?

—La hemos tirado.

—¿Dónde?

—Ahí detrás. Está apoyada contra el edificio.

—¿Nos permite echarle un vistazo?

—¿Qué vais a hacer con ella?

—Nada, sólo queremos echarle un vistazo.

—No habrá dinero dentro o algo por el estilo, ¿eh? Si hay dinero dentro de ese colchón, me debes una parte.

—¡Yo no le debo una mierda! —dijo Crewlaw, y se volvió hacia la puerta.

—¡Escucha, chaval, no tienes ningún derecho a entrar aquí y

empezar a soltar palabrotas! ¡No me importa de dónde seas originario! ¡Cómo sigas en este plan, voy a llamar a la policía!

—¡A tomar por el culo! —le respondió Crewlaw, que cerró de golpe la puerta en las narices de la mujer y se encaminó hacia el aparcamiento. Desde la recepción, la voz de la regordeta mujer subió una octava y su perrito recuperó súbitamente el valor y se puso a ladrar al unísono.

—¡Voy a llamar a la policía ahora mismo! ¿Está claro? ¿Te crees que puedes entrar aquí a plena luz del día e insultarme en mis narices? ¡Eres una maldita escoria, por mucho que tu padre haya muerto carbonizado!

Fuimos corriendo a la parte trasera del edificio y saltamos una verja negra de hierro de escasa altura. Junto a la pared se alineaban varios cubos de basura sobre los cuales había platitos para dar de comer a los gatos, de colores apagados por la larga exposición a la luz solar, con leche reseca y restos de atún. Las moscas se estaban dando un banquete.

—¡Allí está! ¡Mira! ¿Lo ves? —dijo con aire de triunfo.

El infernal colchón estaba apoyado en vertical contra la barandilla del porche; tenía un enorme agujero negruzco en el centro, a través del cual pasaba la luz del sol. Parecía que le hubiese caído encima una bomba. Crewlaw lo apartó de la barandilla y metió el brazo en el agujero hasta que su mano asomó por el otro lado. Abrió y cerró el puño, como tratando de asir el aire. La cruz de un verde azulado que llevaba tatuada entre el pulgar y el índice se extendió y se plegó con el movimiento de la mano. Recordé el día en que Crewlaw se la tatuó con un cortaplumas durante una clase de geometría. Se iba pinchando hasta sangrar y entonces echaba tinta de un cartucho de estilográfica en la herida para conseguir que penetrase y quedase fijada bajo la piel.

—Se ha quemado por completo, ¿lo ves? Éste es el efecto que puede causar un simple puro. Ahora tal vez ya puedas imaginártelo.

—Será mejor que nos larguemos, Crewlaw. Esa mujer va a avisar a la poli.

—¿Crees que la poli va a venir hasta aquí sólo porque alguien ha

soltado cuatro palabrotas? No vendrá.

—No quiero que me vuelvan a arrestar en Azusa. Si me detienen de nuevo aquí estoy jodido.

—Pero no llevas nada encima, ¿no?

—No —respondí—, pero no quiero correr ningún riesgo.

—De acuerdo. Ayúdame a levantar el colchón. Vamos.

—¿Qué pretendes hacer? —pregunté.

—Me lo voy a llevar.

—¿Para qué?

—No lo sé. Simplemente, me lo quiero llevar. Vamos, ayúdame a cargarlo.

Llevamos el colchón quemado hasta el aparcamiento y lo colocamos sobre el techo del coche de Crewlaw. En el asiento trasero había un poco de alambre herrumbroso que había cogido en el hipódromo, y lo utilizamos para atarlo. El perro enano seguía ladrando desde lejos, pero no había rastro de la encargada. Mientras afianzaba el colchón con el oxidado alambre, Crewlaw desvió bruscamente la mirada hacia la recepción y dijo:

—Si fuese mío, le pegaría un tiro a este chucho de mierda, para acortar su lamentable vida.

Nos largamos con el inestable colchón sobre el techo y después de dejar atrás la cantera de Irwindale nos dirigimos hacia el este por la vieja carretera de Baseline, que discurría entre limoneros y viñedos. El olor dulzón de los limoneros floridos resultaba desconcertante. El extraño temor que me invadía no parecía acorde con el paisaje que nos envolvía: un sinsonte entregado a pleno pulmón a su chillón canturreo, la cambiante neblina provocada por el agua de los aspersores sobre los campos. El ruidoso tubo de escape del Mercury retumbaba entre las inmaculadas hileras de limoneros y naranjos. Me sentía como si viajara en un vehículo diabólico que cruzara el paraíso. No tenía ni idea de cómo había llegado hasta allí. Un coyote nos esquivó y se metió entre los árboles, en dirección a una profunda zanja; era un hermoso animal de pelaje rojizo con un gran collarín blanco. Se volvió hacia nosotros, se detuvo un instante, contempló el aerodinámico

Mercury con un colchón quemado oscilando sobre el techo y desapareció entre los bidones en que quemaban petróleo para proteger a los árboles de las heladas.

Nos desviamos en Fish Canyon y enfilamos un camino de grava en dirección al acueducto para el control de riadas, una enorme serpiente de cemento que descendía desde San Gabriel y desembocaba en el desierto. Nunca había visto bajar por él más que un hilillo de agua. La única riada que había visto en mi vida fue una que devastó Alabama, y la conocía sólo por fotografías. Había oído decir en esa época que el acueducto lo usaban sobre todo los asesinos de Los Ángeles para hacer desaparecer a sus víctimas, pero tampoco había visto nunca ningún cadáver. Crewlaw detuvo el coche en el mismísimo borde del amplio caño de cemento y se apeó. Se paseó por el borde del acueducto, echando un vistazo a través de los manzanillos y las yucas, encendió un Lucky Strike y se volvió hacia mí.

—Hagámoslo de una vez —dijo, y se dirigió hacia el colchón y empezó a desanudar el alambre, con el cigarrillo moviéndose arriba y abajo entre sus labios. Le ayudé sin preguntarle qué era lo que pretendía hacer.

Bajamos el colchón del techo del coche y lo lanzamos por el escarpado terraplén del acueducto. Cayó dando tumbos unos quince metros hasta que se estrelló contra el fondo y quedó extendido junto a una vieja lavadora estropeada, de esas con rodillos en la parte superior y una manivela para escurrir el agua de la ropa. Crewlaw se quedó un rato al borde, mirando hacia abajo, como si quisiera asegurarse de que el colchón había dejado de moverse definitivamente, de que no quedaba en él el más mínimo resto de vida. Tiró el cigarrillo, se dirigió al maletero del coche y sacó una lata anaranjada de gasolina con un pitorro plateado. De pronto salió disparado hacia el borde del terraplén, dio un salto y desapareció como un suicida que se tira por la ventana. Lo seguí terraplén abajo y lo vi descender al galope, directo hacia el colchón, con la lata de gasolina en alto. Cuando llegamos al fondo, nos quedamos mirando el colchón mientras recuperábamos el aliento. Allí olía a peces

muertos y algas.

Crewlaw vertió toda la gasolina sobre el colchón procurando no salpicarse y tiró la lata vacía encima para redondear la faena.

—Vamos, alejémonos, porque este cabrón va a quedar reducido a cenizas —dijo, y me tiró del codo.

Nos situamos a una distancia prudencial. Crewlaw cogió del suelo una piedra lisa y plana de color corcho, sacó de su paquete de Lucky Strike los tres últimos cigarrillos que le quedaban, metió la piedra y estrujó con fuerza el envoltorio. Prendió fuego al celofán con su Zippo, esperó hasta que la llama pasó de azulada a anaranjada y lanzó el encendido proyectil con una especie de gancho que le había visto ejecutar en la cancha de baloncesto. La piedra describió un arco como un cometa contra el lejano horizonte antes de caer sobre el colchón sin ruido alguno. Durante unos instantes no sucedió nada. Pensamos que se había apagado. Ni rastro de llamas. Nada. Se oyó algo parecido a un susurro y, de pronto, con la violencia de una ráfaga de viento del desierto, emergieron las llamas y todo el acueducto pareció arder.

—Por fin mi padre descansa definitivamente en paz —comentó Crewlaw mientras contemplaba la columna de arremolinado humo negruzco que ascendía desde el agujero del colchón—. Supongo que hay quien tiene que arder un par de veces antes de lograrlo.

El sol se ponía por detrás de las torres de cemento de las canteras, cuyas luces de advertencia azul pálido ya parpadeaban, y de las negras yucas que se extendían silenciosamente a lo largo del borde del acueducto.

Nos dirigimos a Cucamonga, a casa de una parienta de Crewlaw, la tía Mellie, para pernoctar allí. Vivía junto a unos viñedos abandonados, en una de esas casas construidas con cuatro tablones para albergar a los trabajadores mexicanos, antes de que el negocio del vino se desplazase hacia el norte. Pasamos junto al autocine Blue Sky, en el que estaban proyectando *El rock de la cárcel*. Vimos a un enorme Elvis recortado contra las montañas de un tono púrpura oscuro, cantando en silencio y dando sus famosos meneos de cadera. Me pregunté en qué clase de prisión se suponía que

estaba confinado, en la que a uno le permitían cantar y bailar de esa manera, respaldado por un grupo de *rock*, pero no se lo comenté a Crewlaw. Aunque jamás lo admitió, ponía todo su empeño en imitar el tupé de Elvis, con su mechón sobre la frente. Utilizaba cantidades industriales de brillantina, pero nunca consiguió unos resultados convincentes. Le caía demasiado encima de los ojos, lo cual le daba un aire de tipo hosco y peligroso que le había costado no ser admitido en un montón de trabajos. De hecho, de no ser por mi recomendación personal, probablemente no lo hubieran contratado en el hipódromo de Santa Anita. A los jefes no les gustaban los «monstruos de feria», y el peinado de Crewlaw lo incluía en esa categoría. Los preparadores de caballos siempre procuraban ir elegantes, con sus anodinas gorras de *tweed* y sus finas corbatas con su alfiler dorado en forma de herradura. Debían mantener esa apariencia, a pesar de que todo el mundo sabía que salían del arroyo, igual que nosotros. Probablemente, de sitios peores aún.

Como de costumbre, la tía Mellie estaba medio piripi y ni se molestó en levantarse del sofá cuando nos oyó entrar. Fuimos directamente a la cocina y desde la sala de estar, donde estaba viendo *El llanero solitario*, nos gritó:

—¡Eh, muchachos, no se os ocurra beberos mi cerveza! ¡Esa cerveza tiene que durarme un par de días!

Crewlaw me guiñó un ojo y, sigilosamente, abrió la nevera y sacó un botellín sin provocar siquiera un leve tintineo. Desde su sofá, la tía Mellie seguía con su arenga:

—De vez en cuando podrías pensar un poco en los demás, ¿no? No te hará daño. ¡Podrías ser un poco más considerado!

Abrimos la botella y nos sentamos en la mesa de fórmica. Nos íbamos pasando la cerveza mientras bromeábamos simulando con gestos nuestras reacciones ante el discurso de la tía de Crewlaw. De vez en cuando, teníamos que taparnos la boca para no estallar en sonoras risotadas y salpicar de cerveza el tapete de linóleo.

—¡La misma actitud que tu padre! Debes de haberla heredado de él. Demuestras la misma falta de consideración. Nunca piensas

en los demás. Ni lo más mínimo. —Asentimos solemnemente, mientras la obertura de *Guillermo Tell* cumplía funciones de banda sonora acompañando al sonido de las balas que rebotaban y los gritos de «¡Vamos, Silver, adelante!». La tía Mellie continuaba con su implacable sermón—: ¡Sólo pensaba en pasárselo bien! Le importaban un pito las consecuencias. Y además nunca hizo nada de provecho. ¡Maldito hijo de perra inútil! No me sorprende en absoluto que muriese como murió. Se lo tenía bien merecido. ¿Crees que soy muy dura? Supongo que crees que soy cruel, ¿no? —Negamos vehementemente con la cabeza y casi se nos escapan las carcajadas. Nos retorcíamos en nuestras sillas apretándonos la barriga e intentando recuperar el aliento—. Bueno, ¡pues nadie puede ser tan cruel como lo era tu padre! ¡La de maldades que le hizo a tu madre! Es un milagro que la pobre durase tantos años. Y todas esas malditas excusas que siempre tenía preparadas para justificar su comportamiento. Nunca me he topado con un hombre capaz de inventarse tantas excusas. ¡Igual que tú! ¡Excusas y más excusas! ¿Qué magnífica excusa tienes esta noche, Crewlaw? ¡Respóndeme!

Crewlaw se enderezó en la silla y trató de controlar sus espasmos.

—¿Perdón, tía?

—¡Te he preguntado qué excusa tienes esta noche! Me has oído perfectamente.

—¿Excusa para qué, tía?

—Para aparecer por aquí en plena noche y robarme mi cerveza. Sé perfectamente lo que estáis haciendo.

—Todavía no es de noche.

—¡Hace rato que se ha puesto el sol! ¡No me contradigas!

—Perdón, tía.

—¡Ni se te ocurra acercarte a la nevera, Crewlaw!

—Mañana te traeré un *pack* de seis cervezas, tía Mellie.

—¡Mañana! Tendrías que haber nacido mexicano, ésos siempre están con lo de *mañana*. ¡Mañana! La misma vieja canción de tu padre: ¡Mañana, mañana! Pues ahora ya no le queda ningún

mañana. ¿Qué te parece eso? Se le han acabado los mañanas. Y tú, ¿qué piensas hacer?

—¿Yo? ¿Sobre qué, tía Mellie?

Crewlaw no pudo contenerse más y rompió a reír. Apenas podía sofocar las carcajadas. Me incliné sobre él y le di un golpe en una rodilla para intentar que se calmase, pero no sirvió de nada.

—¡Supongo que debes de pensar que todo esto es una gran comedia! ¡Todo el sufrimiento que provocas para poder pasártelo en grande! ¿Es así como lo ves?

—No, tía.

—¡Ya verás como no te reirás tanto de aquí a diez años! O quizá menos. Las cosas se tuercen antes de que uno pueda siquiera percatarse de ello.

—Sí, tía.

—Estarás echado en la cama de alguna pensión de mala muerte, igual que tu padre. Contemplando las grietas de la pared. Preguntándote cómo has podido caer tan bajo. ¡Entonces la comedia ya no te parecerá tan divertida, gran hombre!

Después de este último exabrupto la mujer guardó silencio. Se siguieron oyendo las andanzas de *El llanero solitario* hasta que fueron interrumpidas por el frenético anuncio de un Dodge. Fuimos de puntillas hasta la puerta de la sala, que estaba abierta, y asomamos la cabeza para echar un vistazo a la tía Mellie, recostada en su raído sofá. Nos daba la espalda y llevaba un pañuelo azul en la cabeza y un deshilachado jersey rosa arremangado hasta los codos. Tenía las piernas tapadas con una descolorida manta mexicana. Uno de sus brazos colgaba hasta casi tocar el suelo, y entre los dedos de la mano se consumía un cigarrillo del que pendía un buen trozo de ceniza. La tía Mellie no se movió. Tenía los dedos manchados de nicotina y los nudillos grandes, masculinos. Llevaba un anillo plateado con una turquesa. El humo del cigarrillo serpenteaba alrededor del anillo y subía por su brazo hasta el jersey rosa. No hizo el más mínimo movimiento. Nos habló sin volverse para mirarnos. Ahora su voz sonaba diferente. Más profunda. Casi masculina.

—Sé que me estáis mirando —dijo—. Adelante, miradme. No

hay nada que ver.

5/3/89 (Los Ángeles).

UN PEQUEÑO CÍRCULO DE AMIGOS

A mediados de los años cincuenta mis padres tenían un pequeño círculo de amigos. En 1961 todos se habían esfumado. Con el tiempo averigüé que se debió, en parte, a la afición de mi padre a la bebida y a los subsiguientes números que montaba. Unos números en los que parecía que iba a perder la cabeza de un momento a otro. Un día, creo que fue en 1957, mis padres organizaron una barbacoa en casa, a la que acudieron todos sus amigos. Vino Ted Maysley, un tipo alto y delgado, con el cabello grisáceo cortado al uno, tieso como un cepillo para zapatos colocado boca arriba sobre su cabeza. Era sólo cuarentón, pero ya tenía el cabello completamente cano. Tocaba el piano y cantaba canciones de Fats Waller, y siempre iba trajeado y encorbatado. Los trajes eran siempre grises, a juego con su pelo. Años después me enteré de que se ahorcó en su garaje cuando descubrió que era gay. Vinieron Lance Torrace y su esposa, Louise, que me parecía muy *sexy*. Tenían una hija llamada Liza, que también era muy *sexy*. Era una chica de mi edad, unos trece años. Liza y yo solíamos ir a escondidas a los corrales de las ovejas para magrearnos. Resultaba muy excitante hacerlo con ella, porque gimoteaba igual que Jane Mansfield en sus películas con Mickey Hargitay. Louise, la madre de Liza, tenía unas caderas maravillosas. Eran generosas y siempre las ceñía con cortas y provocativas faldas, en las que se marcaban los corchetes de su liguero. Años después me enteré de que se había tirado desde la terraza de la segunda planta de su casa y se había roto el cuello al aterrizar de cabeza sobre el patio de estilo español. Su marido, Lance, entrenador de *rugby* retirado, fue perdiendo la razón poco a poco a lo largo de la

siguiente década y acabó hundiendo su negocio de zapatería. Vinieron Lou y Doris Parnell, que eran unos entusiastas de los juegos de cartas y las apuestas hípicas. Uno siempre podía adivinar qué tal les había tratado la suerte últimamente por el coche que conducían. Si les había sonreído, aparecían al volante de un Thunderbird. Si, por el contrario, les había dado la espalda, el automóvil era un Plymouth. Vino un tipo de aspecto italiano llamado Phil, que era objeto de gran controversia en nuestra casa. Mi padre acusaba una y otra vez a mi madre de tener un lío con él, pero jamás le vi encararse con el tal Phil. En lugar de eso, optaba por destrozar periódicamente alguna de las habitaciones de la casa, siempre a altas horas de la noche, cuando se suponía que mis hermanas y yo ya estábamos durmiendo. Siempre circunscribía su furia a una sola habitación. Por la mañana no había duda posible sobre cuál había padecido sus iras. La cocina era su favorita.

Al principio, esa barbacoa de 1957 parecía ir a las mil maravillas. Era una tarde soleada y los albaricoques maduraban en los árboles. Una ligera brisa procedente de San Joaquín arrastraba el olor de las hamburguesas, el pollo y las flores de los naranjos por el jardín, hacia el aguacatal. Liza le lanzaba un hueso de goma a nuestro perro y lo perseguía histéricamente. Correteaba hacia los corrales y me dirigía miradas de complicidad por encima del hombro. Yo no me daba por aludido. Arturo, un amigo mexicano al que mi padre había contratado para que se ocupase del jardín, estaba cortando la hierba con una cortacésped. Era un hombre de aspecto impasible, y llevaba un sombrero blando de paja y unos *guaraches* con suelas hechas con neumáticos viejos. Me contó que se había metido en líos en Chihuahua, por mezclarse con algunos tipos muy malos, y se había visto forzado a abandonar México. Nunca me explicó los detalles, pero sí me confesó que había una mujer por medio. Aprovechando pequeñas ramas de los frutales que podaba, esculpía figuras en forma de serpiente que después me regalaba. Yo las guardaba en un cajón con mis navajas.

El pequeño círculo de amigos se lo estaba pasando en grande. La aguda risa de mi madre se oía por encima del resto de las voces,

lo cual era para mí una señal inequívoca de que ya se había tomado un par de copas. Todo el mundo bebía, brindaba y hablaba al mismo tiempo. Incluso mi padre parecía momentáneamente feliz mientras pinchaba la crepitante carne con un largo tenedor y daba sorbos a su cerveza. Ted cantaba: «*You're not the only wrinkle on the prune. You're not the only apple on the tree. Nevertheless, I confess —positively, positively— you're the only one for me*»[8], haciendo una gran imitación de Fats Waller y resaltando el final de cada verso con un insinuante «*Yeah!*». Phil añadía al estribillo unos improvisados murmullos que imitaban el sonido de un trombón. Tenía los ojos cerrados y sus labios se movían arriba y abajo, produciendo un zumbido. Acompañaba esos sonidos con los gestos de un músico que mueve la vara del trombón, utilizando para ello la mano con la que sostenía la copa. Con cada vaivén su contenido salpicaba un poco el regazo de Ted, pero éste no parecía darse cuenta. Phil no abrió los ojos durante todo ese rato y no se dio cuenta del desastre que estaba causando. Estaba demasiado ensimismado en sus pensamientos. Lance, Louise, Lou, Doris y mi madre se partían de risa por algo que acababan de recordar de su época de estudiantes. Algo que había sucedido hacía veinte largos años, relacionado con una reina del baile anual de los antiguos alumnos del instituto. Mi madre debía de ser la que mejor lo recordaba, porque era la que más se reía. Las únicas ocasiones en que recuerdo a mis padres riéndose juntos al mismo tiempo eran las fiestas que celebraban.

Lo que sucedió a continuación fue que Liza regresó corriendo a la casa sin el hueso de goma, perseguida ahora por nuestro perro, que parecía convencido de que seguía jugando con él, lo cual no era cierto. Liza estaba llorando. Fue directamente hacia su madre, se le abrazó a la cintura y hundió la cabeza en su ceñida falda blanca. Todo el mundo dejó de hablar, reír y beber, excepto Ted y Phil, que estaban canturreando la última estrofa de *Honeysuckle Rose*. Pero enseguida lo dejaron y salieron con sus copas al jardín para averiguar por qué el tono de la fiesta había cambiado tan bruscamente. La gente se separó un poco, por parejas, y casi nadie se atrevió a decir nada. Los que hablaron, lo hicieron susurrando sus palabras a quien

tenían al lado, sin apartar la vista del suelo y meneando la cabeza. Louise y Liza entraron en casa con mi madre, que le daba suaves palmaditas en el hombro a la niña y le acariciaba la cabeza. Lance se acercó a mi padre y le dijo a la cara: «Ya te había advertido del riesgo de contratar a mexicanos, ¿no es así?», y se dirigió a la casa, dejándolo plantado. Mi padre se quitó el delantal y dejó el largo tenedor junto a la parrilla de la barbacoa. Se quedó contemplando las candentes briquetas con cara inexpresiva. No se vislumbraba ira en él, sólo un prolongado dolor que parecía volver a caerle encima, como si en el fondo supiese que aquellos breves lapsos de felicidad no eran sino otra cosa que disfraces temporales de su auténtico destino. Ted le dio unas palmadas de ánimo en la espalda, pero mi padre ni le miró ni le agradeció con algún gesto su amable detalle. Se limitó a marcharse con paso lento en dirección a los corrales de las ovejas. Caminaba como si en realidad no quisiera ir allí, como si en realidad estuviese cumpliendo a regañadientes las órdenes de otra persona. Lo seguí a una distancia prudencial, para evitar que se enojase conmigo. De todas formas, su mente estaba en otra parte y no se percató de mi presencia. Nuestro perro correteaba tontamente a mi alrededor, meneando la cola y sonriéndome con la lengua fuera. Siempre tenía aquella estúpida expresión de felicidad, pasara lo que pasara.

Vi a Arturo sentado en su vieja camioneta verde, por cuya parte trasera asomaban la cortacésped y los útiles de jardinería. Estaba muy quieto, no llevaba sombrero y tenía sus manos curtidas y oscuras sobre el volante, como si estuviese esperando a que mi padre fuera a echarle un rapapolvo. La camioneta no estaba en marcha. Mi padre caminó directamente hacia ella, subió y se sentó junto a Arturo. La portezuela hizo un ruido horrible al cerrarse. Pasaron mucho rato sin mirarse. Sin dirigirse la palabra. Con la mirada fija en el parabrisas, perdida en el vacío. Arturo agarraba el volante como si estuviese conduciendo, pero ni siquiera había encendido el motor. Si los mirabas moviendo la cara con rapidez, parecían un par de tipos que avanzaban a campo traviesa con la camioneta, pero el vehículo no se movía. Las ovejas empezaron a balar y se acercaron a

la cerca, aplastando el hocico contra la tela metálica, como si creyesen que les iban a echar el heno. Nuestro perro se puso a corretear arriba y abajo junto al cercado, ladrando y enseñándoles los dientes amenazadoramente a los corderos. Arturo y mi padre siguieron contemplando ensimismados el sucio parabrisas. Al cabo mi padre le dijo algo en español a Arturo, que encendió el motor y arrancó muy lentamente. Vi cómo la camioneta verde se alejaba colina abajo, dejando atrás los eucaliptus, y desaparecía con la cortacésped y los útiles de jardinería botando en la parte trasera.

Cuando regresé a casa, todos, excepto Lance, Louise y Liza, estaban a punto de marcharse. Mi madre hablaba en voz baja con Lance en la mesa roja de la cocina. Por el tono, le pedía disculpas. Lance fumaba con la mirada fija en el tapete de linóleo. Louise y Liza se habían metido en el dormitorio de mis padres y habían cerrado la puerta. A través de ella oí la voz de Louise: «¡Te he dicho cientos de veces que no te pusieses ese sujetador! ¡Eres demasiado joven para llevar un sujetador así!». Me despedí de Ted y le estreché la mano. Recuerdo que pensé que era todo un caballero. Su mirada era muy bondadosa. Fue la última vez que lo vi con vida; de haberlo sabido, le habría dicho algo acerca de su bondad. Lo poco común que era. Lou y Doris me saludaron con la mano desde el Plymouth mientras descendían marcha atrás por el camino de acceso a la casa. Parecían felizmente ebrios y ajenos a los últimos acontecimientos. Les devolví el saludo. Vi a Phil en el jardín, dando vueltas alrededor de un naranjo con una copa y un cigarrillo en la mano. Pateaba la hierba, con la mirada fija en sus zapatones, y después limpiaba la puntera frotándola contra el pantalón, a la altura de la pantorrilla. Echó un vistazo a la casa y siguió dando vueltas y meneando la copa. Hasta mí llegaba el tintineo de los cubitos de hielo. Al marcharse, Ted dio un par de breves bocinazos. Phil alzó la copa a modo de saludo, pero no levantó la vista. Siguió dando vueltas alrededor del naranjo y pateando el césped. Por el jardín corría un humo blanco procedente de las agonizantes brasas de la barbacoa.

Al cabo de un rato salió mi madre con Lance, Louise y Liza. Liza tenía la cara enrojecida y con huellas de lágrimas, pero ya había

dejado de llorar. Me lanzó una mirada furtiva y se escondió detrás de su madre. Sólo alcanzaba a ver uno de sus ojos, que parecía rebosante de culpa. Mi madre, cabizbaja y con los brazos cruzados sobre el pecho, los acompañó hasta el coche. Le dio un beso en la mejilla a Liza y cerró la portezuela suavemente después de que ésta subiera. Los despidió con la mano mientras se alejaban, y siguió moviéndola cuando ya habían desaparecido por completo, como si dijese adiós a alguien que emprendía un largo viaje. Phil dejó de dar vueltas alrededor del naranjo y saludó a mi madre alzando la copa cuando ella se volvió para regresar a la casa. Mi madre se detuvo y se quedó mirándolo, sin sonreír. Después se volvió hacia mí y me miró con una expresión súbitamente confusa. Entré en casa y los espié desde detrás de las cortinas de la ventana de la cocina. Vi que mi madre atravesaba el jardín con sus zapatos de tacón alto y se acercaba a Phil. Él sonreía y fumaba, como si se creyese un actor de cine. Sacó pecho. Ladeó la cadera, hizo caer la ceniza del cigarrillo con un leve golpe y dio una profunda calada. Justo cuando mi madre llegaba junto a él, vi que la camioneta verde de Arturo subía por la colina. Mi madre también la vio, giró bruscamente y se encaminó hacia la casa, tratando de aparentar que se dirigía hacia allí desde un principio. Phil la llamó, pero no se volvió. Siguió caminando, meneando la cabeza y apretando contra el pecho los brazos cruzados, como si tratase de evitar un escalofrío. Phil tiró el cigarrillo al suelo y bebió un trago. La camioneta de Arturo se detuvo en la carretera, delante del jardín, y mi padre se apeó. Permaneció allí unos instantes, inmóvil, mirando a Phil a través de las adelfas, mientras Arturo se alejaba con la camioneta.

Mi madre entró en la cocina oprimiéndose el pecho con la mano y jadeante. Me ordenó que me apartase de la ventana, y cuando le pregunté por qué, me gritó: «¡Obedece y calla!». Se fue directa al dormitorio y dio un portazo. Oí cómo tiraba los zapatos contra la pared y después hubo un largo silencio.

Permanecí junto a la ventana, contemplando a mi padre, que, en lugar de subir por el camino de acceso a la casa, atajó saltando por encima del seto y se acercó a Phil. Éste se volvió hacia mi padre y

alzó su copa ya casi vacía. Sonrió y rebuscó en un bolsillo su cajetilla de cigarrillos. Mi padre le golpeó con tal fuerza que la copa le estalló a Phil en plena cara. Los cubitos de hielo salieron disparados hacia el naranjo. Cuando Phil trató de protegerse levantando las manos, mi padre lo agarró por el cabello, levantó la rodilla y le aplastó la cara contra ella. A pesar de la distancia a la que estaba, oí cómo se le partía la nariz. Pero Phil no emitió ni un quejido. Cayó al suelo y mi padre lo dejó allí. Se alejó y puso en marcha el sistema de riego del jardín, que empezó a mojar a Phil. Un veloz colibrí de color turquesa revoloteó entre la neblina que formaba la fina lluvia de los aspersores.

Esa noche cogí todas las serpientes de madera que me había regalado Arturo y las coloqué en fila sobre la cama. Me dediqué a reordenarlas de diferentes maneras mientras oía cómo mi padre destrozaba otra habitación.

A la mañana siguiente, me marché del pueblo para no volver nunca más. Me llevé conmigo mis navajas y mis serpientes de madera.

4/4/89 (Los Ángeles).

EL MIEDO AL VIOLÍN

En el otoño de 1963 conseguí un empleo en la Agencia de Detectives Burns; consistía en vigilar unas barcazas de transporte de carbón en el East River. Era mi primer trabajo en Nueva York. No tenía ni la más remota idea de los peligros que podían correr unas barcazas de carbón del East River, pero me vino de perillas aquel empleo, porque el día anterior había tenido que recurrir a vender medio litro de sangre en Times Square para poder comprarme una hamburguesa con queso. Me personé en la oficina que la agencia tenía en el centro de la ciudad ligeramente mareado, pero impaciente por empezar. Me proporcionaron un uniforme caqui, una porra, un reloj para fichar con una funda negra de cuero que se colgaba del hombro y una brillante chapa plateada. Mi turno duraba desde las diez de la noche hasta el amanecer. Me sentaba en una silla plegable metálica de color marrón, dentro de una diminuta garita de madera del tamaño de un retrete. Sólo había espacio para un pequeño calefactor eléctrico, que rechinaba y lanzaba un chorro de aire que me calentaba los pies, pero cuyos efectos no llegaban al resto de mi anatomía. Cada quince minutos debía hacer mi ronda por los muelles, durante la cual me detenía en unos postes de acero dispuestos al efecto en los que había unas pequeñas cajas con una llave en su interior. Era el medio que utilizaba la agencia para controlarme. Debía introducir cada una de las llaves en una ranura de mi reloj de fichar y hacerla girar, lo cual producía una muesca en un disco de papel que al acabar la jornada depositaba en otra caja. Después volvía a casa caminando por la avenida C y la calle Diez, acompañado por los primeros rayos de sol.

El amanecer era el mejor momento para caminar por las calles de Nueva York; sobre todo si uno llevaba un uniforme caqui y una porra. Tenía la sensación de estar solo, acompañado únicamente por el gimoteo de los camiones de la basura y los tipos de los quioscos de prensa, encogidos sobre sí mismos para combatir el frío. Me sentía hermanado con aquellos hombres; todos nosotros trabajábamos metidos en cajones del tamaño de un retrete, con pequeños y zumbantes calefactores eléctricos. Las chimeneas de Con Ed soltaban largas columnas de humo blanco hacia la luz matutina. Yonquis solitarios salían tambaleándose de tiendas abiertas las veinticuatro horas, ojerosos y con la mirada ausente. Estaba muy lejos de Duarte, pero me sentía satisfecho de haberme pasado toda la noche en vela, y, además, cobrando por ello.

Fue precisamente la necesidad de mantenerme despierto lo que me llevó a experimentar con cierta sustancia. Un violinista oriundo de los Apalaches llamado Ansel Cartwright, al que conocí en el Lower East Side, me inició en el consumo de una anfeta denominada metedrina cristalizada. Para tomársela, echaba el amargo polvo en una Coca-Cola y se bebía la mezcla. Nuestro récord personal de días sin dormir estaba en cinco consecutivos. Ansel era una auténtica enciclopedia andante en lo referente a la vieja música tradicional norteamericana, pero no se las daba de purista. «Yo considero *Blueberry Hill* música folk. Y a Little Richard también». Su violín estaba laqueado de verde manzana y en la parte posterior lucía un dibujo en negro de una telaraña. Aquel trasto de color verde chillón era eléctrico, pero se podía tocar desenchufado al modo tradicional si la situación así lo requería. A Ansel le gustaba acompañarme en mi nuevo trabajo como vigilante de los muelles. Le gustaba la tranquilidad del lugar. El agua, purpúrea por la capa de petróleo, que chapaleteaba contra la proa de las barcazas. Los lejanos lamentos de los remolcadores y petroleros que se señalaban unos a otros su posición en el puerto. Las parpadeantes luces de Manhattan, que evocaban más una pequeña ciudad que una gran metrópolis. En las noches gélidas nos apretujábamos en la minúscula garita, con nuestra gran botella de Coca-Cola

enriquecida en un rincón junto al calefactor. Ansel tenía que tocar de pie, con la puerta entreabierta para que su codo pudiera moverse libremente. Un par de tragos de nuestra botella de Coca-Cola bastaban para hacernos insensibles al frío y al paso del tiempo. El único instrumento de acompañamiento apto para tan reducido espacio era un par de cucharas niqueladas que compré en una casa de empeños. Seguía el ritmo entrechocándolas o golpeándolas contra mis rodillas, e improvisábamos sobre el tema *I'm Goin' Fishin'* durante intervalos de quince minutos, hasta que me tocaba marcar una vez más en mi estúpido reloj. En algunas ocasiones, Ansel continuaba tocando y me seguía con su violín por los muelles mientras hacía la ronda. Se contorsionaba y hacía reverencias recortándose contra la luna llena, y tocaba con entusiasmo hasta que el arco de crines empezaba a deshilacharse en largas y finas hebras. Continuaba tocando y me seguía hasta la garita, donde cogía mis cucharas e iniciábamos otro dúo de quince minutos, hasta que los brazos se nos agarrotaban. Entonces nos quedábamos sentados, echando tragos de nuestra botella y hablando de temas como el antiguo miedo al violín. Según Ansel, los primeros colonos americanos habían heredado ciertas supersticiones de los fanáticos religiosos europeos de la Edad Media. Una de ellas era la creencia de que el violín era un instrumento del Diablo. Y, por tanto, estaba absolutamente prohibido en la América colonial. Nadie podía poseer un violín, y mucho menos tocarlo. Sin embargo, empezaron a aparecer sociedades secretas de amantes del violín. Se reunían en las profundidades del bosque, protegidos por la oscuridad, colgaban sus violines de los robles y los dejaban allí toda la noche bajo la luna llena, porque creían que el Diablo se acercaría a ellos e impregnaría su madera con su espíritu. Otros grupos temían esa posesión demoníaca de los instrumentos y grababan rostros grotescos en el mástil de sus violines para ahuyentar al huésped no deseado. A partir de esas reuniones clandestinas, los concursos de violín se multiplicaron, igual que los de guitarristas que proliferaron en el delta del Mississippi doscientos años después. Entre quienes participaban en esos concursos estaba extendida la creencia de que el

Diablo influía en la música. Si un violinista demostraba un don especial para la improvisación y parecía absorto en un mundo propio, se consideraba señal evidente de que había estado conspirando con las fuerzas del mal. El propio Ansel admitía ser un poco supersticioso, y encendía velas votivas de Puerto Rico en nuestra pequeña garita. El olor dulzón que emanaba de ellas resultaba ligeramente nauseabundo. Cada vela tenía un color y un aroma diferentes, que correspondían a una aplicación concreta. Las verdes, supuestamente, servían para atraer el dinero y emitían un picante olor mentolado. Las rojas eran para tener buena suerte en el amor y olían a cerezas podridas. Las blancas eran para conservar la salud y olían a vainilla. Al amanecer, a ninguno de los dos nos apetecía desayunar. Uno de los amuletos más preciados de Ansel era una raíz de la suerte. Nunca antes había visto ninguna, pero había oído referencias a ellas en algunas canciones. La llevaba en una bolsita de cuero atada al cinturón. Parecía una lima seca cubierta de verrugas parduscas. Según Ansel, la había intercambiado por una Gibson plana de 1948, que en aquella época ya valía un montón de dinero.

Lo peor de las visitas de Ansel a mi garita era su costumbre de llevar dientes de ajo distribuidos por todo el cuerpo. Según él, era para mantener a raya a los demonios. Se los metía en todos los bolsillos, e incluso aplastaba alguno en el interior de sus botas, para que le penetrasen sus emanaciones por las plantas de los pies. Un habitáculo de apenas metro y medio por metro y medio, invadido por el humo de unas velas apestosas, el tufo a ajo y el zumbido de un viejo calefactor, resultaba un lugar sofocante.

Después que hice amistad con Ansel, mi trabajo con Burns no duró ni una semana. Una noche estábamos tan absortos tocando una versión alargada de *Soldier's Joy*, que me olvidé por completo de mis rondas con el reloj de fichar. Al día siguiente ya era historia en la agencia de detectives. Me exigieron que les devolviera el uniforme, la gorra, la porra, el reloj y, por supuesto, la placa. Pusieron especial énfasis en la devolución de este último objeto. Lo devolví todo, excepto el reloj, que lancé al río. Ansel tocó una pieza fúnebre

titulada *Lowlands* mientras contemplábamos cómo se hundía lentamente entre las barcazas.

Cuando regresé a casa, en la avenida C, había una carta del Gobierno esperándome. La guerra del Vietnam se estaba intensificando.

16/5/89 (Scottsville, Virginia).

DIGNIDAD

Siempre he querido darle las gracias por rescatarme de aquel colchón en plena calle Ocho. Fue un gran gesto por su parte. No sé con exactitud cómo todo se me complicó y se me vino abajo de tal manera; incluida mi vida. Nunca se lo dije, pero poco antes de que nos conociésemos acababa de reponerme de una embarazosa enfermedad que todavía hoy no sé cómo contraje. Varias semanas atrás, había conocido a un par de azafatas, una de las cuales había pasado una temporada en el Brasil. Creo que debió de ser ella quien me contagió. En cualquier caso, en esa época trabajaba de ayudante de camarero en el Hickory House, ese restaurante de la zona alta de la ciudad con el famoso piano bar en forma de herradura. (Me parece recordar que eso sí se lo expliqué). Me encargaba de la gran mesa redonda del fondo, que estaba siempre reservada para Duke Ellington y su familia. Nunca lo olvidaré sentado allí, con sus trajes y corbatas plateados, rodeado por su esposa e hijas. Si alguna vez he visto a un tipo realmente regio, sin duda es él. Se vislumbraba en él una gran dignidad natural, y una bondad que parecía proyectar directamente sobre sus hijas. Recuerdo cómo partía el pan con sus largos dedos adornados con anillos, mientras yo escanciaba el agua con hielo en sus vasos y colocaba sobre la mesa la mantequilla. «¡Ésos son los dedos que tocan *Satín Doll*! ¡Los mismísimos dedos que tocan esa canción!», me decía. Aquellos días sentía un dolor tan agudo en la entrepierna que tenía que caminar con las piernas arqueadas para evitar el más mínimo roce. El Hickory House era un restaurante elegante, así que trataba de disimular en lo posible mi peculiar forma de andar para que el jefe de sala no se diera cuenta y

me despidiese en el acto. Pero le aseguro que el dolor era increíble.

En cierto modo, la presencia de «Sir Duke» hacía que me olvidase de todo eso durante un rato y me pusiese a soñar que un día me convertiría en un patriarca benevolente con una maravillosa mujer y unos hijos que jamás tenían rabietas.

En cualquier caso, gracias por los magníficos cruasanes con mermelada y la vista sobre el Spanish Harlem.

Un cordial saludo.

4/5/95 (Scottsville, Virginia).

EMERGENCIAS MÁS URGENTES

Ella estaba cortando una rodaja de sandía sobre el mármol de la cocina con uno de esos cuchillos de pan de hoja dentada de acero inoxidable. Acababa de entrar en casa después de pasar un rato trabajando en el jardín, donde la temperatura debía de ser de treinta y tantos grados. Llevaba varios días sin bajar de los treinta.

Me coloqué detrás de ella, la rodeé con mis brazos y le lamí el sudor de la nuca. Echó la cabeza hacia atrás, para acercar su cara a la mía, y siguió hundiendo el cuchillo en la roja pulpa de la sandía. Cuando llegó a la corteza hizo un poco más de fuerza, tomando el mango del cuchillo con una mano y sujetando la punta con la otra. En un primer momento, no sentí nada. Sólo una especie de vaga sacudida eléctrica, como la que se siente al tocar el pomo de una puerta después de levantarse de un sofá con funda de lana. La sangre empezó a mancharlo todo, y ninguno de los dos sabía de dónde salía. Chorreaba por toda la cocina. Ella se volvió y me miró. Tenía gotitas de sangre por todas partes, como si alguien la hubiese salpicado con una brocha con pintura.

—¿Qué pasa? —preguntó, perpleja. Yo tampoco tenía ni idea hasta que bajé la mirada y vi la punta de un dedo meñique sobre el mármol junto a la sandía. Levanté la mano izquierda. La sangre salía a chorro y caía sobre la ropa que ella se había puesto para trabajar en el jardín.

Me llevó en coche a urgencias mientras yo mantenía levantada la mano izquierda, y envuelta en un trapo de cocina lleno de cubitos de hielo. Había enrollado la punta de mi meñique con un *kleenex* y la llevaba en el bolsillo derecho. Por las ventanillas entraba un aire

sofocante. Varios cuervos que tiraban de los intestinos de un conejo muerto esperaron hasta el último segundo para alzar el vuelo y evitar ser arrollados por nuestro automóvil.

Entramos por las puertas automáticas del hospital, de esas que de pronto se abren de par en par y dejan espacio suficiente para que puedan pasar una camilla y un enjambre de enfermeros. Había un montón de casos urgentes por delante de nosotros: un serio accidente de motocicleta, un herido por arma de fuego y un apuñalamiento. Un grupo de jóvenes chicanos que formaban un corrillo en una esquina lloraban y se abrazaban unos a otros con aflicción contenida.

Rellenamos los formularios del hospital. Tuvo que hacerlo ella, pues me goteaba la sangre encima de los impresos cuando lo intenté. Una enfermera con aires superprofesionales le echó un vistazo a mi dedo y me lo desinfectó con agua oxigenada y mercromina, lo cual hizo que toda mi mano adquiriese un color anaranjado de piel curtida. Me recordó las marcas que me dejaba el primer guante de béisbol que utilicé, un J. C. Higgins. Con la mano sana saqué la punta seccionada de mi dedo y la desenvolví del *kleenex* con los dientes. La disciplinada enfermera la tomó y la introdujo en una bolsita de plástico que metió en hielo. Lo hizo igual que un policía que recoge y guarda una prueba de un crimen en el lugar de los hechos.

Aguardamos en la sala de espera, rodeados de gente que hojeaba revistas de golf, ofertas inmobiliarias y cuidado de animales, ilustradas a todo color. Un par de ancianas de unos setenta años se consolaban mutuamente ante las noticias sobre el estado de salud de un hombre con el cual ambas debían de tener algún parentesco:

—Sabía que sucedería, pero no pensaba que fuese a ocurrir tan pronto.

—Lo sé, Helen, pero ahora tienes que mantenerte firme, por su bien. Tienes que ser valiente.

—No estoy preparada, Doreen. Pensé que lo estaría, pero ahora veo que no es así. ¡Tenía un aspecto tan saludable!

Helen apoyó la cabeza en el hombro de Doreen y empezó a

sollozar. Doreen le pasó por la frente un pañuelito azul.

Entró en la sala de espera una enfermera que llamó a una pareja de hispanos. Los interpelados se pusieron en pie de un salto. El hombre se quitó la gorra de béisbol y la sostuvo a la altura de la hebilla color turquesa de su cinturón, agarrándola por la visera con ambas manos. La mujer sostenía su bolso en la misma posición. Salieron caminando al unísono, siguiendo a la enfermera. Por la estoica expresión de sus rostros aindiados, se adivinaba que era la vida de su hijo la que estaba en juego.

Nosotros seguimos aguardando en la sala de espera. Puse la mano sana sobre su rodilla izquierda, mientras sentía cómo la sangre palpitaba en la accidentada. Su rodilla resultaba fría y sedosa al tacto. Me dijo que lo sentía y me dio un beso en la oreja. Le respondí que había sido un accidente y que era maravilloso estar allí, sentado junto a ella, con mi mano sobre su perfecta rodilla.

El médico opinó que coser el trozo seccionado al meñique probablemente no daría resultado. El riesgo de infección era muy alto. Le pregunté que cómo era posible que hubiésemos tenido que esperar tanto rato en aquella maldita sala, mientras la punta de mi dedo se atrofiaba por la larga espera. Me respondió que no había habido otro remedio. Había emergencias más urgentes que la mía. Vidas que pendían de un hilo. Y para él las vidas tenían prioridad sobre los dedos. No pude rebatirle ese razonamiento. Me dijo que, de todas formas, probaría a coserme el dedo para ver si era posible salvarlo.

Mientras cosía los puntos de sutura, el médico nos explicó una pequeña anécdota. Hablaba y cosía con total naturalidad, sin dejar siquiera entrever que en realidad trataba de distraerme para que no sintiese tanto dolor.

—Las tribus indias de las llanuras tenían un ritual muy interesante relacionado con los dedos. Se cortaban uno como señal de duelo por la pérdida de un ser querido. El meñique por un hijo, el anular por la esposa, el índice por los padres, y así sucesivamente. Por eso, si mira con detenimiento las viejas fotografías de ese trágico periodo en que el gobierno los internó en reservas, si se fija en las

manos de los ancianos de la tribu, verá que a algunos de ellos no les queda ni un solo dedo en ninguna de las dos manos. Sólo se ven muñones.

Volvimos a casa y limpiamos la sangre de la cocina. Había salpicado todos los electrodomésticos, las alacenas y el suelo. Mientras limpiábamos, intercambiamos impresiones sobre el accidente. Básicamente, pensábamos lo mismo. Ninguno de los dos acababa de entender de dónde salía la sangre cuando lo único que hacíamos era besarnos.

6/4/89 (Los Ángeles).

CONTIGO CAREZCO DE PERSPECTIVA

No recuerdo cómo me iban las cosas antes de conocerte. ¿Siempre he estado en esta situación? Recuerdo que me sentía perdido. De eso estoy seguro. Iba sin rumbo. Pasaba de una mujer brava a la siguiente. En ocasiones permanecía junto a ellas el tiempo suficiente para darme cuenta de que su desconcierto era todavía mayor que el mío. O al menos eso era lo que sacaba en claro de lo que me decían. Pero no recuerdo que antes estuviese tan nervioso, tan hecho polvo. Las contemplaba a distancia: lavándose con una esponja en el fregadero, completamente colocadas; desmenuzando negras bolas de hachís con cuchillas de afeitar; moviéndose como reinas a cámara lenta. Después se vestían como las chicas pueblerinas de épocas pasadas, se reían tontamente y trataban de no enseñar sus largas piernas; ¡con qué garbo caminaban sobre sus tacones de goma agitando sus cabelleras igual que los caballos agitan la cola!

Pero contigo carezco de perspectiva. Cada vez que te mueves, siento como si viajase por tu piel; cada vez que miras por la ventana, siento como si estuvieses muy sola y soñases con tiempos mejores. De nada sirve que te salude agitando los brazos. Ahora todo se ha vuelto del revés.

15/5/95 (Scottsville, Virginia).

UNA FINA CAPA DE PIEL

Era la tercera vez que sorprendían a J. D. robando en el Wal-Mart. El ayudante del gerente, un joven emprendedor que había llegado a tenerle verdadera inquina a J. D., estaba entusiasmado con la detención, convencido de que iba a suponerle el ascenso a gerente. En esta ocasión su botín había sido un rollo de película Kodachrome y un cepillo de dientes eléctrico. Nada más.

Le pagé la fianza y dimos un largo paseo junto a la autopista, durante el cual J. D. habló largo y tendido. Estaba hecho polvo y se dedicó a enumerar la interminable lista de sus fracasos. Se autodenominó un «fracasado profesional» y rememoró su época como ayudante de veterinario, trabajo del que lo despidieron por fotografiar a un terrier follándose a un perro salchicha después de la hora de cierre de la consulta. Pero su principal fuente de fracasos, la herida en la que más le gustaba hurgar, eran las mujeres. Docenas de mujeres. Según J. D., era el género femenino en su conjunto, y una de sus representantes en particular, una chica llamada Lola, el responsable de su actual crisis, el que lo había abocado a aquella vida de pequeños hurtos. J. D. pretendía reunirse con ella de inmediato y explicarle su reciente arresto; decirle que si ella hubiese sabido cuánto la amaba, él no se habría visto en aquel trance; y mantener con ella un apasionado cara a cara auténticamente demoledor. Conseguí que se tranquilizase y lo convencí de que por el momento se olvidara de ir a ver a Lola y siguiésemos paseando.

Esa noche fuimos hasta San Rafael, caminando junto a la autopista y guiándonos por las luces traseras de los coches. Estábamos en enero y hacía un frío de mil demonios, y J. D. odiaba

con toda su alma el frío. Cada invierno por esas fechas se le empezaba a pelar la piel, como si de una serpiente en plena muda se tratase, así que tenía que untarse de Nivea y cubrirse con dos trajes interiores de una pieza procedentes de los excedentes del ejército, lo cual hacía que caminase rígido y pareciese gordo. Cómo era posible que resultase irresistible a las chicas es algo que jamás llegué a entender, pero lo cierto es que su presencia en un bar obraba milagros. Conseguía que las chicas se acercasen a pares a su mesa y, entre risitas, se presentasen, le invitasen a copas, le anotasen sus números de teléfono en una servilleta, se metiesen en el lavabo y reapareciesen seductoramente maquilladas. En una ocasión le pregunté a una de esas chicas qué era lo que le parecía tan atractivo de J. D., y me respondió que su fantástico sentido del humor, cualidad que la noche de marras había perdido por completo.

Llevábamos nuestras fieles petacas con una mezcla de *bourbon* y *whisky* de malta, y J. D. tenía un par de porros pésimamente liados, de esos en que las hebras sobresalen del papel y producen chisporroteos y siseos como de fuegos artificiales cada vez que das una calada. Además, eran de una marihuana de pésima calidad, que te dejaba restos verdosos en el labio inferior y desprendía un olor rancio y hediondo. A pesar de todo, cogimos un colocón suficiente para olvidarnos del frío y empezar a cantar *The Blue Ridge Mountains of Virginia* al unísono, mientras imitábamos la peculiar manera de desfilar manteniendo el paso y dando repentinos brincos de Laurel y Hardy en su película sobre la Legión Extranjera. Oíamos el ruido de los motores en la autopista y en el cielo se veía una luna creciente como la que aparece en la bandera turca. En las ventanas de los apartamentos en los que los ciudadanos de pro estaban cenando parpadeaba la luz azulada de los televisores.

En la segunda estrofa de la cancioncilla de Laurel y Hardy, J. D. se desplomó. Lo hizo de un modo tan espectacular que, al principio, creí que se trataba de una broma. Cayó de rodillas, apretándose el pecho con las manos y respirando como si le acabasen de golpear en pleno estómago con un bate de béisbol. Le castañeaban los dientes, tenía los ojos en blanco y parpadeaba con la cara levantada hacia la

escuálida luna. Una valla de tela metálica de malla ancha nos separaba de la autopista; J. D. se agarró a ella y trató de ponerse en pie. Los coches pasaban junto a nosotros, a metro y medio de distancia, y provocaban una pequeña corriente de aire que notábamos en la cara. Tomé a J. D. por los hombros e intenté averiguar qué le sucedía.

—¿Es el corazón? ¿Te ha dado un ataque al corazón? ¿Qué te pasa?

Seguía jadeando y movía la cabeza como si quisiese hablar, pero sólo pudo pronunciar una palabra:

—¡Lola!

Le dije que se olvidara de ella. Que se olvidara por completo de Lola. Que la borrase de su mente; en este momento ella no le iba a salvar la vida. Se volvió hacia mí con un terror ciego en la mirada, como si le hubiese robado la última ilusión que le quedaba. Se puso a gritar el nombre de su amada y a golpearse el pecho. Se agarró a la valla y trató de trepar por ella, metiendo la puntera de sus zapatos en los huecos hexagonales. Intentaba encontrar un buen punto de apoyo, resbalaba y lo volvía a intentar con movimientos bruscos, hasta que, poco a poco, consiguió empezar a subir por la valla. Cada vez que lo agarraba de una pierna, trataba de darme una patada en la cara con la otra mientras gritaba cosas como:

—*¡Ella es la chica de mi corazón! ¡Es la única chica que llevo en mi corazón!*

Los automovilistas empezaban a reparar en nuestra presencia y daban furiosos bocinazos, lanzaban destellos con los, faros y se apartaban bruscamente del carril más próximo al arcén temerosos de arrollarnos. Ambos nos montamos sobre la barra que coronaba la valla con una pierna a cada lado, y contemplamos los ocho carriles con su rápida corriente de automóviles. J. D. se puso a gritarles a los coches, mientras yo lo sostenía para evitar que se cayese:

—*¡Ella es mi brisa! ¡Ella es el aire que respiro!*

Los camioneros, al iluminarnos con los faros, nos hacían cortes de mangas y tocaban las potentes bocinas. Debió de ser el efecto de succión que provocaba el tráfico al pasar junto a nosotros lo que

provocó que J. D. perdiese el equilibrio. Cayó hacia atrás y se le enganchó el pantalón en la valla. Quedó colgado boca abajo, agitando los brazos y salmodiando el nombre de su amada a voz en grito. Era el espectáculo más patético que jamás había presenciado. Finalmente, conseguí liberar el pantalón de la valla con mi navaja y J. D. cayó sobre la alta y húmeda hierba que tenía debajo y permaneció allí durante un buen rato, inmóvil y despatarrado como un fiambre.

Después de ayudarle otra vez a ponerse en pie, se negó a volver a la habitación que tenía alquilada. Vivía en un garaje reformado a la altura de Olive, en Corte Madera, y me dijo que aquel lugar albergaba demasiados fantasmas personales para pasar allí la noche. Lo llevé a un pequeño motel llamado El Sueño, muy cerca de la autopista 101. El encargado nos advirtió que la línea telefónica no funcionaba y nos pidió disculpas, pero cuando entramos en la habitación comprobamos que ni siquiera había teléfono. Tampoco había ni una sola bombilla, así que tuvimos que arreglárnoslas con la luz que emitía la pantalla del televisor después de bajar el volumen. Le hice beber a J. D. unos cuantos tragos más de nuestro cóctel especial y conseguí que se tranquilizase lo suficiente para que aceptase echarse en la cama. Se negó a desvestirse. Seguía temblando y sollozando. Eran sollozos como los que se oyen en los callejones de Ciudad de México. Estaban más allá de la agonía. Sentí compasión por él, pero ¿cómo podía ayudarlo?

Le pregunté si pensaba tratar de recuperar a la tal Lola, pero me contestó que sería inútil: habían roto definitivamente. Y entonces empezó a vomitar. Me pasé un buen rato limpiando el estropicio, porque lo único útil para tales menesteres que había en toda la habitación era una minúscula toalla y una alfombrilla de ducha de papel. Abrí la puerta corredera que daba al pequeño balcón para airear el cuarto y entró el ruido de la autopista. Salí y contemplé el tráfico. Los coches pasaban prácticamente a mis pies. Sin saber por qué, recordé un libro de historia del instituto que se titulaba *El camino real*[9], en cuya cubierta se reproducía una escena de la antigua California colonizada por los españoles: un fraile gordinflón

con sandalias y hábito pardo conducía un *burro* por un camino polvoriento, sobre el que proyectaban su sombra pimenteros con hojas ligeras como plumas. Al fondo se veía el áureo edificio de una misión con un campanario con tres campanas. El *padre* tenía una sonrisa beatífica en su redonda cara y parecía saber adónde se dirigía, guiado por el mismísimo Dios y por la corona española.

Volví a entrar en la habitación. J. D. estaba temblando de nuevo: se revolcaba en la cama tratando de arrebujarse con los brazos y me pedía a gritos que cerrase la jodida puerta. El aire frío lo estaba matando, según me dijo. Me explicó que sentía el frío en los huesos.

Pasé la noche sentado a su lado, como si se hubiera tratado de un pariente anciano internado en un hospital, deseando a medias encontrar alguna escapatoria. No le cogí la mano ni nada por el estilo, pero le escuché y fui testigo de un largo viaje interior hacia el pasado, hasta llegar a la voz de un chiquillo. Hablaba como un niño de ocho o nueve años, y con esa vocecilla me contó cosas que apenas pude, entender. Eran retazos de recuerdos que le rondaban por la cabeza. Lugares. Personas. Tías y tíos cuyos nombres jamás le había oído pronunciar con anterioridad. Una tienda de caramelos en Hoboken. Sudaba y tenía espasmos, hasta que, de pronto, se quedó muy tranquilo, recuperó la lucidez y empezó a regresar al presente. Su voz volvió a ser la de siempre y se puso a hablar de Lola y de cómo se conocieron en la estación de autobuses de Gilroy. De cómo solían pasarse el día entero en Denny's, tomando cafés y conversando. De cómo nunca se separaban. Me contó que ella había nacido en los sesenta y que sus padres le habían puesto el nombre de Lola por una canción de los Kinks. Me aseguró que sin ella se iba a morir. Me dijo que ya la estaba diñando en aquel momento. Notaba que se moría.

Hacia las cinco de la madrugada, cuando ya se había dormido, le escribí una nota en la que le explicaba adónde iba y cuándo volvería, y se la dejé sobre el pecho. La nota se deslizaba cada vez que respiraba, así que le hice un pequeño agujero con mi navaja y se la prendí de un botón de la camisa, igual que las notas que me solía colgar mi tío antes del primer día de escuela.

Salí en busca de Lola; di con su dirección en el remite de una de las cartas que encontré en el bolsillo de J. D. Eran unas cartas extraordinarias, rebosantes de pasión y de explícitas referencias sexuales. Las leí todas, sin asomo de culpabilidad o de remordimientos por traicionar la confianza de mi amigo, y cuando acabé la última entendí a la perfección por qué J. D. había quedado absolutamente hechizado por ella. En esas cartas se percibía la voz de una mujer que hablaba directamente al corazón de un hombre de mediana edad.

Tomé el autobús a Novato y recogí mi Buick. Era una de esas mañanas en que es posible apreciar el lado paradisíaco del norte de California. Uno puede descubrirlo entre los destrozos causados por el hombre. Níveas garcetas planeando sobre las zonas pantanosas. Halcones que contemplan el tráfico posados sobre una valla. Vacas pastando en campos de abundante hierba esmeralda. No estaba precisamente entusiasmado ante el inminente encuentro con Lola. No sabía cómo reaccionaria esa mujer. No me conocía de nada, y según J. D., ya había tomado una decisión sobre su relación con él. ¿Qué se suponía que podía hacer yo?

Permanecí un rato en el porche de su casa, situada en uno de los miserables suburbios de Vallejo construidos en los años cincuenta, y empecé a temblar de pies a cabeza. No entendía lo que me pasaba. No sabía si era simplemente el temor a hablar con ella o si tenía algo que ver con sus cartas. Eran unas cartas realmente increíbles. Me refiero a que ninguna mujer me había escrito nunca cartas como aquéllas: abordaba determinados asuntos con un detalle y una ternura extraordinarios.

Cuando por fin llamé a la puerta, no respondió como suele hacerlo la gente común y corriente. No preguntó con tono suspicaz: «¿Quién es? ¿Qué quiere?». Abrió y se quedó mirándome a través de la puerta mosquitera, con un vaso de plástico lleno de vino tinto en una mano. Se sentó frente a mí en un sofá, con las piernas plegadas, y continuamente se estiraba el albornoz color melocotón para taparse los muslos. Iba dando sorbos a su vaso de vino, pero en ningún momento me ofreció un trago. De todas formas, detesto el

vino. Me explicó con sencillez, sin actitudes grandilocuentes por qué había decidido romper con J. D.

—Era un gran seductor —dijo—. Y eso es lo que a las mujeres nos gusta, la auténtica seducción. Nos encanta. Vernos obligadas a entrar en el juego. La parte del enamoramiento. El problema es que la mayoría de hombres son un desastre. No tienen imaginación. Y si algo tenía de sobras J. D. era precisamente eso: imaginación. Sabía resultar misterioso. Conseguía estimularme. Me llevó meses averiguar quién era en realidad. Me dijo que su principal profesión era la de detective privado. Cuando nos conocimos me enseñó su carné y su placa, y no vi motivo para que me mintiese. Me enseñó su pistola, los expedientes de los casos en que estaba trabajando, su grabadora y su cámara fotográfica. Me llevaba con él cuando tenía que realizar tareas de vigilancia: controlar casas desde el coche, seguir a maridos que engañaban a sus esposas y cosas por el estilo. Era muy emocionante. Permanecíamos horas sentados en su coche, vigilando una casa mientras bebíamos cerveza, conversábamos y fumábamos. Después, en ocasiones, seguíamos a algún pobre diablo hasta el centro. Nos registrábamos en el mismo hotel y tomábamos una habitación contigua a la suya. Poníamos micrófonos para grabar a través de la pared y tomábamos fotografías del tipo y su amante cuando entraban y salían del ascensor. Era realmente excitante. Mejor que ver una película. Nunca había salido con un detective antes. Era una experiencia completamente nueva para mí. Hacíamos el amor en la habitación del hotel, justo al lado del marido adúltero. Lo oíamos gimotear y gruñir mientras nosotros hacíamos en amor en silencio. Porque lo cierto es que lo hacíamos con un sigilo absoluto, lo cual todavía me excitaba más. Oíamos cómo la amiguita del adúltero gritaba su nombre, pero nosotros no hacíamos ni el más mínimo ruido. Ni tampoco nos reíamos de sus alaridos amatorios. Nunca nos mofábamos de ellos a sus espaldas. En esto J. D. era sumamente respetuoso. «Los hombres llevan vidas patéticas», me decía, y me besaba como si quisiese demostrarme que él no era así, que su vida no resultaba patética.

Durante unos instantes volvió la cabeza y miró por la ventana.

Me resultó imposible saber si era debido a que el recuerdo de J. D. le provocaba ciertas emociones o si simplemente trataba de recuperar el hilo narrativo de la evolución de su ya extinto romance. Tenía un rostro maravilloso. Uno de esos rostros cándidos que hacen que uno se quede ensimismado. Seguí el perfil de su cuello hasta la clavícula, deseando que durante un rato no volviese la cara para mirarme. Estaba completamente sola en este mundo. Así se sentía, y parecía aceptarlo. Todo lo contrario que J. D. Traté de explicarle con delicadeza cómo se sentía, lo mal que lo estaba pasando sin ella. Se volvió y sonrió. Era una sonrisa cariñosa, sin el menor asomo de desprecio hacia J. D. Y me dijo:

—J. D. debería haber sabido valorar lo que yo significaba para él cuando estábamos juntos. Ahora ya es demasiado tarde. No fue que me mintiera sobre su trabajo lo que acabó con mi paciencia. Sino que me mintiera sobre sí mismo. Que fanfarroneara conmigo. Eso fue lo que acabó con mi paciencia. Mira, llevó lo de los seguimientos demasiado lejos; toda la historia del detective. En lugar de sincerarse conmigo, decidió seguir con el juego hasta el final. Hasta sus últimas consecuencias. Fuimos a la casa de la esposa engañada. J. D. había estudiado los horarios del marido, así que sabía que en aquel momento no estaría allí. Lo gracioso es que si de verdad lo fuese, seguramente sería un magnífico detective, porque tiene madera. Bueno, el caso es que me quedé en el coche y contemplé cómo iba hasta la puerta y llamaba al timbre. Seguí la conversación entre J. D. y la esposa como si estuviese viendo una película muda. Vi cómo le enseñaba las fotos que habíamos tomado de su marido con su amante. De vez en cuando miraba hacia atrás por encima del hombro, para comprobar si prestaba atención a su actuación. Para asegurarse de que no me estaba perdiendo ningún detalle. Vi cómo la esposa se desmoronaba y empezaba a moverse de un lado a otro, estirándose las mangas del jersey y sollozando. Contempló las fotografías, meneó la cabeza y después levantó la cara hacia el cielo, tapándose la boca con la mano. J. D. seguía volviendo la cabeza una y otra vez para mirarme, como buscando algún signo de aprobación por mi parte. De pronto, me percaté de que estaba haciendo todo

aquello para que yo lo viese. Era una especie de espectáculo. Estaba haciéndole pasar un horrible trago a aquella pobre mujer solamente para que yo lo presenciase. Encendí el motor y me largué de allí con su coche. Me persiguió a lo largo de varias manzanas, agitando los brazos y gritando como un loco. Lo dejé definitivamente atrás en Sycamore y abandoné el coche. Me alejé de allí caminando. Esa fue la última vez que vi a J. D. Recuerdo su figura en el retrovisor. Su rostro. Corriendo frenéticamente. Gritándome. El disfraz de su mascarada se le había desprendido como si hubiera sido una fina capa de piel. Y resultaba increíblemente patético.

Regresé a El Sueño dándole vueltas a un monólogo. Me imaginé a mí mismo abalanzándome sobre J. D., sacándolo de la cama sin contemplaciones y tirándolo por el balcón por lo que les había hecho a Lola y a la desprevenida esposa. Medité una larga parrafada sobre la falsedad y el engaño. La ensayé en voz alta y traté desesperadamente de dar con el tono adecuado. Pensé que debía imitar a Richard Burton. Su voz era la más perfecta plasmación de la amarga y farisaica indignación. Pero sin su acento de obrero galés el resultado no resultaba convincente, y me sentí como un imbécil por intentarlo siquiera a solas en el Buick. Además, de todas formas, J. D. no se lo iba a tragar. Tal vez debiera añadir algunas muecas para resultar más creíble. Hinchar las narices. Torcer la boca. Ensayé mirándome en el retrovisor. Aporreé el salpicadero, grité por la ventanilla abierta y el viento se llevó mis palabras.

Cuando llamé a la puerta de la habitación del motel donde había dejado a J. D., me abrió una mujer de pelo cano. No quitó la cadena de la puerta y me echó un rápido vistazo mientras agarraba a su terrier. El perro no paraba de ladrar, así que apenas podía entender lo que me decía su dueña. Tenía un fuerte acento alemán y me explicó que acababa de llegar y que quería que la dejasen tranquila o se vería obligada a llamar a la policía. Fui a la oficina y pregunté por mi amigo. El encargado me tendió la nota que dejé prendida en la camisa de J. D. Le di la vuelta y leí el mensaje que me había escrito detrás: ¡QUE TE DEJEN TIRADO NO RESULTA MUY AGRADABLE, COLEGA! ME DIRIJO A VANCOUVER. J. D.

10/4/89 (Los Ángeles).

UNA SOLA VEZ

Era una mujer alta, de aspecto escandinavo, procedente del condado de Iron Range, en Minnesota, que en el bar se solía sentar encorvada para parecer más baja. Estaba siempre rodeada de mujeres de escasa estatura y cabello negro, mujeres que llevaban pendientes en la nariz, se cubrían con capas y se autodenominaban poetisas. Mujeres tan distintas de ella en todos los aspectos que parecían una jauría de perros acosando a un cervatillo. Echaban monedas de veinticinco centavos en la gramola y seleccionaban únicamente viejas canciones de Hank Williams; después se dirigían al reservado del fondo, con sus asientos de tapicería roja, adonde arrastraban a la alta chica nórdica para atormentarla con sus nuevas «odas» a la locura urbana. Las llamábamos Las Enfurecidas Defensoras de la Paz. Yo solía contemplar a la chica alta cuando caminaba sobre el suelo de linóleo verde manteniendo un café irlandés en equilibrio sobre la palma de la mano y dirigiéndome una sonrisa franca con un ligerísimo punto de melancolía. Fue esa melancolía y la honestidad de su mirada lo que primero me atrajo de ella. Además de sus largas y atléticas piernas. Me dijo que era bailarina, pero me dio la impresión que era lo que les decía a todos los tipos con los que se cruzaba y que esperaba alguna reacción por mi parte, así que no me inmuté. La entretenía junto a la barra mientras detrás de su rubia cabellera veía al grupo de ceñudas zorras que fumaban como chimeneas, se impacientaban y me miraban con cara de malas pulgas. Querían a aquella chica para ellas igual que un perro un hueso.

Se sentaba en la barra, lameteaba la nata batida y metía el índice

en la franja verde de crema de menta de su bebida mientras con voz dulce me contaba cosas de sus cariñosos progenitores y de la vida en las heladas tierras del norte: patinar sobre hielo, deslizarse por las laderas heladas, los alces, pescar en los Grandes Lagos. No llevaba mucho tiempo en San Francisco, pero sí el suficiente para darse cuenta de que no encajaba allí. Era una muchacha solitaria, y eso me acercó más a ella; además, intuí que ése era el motivo por el cual las poetisas no la dejaban en paz. Ella era la única dueña de su destino, algo que las otras jamás conseguirían. Se volvió hacia mí y me miró directamente a los ojos. Me dijo que tenía un apartamento al final de Masón, una planta baja. En realidad un sótano, con una ventana que daba a la calle. Me propuso que pasara por allí si me apetecía y que golpease con los nudillos en la ventana. No debía llamar a la puerta porque no había timbre y ella no me oiría si la golpeaba con la mano.

Cuando llegué al lugar que me había indicado, la ventana estaba abierta de par en par y la brisa que subía desde la bahía agitaba las páginas del *Chronicle* a los pies de su cama. A ella no lograba verla, pero oí que con un tono de voz apagado me invitaba a entrar saltando por la ventana. Era un mensaje neutro y directo, sin asomo de fingido tono seductor o de guiño insinuante. Con un típico acento del Medio Oeste. Nunca me había colado por una ventana a ras de suelo y por un momento tuve la vaga sensación de estar cometiendo un delito.

Justo antes de hacer el amor, me dijo que era muy probable que se quedase preñada, ya que no había tomado ninguna precaución. Yo tampoco me había preocupado por eso. Me dijo que no le importaba. Quería tener un hijo. No me iba a causar ningún problema si lo conseguía. No me iba a hacer responsable de nada. Lo único que quería era hacer el amor y quedarse embarazada. Eso era todo. Su tono de voz no cambió en ningún momento.

Cuando la abracé me di cuenta de que era cierto que era bailarina. Sus muslos eran puro músculo. Una musculatura como la de un caballo de carreras, sin un gramo de grasa. Era incluso más alta de lo que suponía. Medíamos exactamente lo mismo. Nuestros

pies helados entrechocaban en el borde de la cama mientras nos fundíamos en un abrazo y el viento seguía moviendo las páginas del periódico a los pies de la cama. Esa fue la única ocasión en que hicimos el amor, aunque en aquel momento ninguno de los dos podía saberlo.

Pasaron más de dos años antes de que volviese a verla. De vez en cuando me acordaba de ella y regresaba a aquel bar pensando en la improbable posibilidad de encontrarla allí, inclinada sobre su café irlandés; pero nunca apareció. Sus amigas las poetisas me lanzaban furibundas miradas desde los asientos de tapicería roja de su rincón habitual, y en una ocasión una de ellas incluso escupió hacia mí, aunque estaba demasiado lejos para alcanzarme.

Una mañana entré en una librería de la calle Stockton en busca de un ejemplar de *Hambre* y me topé con un chiquillo rubio que correteaba por el pasillo y con una mujer morena que lo perseguía y gritaba su nombre, algo así como «Nate». Agarró al niño y, entre grandes carcajadas, lo levantó hasta colocarlo contra su pecho. Después se volvió y me vio. Enrojeció de ira. «¡Así que es aquí donde te escondes!», me espetó con rabia en voz baja, y salió precipitadamente de la librería aplastando al chiquillo contra su pecho.

Salí tras ella. Lloviznaba. La vi correr con el niño en brazos. Al llegar a la esquina se lo entregó a otra mujer, una rubia alta que no dejaba de volver la cabeza por encima del hombro para mirarme mientras la otra le metía prisa. Las seguí durante un rato, pero echaron a correr y cruzaron la calle esquivando varios coches en un frenético zigzagueo. Me detuve y contemplé cómo se alejaban. La más alta ya no volvió a mirarme, pero incluso a esa distancia pude distinguir cómo la morena me apuñalaba con la mirada.

3/5/95 (Scottsville, Virginia).

EL «LEÓN DEVORADOR»

Según me dijeron, todo indicaba que me estaba adaptando muy bien tras mi gran crisis de un mes atrás. Me habían permitido volver a la granja, y ayer Percer hasta me confió la excavadora. Era realmente emocionante volver a manejarla, incluso a pesar de la responsabilidad adicional que suponía tratar de no perder el control sobre mi alborotada cabeza. Siguiendo los preceptos de San Pedro de Damasco sobre la necesidad de mantenerse alerta y procurar preservar el intelecto del «león devorador», me sentía perdido en el pasado muy a menudo. Conseguía volver a concentrarme en el trabajo dándome un puñetazo en el muslo cada cierto tiempo, sistemáticamente. En mi reencuentro con la enorme dentadura de la pala mecánica, me di cuenta de hasta qué punto había perdido la fuerza para manejar las palancas hidráulicas. Recordaba la época en que las sentía como una mera extensión de mis brazos y dedos y, claro, esos recuerdos me retrotraían de nuevo al pasado. Un pasado en el que yo era joven y musculoso. Veía con claridad que había sido mi propia agresividad lo que me había hecho perder mi antigua destreza y habilidad. La pala de la excavadora cavó demasiado hondo y provocó que la tierra del lado de la zanja que daba al arroyo se desmoronara y el agua se precipitara por la brecha. Traté de arreglar el estropicio taponándola con barro, pero el mal ya estaba hecho. Un pequeño error como éste puede provocar un desastre total y tener consecuencias diametralmente opuestas a las que se buscaba conseguir. El campo empezó a anegarse y perdí por completo los nervios, con lo cual mis esfuerzos por solucionar el problema resultaban cada vez más ineficaces. Poco a poco, el agua

llegó a la altura de la cabina y no tardó en cubrir mis botas por encima del tobillo. El cárter se agarrotó y me fue imposible controlar la máquina, así que a medida que el motor hacía fuerza salpicaba de barro negruzco la valla que rodeaba el campo y me hundía cada vez más. Al final opté por apagar el motor y me quedé allí, sentado, contemplando cómo el agua turbia de sedimentos se arremolinaba alrededor de mis botas y seguía subiendo hasta la altura de mis rodillas. Debo aclarar que, a pesar de todo, no tenía miedo. Sabía que el agua no me llegaría al cuello, así que no corría peligro de ahogarme. Alguien acabaría por dar conmigo. Probablemente, Percer. Lo cual, sin duda, significaría que no me dejaría acercarme ni al tractor nunca más, pero al menos me rescataría. Vendrían con una de las canoas o alguna otra embarcación y me sacarían de allí.

Estaba anocheciendo y el nivel del agua se había estancado justo por debajo de mi cintura, así que me subí al brazo de la pala. No se veía ni un alma cerca de los establos, y todavía no habían tocado la campana de la cena, pero oía a unos niños por algún lado, gritando a lo lejos como si se estuviesen persiguiendo unos a otros. No sé por qué, pero fui incapaz de gritar para que me oyesen. Era incapaz de articular sonido alguno.

Fue el miedo a las serpientes acuáticas lo que me hizo salir del agua. Las había visto al acecho desde el puente muchas tardes, cuando Tyner y yo íbamos allí a pescar. Eran unas serpientes enormes, del color del cuero, largas como látigos. No sé de qué especie eran, pero lo que sí tenía claro era que se lanzaban sobre cualquier cosa que se moviese en el agua. Las había visto perseguir a perros, y éstos se apresuraban a ganar la orilla, nunca se volvían para luchar con ellas.

Para entonces estaba tiritando incontroladamente por el frío cada vez más intenso. Me recordó las convulsiones que solía padecer después de nuestra primera separación, en Seguin. ¿Recuerdas esa época? Estaba convencido de que no volvería a verte, y me sentía más desolado que si hubiese muerto mi padre o mi madre. Prefería enfrentarme a las serpientes que volver a sufrir semejante tortura, así

que desafié a las oscuras aguas. Mientras avanzaba, medio nadando y dando traspiés, a través de aquel cenagal, pensaba en ti, únicamente en ti.

Supongo que no te quedaste allí mucho tiempo después de lo que ocurrió. ¿Cómo ibas a hacerlo? Hubiera sido como vivir en la morada de los muertos. Supongo que ni siquiera volviste para recoger tus cosas. Lo único que espero es que alguien se percatase de que habíamos abandonado la nave y se ocupase de los animales. En realidad, no echo de menos nada de ese lugar, si echar de menos algo significa ser incapaz de vivir sin ello. He aprendido lo peligroso que resulta eso. A fin de cuentas, fue el echarte de menos lo que acabó provocando esta inundación.

6/11/92 (Scottsville, Virginia).

LEJANA LILLIE

En 1890, en la zona fronteriza de Texas, el juez Roy Bean se enamoró locamente de una fotografía de la actriz inglesa Lillie Langtry, conocida universalmente como «La Azucena[10] de Jersey». Había pocas mujeres sobre las que uno pudiese hablar en aquel territorio despiadado, exceptuando a las pintarrajeadas señoritas que se ganaban el pan en los campamentos de los trabajadores que construían la vía férrea del Southern Pacific. La total ausencia de ley se enseñoreaba de la zona fronteriza que bordeaba el Pecos y el Río Grande, y la autoridad más cercana estaba a más de ciento cincuenta kilómetros, en Fuerte Stockton. La gente del ferrocarril y los *rangers* buscaban desesperadamente un árbitro que impartiese justicia, y decidieron nombrar juez de paz a un tendero del campamento de Vinegaroon. Roy Bean era un hombrecillo terco, de escasa estatura pero complexión fuerte, mirada ligeramente melancólica y barba cana. Su carácter autocrático lo hacía idóneo para el trabajo, y muy pronto su palabra se convirtió en ley inapelable al oeste del Pecos. Para reforzar su autoridad se inventó el más severo de los castigos: no condenaba a la horca, sino al exilio en un vasto erial, sin pistola, dinero ni botas, y, lo peor de todo, sin caballo.

Roy Bean tenía como mascota a un oso negro llamado Bruno, encadenado a los escalones de su improvisada sala de tribunal, que servía también de billar, *saloon* y tienda. El juez Bean, que valoraba mucho la opinión de su oso, en ocasiones, después de una breve sesión en el «tribunal», le preguntaba si creía que se había hecho justicia. Bruno daba unos zarpazos a los polvorientos escalones y bufaba, el juez se volvía satisfecho, subía a su calesa tirada por un

caballo y se dirigía a un lugar tranquilo junto al río. Allí, a la sombra de un viejo árbol, escribía cartas a la lejana Lillie. Le enviaba noticias del salvaje Oeste. Pequeñas anécdotas sobre hombres a los que había condenado por delitos menores, como deslizar escorpiones por el escote de una prostituta, o graves, como robar caballos. Se jactaba ante ella de estar planeando organizar un campeonato mundial de boxeo en la desembocadura del Río Grande, desafiando a las autoridades de los Estados Unidos y México y a los *rangers*. Le explicaba cómo él, Roy Bean, se había convertido en Dios en su territorio y cómo veneraba su retrato y anhelaba conocerla un hermoso día de primavera. De vez en cuando hacía una pausa en la redacción de la carta y sacaba del bolsillo de su chaleco la preciada fotografía para admirar el rostro de su amada. Los ojos entrecerrados; la rotunda nariz aguileña, no muy distinta a la suya; la boca ligeramente entreabierta, como si estuviese a punto de susurrar su nombre. En una ocasión llegó a creer que había oído su voz, dirigiéndose a él. Dio tal salto de alegría que el caballo que tiraba de su carruaje se asustó y por poco perdió su adorada fotografía, que casi se llevó el viento de Texas. Le escribió innumerables cartas, como si estuviese conversando con ella, como si ella estuviese sentada junto a él en la calesa. Jamás recibió respuesta. Le escribió que le había puesto a su sala de tribunal y *saloon* el nombre de La Azucena de Jersey en su honor, pero jamás recibió respuesta. Le escribió que había colgado una reproducción del retrato que le había pintado John Millais encima de la barra y que había decorado las esquinas del marco con flores de cactus. Él mismo se había encargado de ese detalle. Le escribió que había prohibido terminantemente que nadie que llevara sombrero o revólver se acodase en la barra bajo su retrato. Jamás recibió respuesta. Finalmente, tras catorce años de pasión no correspondida, le escribió para contarle que había decidido cambiar el nombre de la ciudad y que a partir de entonces se llamaría Langtry, Texas. Con eso sí logró captar su atención. Lillie Langtry decidió hacer una pequeña pausa en la gira transcontinental que realizaba, viajando en su «vagón-palacio» privado, decorado con candelabros, alfombras

persas y paneles laqueados con escenas del salvaje Oeste. La «Ruta del Ocaso» del Southern Pacific ya estaba acabada y la vía férrea iba desde Nueva Orleans hasta las doradas playas de San Francisco. Lillie bajó de su vagón y cuando los tacones de sus zapatos de satén se clavaron en las polvorientas calles de Langtry recibió la noticia de que el buen juez había fallecido hacía un mes. Sin embargo, su sucesor quiso obsequiarla con el mazo y el rifle de Roy Bean. Ella aceptó ambos regalos y continuó su camino.

4/7/94 (Langtry, Texas).

PARADA RÁPIDA[11]

¿Quieres que demos media vuelta y volvamos a casa? Podemos hacerlo, si quieres.

¿Por qué iba a querer volver a casa?

No lo sé.

Hemos recorrido un buen trecho. Por cierto, ¿cuántos kilómetros llevamos?

No muchos. Quizá quinientos. No creo que más.

¿Quinientos? Tienen que ser más.

Bueno, tal vez seiscientos cincuenta.

Es mucho. Demasiado para dar la vuelta y volver a casa.

Lo sé, pero, si no estás a gusto, no tiene ningún sentido seguir adelante.

Estoy bien.

¿Tienes hambre?

A estas horas no habrá nada abierto.

Creo que en esa gasolinera Exxon había un pequeño Quick Stop.

¿Qué gasolinera?

La de la autopista, justo al lado de la salida que hemos tomado.

No se te ocurrirá dar media vuelta para volver a entrar en la autopista, espero.

Si tienes hambre, sí.

¿Qué quiere decir «si tengo hambre»? Eres tú quien tiene hambre.

Sí, es cierto. De hecho, me estoy muriendo de hambre.

¿Y qué tendrán para comer en esa gasolinera?

No lo sé. Tacos de tortilla o perritos de chile. Cualquier cosa.

No, gracias.

Bueno, creo que me llegaré hasta allí para tomar algo.

¿Vas a comer por comer?

Bueno, quizá sólo unas patatas chips.

Estupendo. Me vas a dejar aquí plantada.

Es sólo un momento. Volveré en seguida.

¿Tanta hambre tienes?

Estoy absolutamente desfallecido.

Pero si hemos comido hará más o menos una hora.

¿Sí?

¿No lo recuerdas? Hemos parado en un Dairy Queen. Otra de tus cadenas favoritas.

Pero ha sido para tomar un *whisky*.

¿Cuánta comida necesitas ingerir? Desde que hemos salido de casa yo sólo he tomado un zumo de zanahoria. Eso es todo lo que he comido.

Tu organismo es más puro que el mío.

No es una cuestión de pureza.

Necesito proteínas. Llevo todo el día conduciendo.

No necesitas proteínas para conducir.

No me llevará ni dos segundos ir hasta allí y volver.

Me apuesto lo que quieras a que te vas a parar a tomar un trago. Se trata de eso, ¿no? No tiene nada que ver con el hambre.

De acuerdo, escucha. Voy a llegarme a la gasolinera, cogeré un sándwich de *roast beef* o alguna otra cosa, alguna cosa buena y saludable, y después daré media vuelta y regresaré directamente aquí. Así que ¿te apetece algo para comer o no?

No, gracias.

Ya había oscurecido cuando se cruzó con una vieja camioneta Ford en la que viajaba una familia india. En la parte trasera estaban sentados seis o siete niños; dos chicos más mayores iban de pie, agarrados al techo de la cabina, y sus negras melenas ondeaban al viento como alas de cuervo. El conductor debía de ser su abuelo. Fue el único vehículo con el que se cruzó. Lejanos relámpagos

iluminaban ordenadas hileras de balas de paja y un rebaño de vacas de piel moteada que parecían pastar a la luz del día y un instante después se desvanecían en la oscuridad. Todo el horizonte se iluminaba y tomaba tonalidades plateadas y doradas, pero no se oía tronar. Ni tampoco llovía. Echó un vistazo por el retrovisor para comprobar si los dos muchachos indios se habían girado para ver cómo se alejaba su coche, pero la camioneta ya había desaparecido. Cuando volvió a fijar la mirada en la carretera, la línea central se había desvanecido. Tuvo la sensación de que se precipitaba al vacío. Sólo duró un segundo.

2/7/91 (Kadoka, Dakota del Sur).

GRANIZO SURGIDO DE LA NADA

Cuando regresó a la habitación 33, el carro de limpieza de la camarera mantenía la puerta abierta. Desde el interior llegaba el estruendo de una aspiradora y la chica no se molestó en apagarla cuando él entró y se dirigió hacia ella.

—¿Ha visto a mi esposa? —le preguntó.

—¿Qué?

—¡Mi esposa! ¿La ha visto cuando ha entrado para limpiar la habitación? Una mujer rubia.

—No, desde luego que no. La habitación estaba vacía. Por eso he entrado. Nunca lo hago si hay alguien dentro.

—Bueno, ¿quizá se ha cruzado con ella cuando salía?

—No he visto ni un alma. Por cierto, ¿quién ha roto este espejo?

—No tengo ni idea —respondió; pasó por delante de la mujer y echó una mirada de soslayo a la larga e irregular raja que atravesaba el espejo de cuerpo entero.

—Alguien va a tener que pagar los daños, ¿sabe? Ayer no estaba así. Limpio las habitaciones cada día, puntual como un reloj, y, desde luego, ayer no estaba roto. Hacemos inventario, ¿sabe? Mucha gente no lo sabe.

Entró en el lavabo y descorrió la cortina de la ducha. Echó un vistazo a la repisa de la pila. El cepillo de dientes, el peine y la lima de uñas de su esposa seguían allí. Pasó rozando a la camarera y se dirigió al exterior para mirar en el Buick. Tal vez su mujer estuviese allí sentada, esperándole.

—La habitación estaba vacía cuando entré —siguió parloteando la camarera—. Nunca entro en las habitaciones si hay alguien

dentro.

Empezó a agobiarse de verdad. No había ni rastro de ella. Describió un pequeño círculo junto al coche, dándose palmaditas en la frente como para ayudarse a pensar con claridad. Quizá sólo había ido a dar un paseo o algo por el estilo. Quizá había salido a tomar el aire. No significaba necesariamente que estuviese enojada. Se habían peleado, pero él no recordaba la conversación que habían mantenido, no recordaba lo esencial de ese diálogo. Se dirigió hacia la zona de recreo en una especie de trance. Se detuvo y se quedó contemplando la piscina durante un rato. El agua le hizo sentirse confuso. Tenía un colorido verdoso, como si fuese de una charca. La cabeza le palpitaba y creyó oír las carcajadas de una chica y después un chapoteo, el ruido de un cuerpo golpeando contra el agua, pero en la piscina no había nadie. Dio media vuelta, se encaminó hacia la habitación y se detuvo junto al coche. Contempló el oscuro interior de la habitación de motel y siguió las mecánicas evoluciones de la camarera, que continuaba con sus tareas de limpieza frente al espejo. En la raja reverberaba un rayo de sol que provocaba un efecto estroboscópico cada vez que la mujer pasaba por delante. Le resultó ofensivo, como si la luz se mofase de él, indiferente a su crisis. El viento tiró un vaso de plástico y lo hizo rodar por el mugriento suelo del aparcamiento. Oyó de nuevo el chapoteo y se volvió hacia la piscina. Una esbelta muchacha morena apareció en la superficie y sacudió la cabeza para que le saliera el agua de las orejas. Parecía india, pero tenía unos ojazos verdes que le miraron cariñosamente. No había error posible. Era él a quien miraba. Parecía no tener ni idea de que lo estaba pasando muy mal. Le dio la espalda y volvió a entrar en la habitación.

—¿Le importaría salir? —le rogó a la camarera, que seguía limpiando con tenacidad—. Tengo que llamar por teléfono.

—Acabo en un minuto. Tengo que cambiar las toallas…

—Salga —dijo él—. Por favor.

—¿Quiere secarse con toallas sucias?

—Me dan igual las toallas. Mi esposa ha desaparecido y tengo que llamar por teléfono.

—Acabo en un minuto.

—¡Haga el favor de marcharse! ¡Ahora mismo!

—De acuerdo, de acuerdo. Se queda con las toallas sucias. A mí me da igual.

Descolgó el teléfono mientras la camarera recogía un montón de sábanas y salía con paso decidido arrastrando el carro de la limpieza.

—Alguien va a tener que pagar ese espejo, ¿sabe? Ayer no estaba así —dijo, y cerró dando un portazo.

Se colocó el teléfono sobre las rodillas y trató de recordar la pelea. Las palabras que la provocaron. Tenía que haber un motivo para que se peleasen. Se preguntó si debía llamar a la policía o al hospital más cercano. Tal vez era precipitarse demasiado. Sólo hacía una hora que ella se había marchado. ¿Por qué se habían peleado? ¿Por qué sentía cada vez más pánico? No era más que otra de sus pequeñas riñas. Nada trascendental.

Colgó el teléfono y se encaminó de nuevo hacia el Buick. En cuanto le vio, la camarera, que estaba manipulando la máquina de hielo, no le quitó ojo.

—No irá a marcharse de la ciudad, ¿verdad? Tenemos el número de su matrícula, ¿sabe? Podemos localizarlo.

Mientras encendía el motor y salía dando marcha atrás del rectángulo marcado con un descolorido número 33 pintado en blanco, vislumbró por el retrovisor a la chica morena. Caminaba chorreando agua y le volvió a sonreír. Esta vez lo saludó moviendo su largo y delgado brazo por encima de la cabeza, como si les separase una distancia enorme.

Dio una vuelta alrededor del motel a escasa velocidad y echó un vistazo en la lavandería/sala de juegos. Se oían los chasquidos de una de las secadoras, de la cual emanaba un olor cálido a algodón. En las máquinas de Kung Fu y Donkey Kong había unas notas manuscritas en papel amarillo enganchadas en las que se advertía: ¡NO JUEGE CON LAS MÁQUINAS SI ESTÁ MOJADO! ¡PODRÍA ELECTROCUTARSE! Por un instante su descontrolada imaginación le hizo concebir esperanzas de que esas notas las hubiese escrito su mujer.

Comprobó que no estuviese en la oficina y después echó un rápido vistazo a la cafetería. Una familia de rancheros hacía cola ante la caja registradora para pagar el desayuno. Los hombres se pasaban la cuenta unos a otros, preguntando quién había pedido una ración extra de beicon y quién había comido galletas, mientras chupaban mondadientes y se metían las manos en los bolsillos para sacar dinero suelto.

Se alejó de la autopista 23, dejó atrás el Bar Dee Bar y empezó a recorrer las calles secundarias, pasando por delante de casas con polvorientos jardines frontales en los que los niños jugaban a enlazar terneros. Una jauría de perros se lanzó a perseguir al Buick con agudos ladridos mientras conducía lentamente, estirando el cuello para tratar de localizar a su mujer. No era la primera vez que lo ponía en un brete desapareciendo sin dar ninguna explicación. En una ocasión la encontró sentada en el bordillo delante de una tienda de donuts, con la mirada fija en el asfalto. Le explicó que estaba buscando ágatas. No se habían peleado, o al menos él no recordaba que no estuviesen en buenas relaciones. Simplemente, a ella se le metió en la cabeza echar a andar sin rumbo.

Atravesó la vía férrea y rodeó los grandes silos, donde varios camiones esperaban en fila para descargar trigo. Algunos camioneros lo saludaron con la mano, pero no respondió. No entendía por qué en aquella ciudad todo el mundo se empeñaba en saludarlo. No conocía a nadie allí.

Siguió buscando por los largos caminos de grava que serpenteaban entre los campos de trigo y cebada, con la esperanza de dar con ella. Se la imaginaba huyendo de él como una joven granjera de Wyeth[12] vestida de rosa. Pero lo único que vio fueron varias cosechadoras verdes y amarillas arrastrándose por la línea del horizonte, recortadas contra unas amenazadoras nubes negras; tan negras que pensó que podía tratarse de una cortina de humo que avanzaba hacia él. Detuvo el coche y contempló cómo la masa de nubes empezaba a elevarse y a separarse en largas e inestables columnas que se arremolinaban y se desplazaban hacia el norte. Justo en el centro de la columna más negra había una bola grisácea

que no dejaba de girar y que arrastraba largas y oscilantes líneas blanquecinas. Parecía aumentar progresivamente de tamaño, descender separándose del negro telón de fondo y ganar velocidad mientras las líneas blancas se extendían más y más, hasta que todo aquello tomó la forma de un pulpo gigantesco bailando sobre la pradera. De pronto, como surgido de la nada, empezó a soplar un viento que hizo balancear el Buick con violentas sacudidas. Estacas rotas enredadas con alambre de espino atravesaban rodando el camino delante de él. La temperatura bajó tan bruscamente que creyó que el aire acondicionado del coche se había vuelto loco. Entonces hizo su aparición el granizo. Primero cayó en ráfagas que repiqueteaban sobre el coche desde la izquierda, machacando la capota y acribillando el parabrisas. Al principio no reconoció el ruido. Le sonó como una lluvia de perdigones. Entonces se puso a granizar realmente en serio. Como salidas de la nada, empezaron a caerle encima desde todos lados bolas de hielo del tamaño de pelotas de béisbol. Apagó el motor, agarró el volante y se inclinó sobre él. Ya le era imposible ver el camino y apenas lograba distinguir el morro del coche. Mientras la tormenta seguía encima de él, subió con movimientos frenéticos las ventanillas y se aferró estúpidamente al volante, como si eso fuese a salvarle la vida. El Buick se desplazaba de un lado a otro, como un pequeño barco desamparado atrapado en el borde de un huracán. Vislumbraba la débil luz de los faros de los camiones que transportaban el grano cuando los camioneros emitían destellos para advertirse unos a otros su posición. Encendió todos los intermitentes, pero sólo emitían un difuso brillo que se perdía en el cada vez más oscuro torbellino que lo rodeaba. De pronto el cristal trasero estalló y se resquebrajó formando una tela de araña. Se agachó, tratando de protegerse bajo el salpicadero. A través del suelo del coche le llegó el grave y aullante silbido del viento, y sintió una enfermiza ansiedad, convencido de que sería así. De que sería así como acabaría todo para él y para ella. No a pleno sol, contemplando los rostros de granito del Monte Rushmore, comprando postales y bebiendo sorbos de té helado. No reconciliados y juntos de nuevo, sino

totalmente perdidos y alejados y muertos en cualquier parte, por un designio divino.

Tan súbitamente como se había desatado, la tormenta de granizo se acabó. Salió un sol radiante y cálido. En el cielo no quedó rastro de lo que acababa de suceder. Los camiones de grano habían desaparecido, dejando una estela de lodo blanquecino aplastado por sus neumáticos. A lo lejos, se oyó la llamada de una alondra, que parecía estar pidiendo permiso para seguir con su actividad cotidiana. Todos los árboles y postes habían quedado rodeados por pirámides de granizo. ¿A qué designios podía obedecer aquella tormenta?

Regresó a la habitación 33 con la certeza de que ella no estaría allí. No se la encontraría sentada al borde de la cama, con el bolso en el regazo y mordisqueándose el labio. No se levantaría de un salto y se le echaría a los brazos cuando abriese la puerta. Y, efectivamente, así fue. Descolgó el teléfono y llamó al hospital más cercano. Allí no sabían nada de ella. Todos los cadáveres recientes eran de indios. Telefoneó a la policía local; le informaron de que el *sheriff* no estaba en ese momento, pero le invitaron a acercarse y rellenar un formulario de búsqueda de persona desaparecida. Le pareció que todavía era demasiado pronto para dar ese paso. Le resultaba difícil pensar en ella en términos de «desaparecida» en el sentido más amplio de la palabra. «Desaparecida», como si no fuesen a encontrarla jamás. Les proporcionó una descripción, y mientras les informaba del color de sus ojos y cabello, peso, estatura, edad…, todos esos datos generales parecieron alejarlo todavía más de ella, hasta que le resultó realmente difícil incluso recordar las facciones de su rostro.

—Bueno, daremos orden de búsqueda, señor, pero tiene que pasarse por aquí y rellenar los formularios.

Telefoneó a la madre de su mujer, a Wisconsin. Su voz sonaba tan frágil y lejana que se sintió obligado a maquillar la repentina desaparición de su hija y le dijo que lo que sucedía era que se habían hecho un lío sobre el lugar en el que habían quedado en encontrarse.

—He pensado que a lo mejor le había telefoneado.

—No, no sé nada de ella —respondió su suegra.

—Bueno, seguro que aparecerá por aquí tarde o temprano. ¿Qué tiempo hace por ahí?

—Ha llegado una ola de frío.

—¿En pleno verano?

—No, aquí no es verano —le aclaró, y se rió con una especie de sosegada resignación que le llegó al alma.

—Aquí acabamos de tener una tormenta de granizo. Un fenómeno de lo más inesperado.

—¿De granizo?

—Sí. De repente. Nunca había visto nada igual.

—Aquí raramente graniza.

—Bueno, le volveré a telefonear en cuanto ella vuelva.

—Realmente, no me lo explico. A menos que se haya ido a dar uno de sus largos paseos. Ya sabes que en ocasiones le da por ahí.

—No creo que haya de qué preocuparse. Ya aparecerá.

Cortó con brusquedad, sin tener muy claro si su interlocutor había colgado o sólo había hecho una pausa. Se sentó al borde de la cama, sin apartar la vista del aparato. Se puso en pie y se dirigió hacia el lavabo, pero se detuvo ante el espejo de cuerpo entero y contempló su imagen fragmentada por la raja. La debía de haber hecho ella en un repentino ataque de ira. ¿Tal vez lanzando un cenicero? ¿O de un puñetazo con su diminuta mano?

Entró en el lavabo, se quitó los zapatos y calcetines, se arremangó los pantalones, abrió el grifo del agua fría y se metió en la bañera. Dejó que el agua le cubriese los pies, mientras se los miraba fijamente. Su cuello y sus hombros empezaron a adoptar una postura que le recordó a su mujer. El mismo gesto de melancolía; ligeramente inclinado, con los brazos colgando fláccidamente a los lados. Esa era la postura de su mujer, la expresión de su desolación. ¿Provocada por qué? ¿Cuál era la causa última? Sintió la fuerza gravitatoria que tiraba de él, su mirada se hundía más en las venas de sus pies. Era el peso del cansancio provocado por años de pesar. ¿Por qué? Se estaba deslizando, metiéndose más y más profundamente dentro de ella, hasta que sintió que se estaba

transformando en ella. Ahora, a pesar de su ausencia, estaba más próximo a su mujer de lo que jamás lo había estado cuando ella estaba presente. Por primera vez conocía algo de ella. Incluso su respiración se acompasó al ritmo de la de ella. Notó que su campo de visión se iba empequeñeciendo, hasta dejar de ver sus pies sobre la porcelana. El sonido del agua del grifo se hizo apagado y distante, y el peso de su cabeza provocó que poco a poco la barbilla se le aplastase contra el pecho. Se sentía sepultado en su cuerpo, asfixiado por él. Boqueó como un niño al que acaban de sumergir en agua helada, se agarró a la cortinilla de plástico de la ducha y al salir del baño en dirección a la enorme cama la arrancó. Se dejó caer boca abajo sobre la colcha, adornada con unos descoloridos dibujos de carretas sitiadas por los indios, y el sonido del llanto en que rompió le asustó, pero fue incapaz de detenerlo. No había señal de que pudiese lograrlo. Todo su cuerpo estaba involucrado.

Pasó algún tiempo antes de que empezase a recuperarse. Permaneció echado, con la cara ladeada hacia la ventana. Oía el grifo de la bañera todavía abierto y, procedente del exterior, el ruido de los aspersores. Se las arregló para balancear sus pies helados en dirección a la puerta. Se levantó, sin molestarse en desenrollarse los pantalones. Caminó hacia la puerta; notó algunos puntos ásperos en la moqueta roja, donde alguien debía de haber escupido. Salió y se topó con un sol abrasador.

Cruzó el aparcamiento, descalzo, en dirección a un aspersor que lanzaba patéticos semicírculos de agua sobre una pequeña superficie de césped junto a la piscina. El agua atomizada producía un corto arco iris que aparecía y desaparecía contra la luz del sol. Se colocó a tiro del aspersor y el agua le goteó sobre el cuello. Permaneció allí, esperando la siguiente vuelta, consciente de que su cuerpo saltaría cuando llegase el momento. No podía hacer nada por evitarlo. Oyó una voz justo a sus espaldas, y en un primer momento creyó que provenía del interior de su cabeza:

—Yo solía hacer eso cuando era una cría.

Se volvió y vio el impresionante rostro, con los ojos verdes que lo observaban.

—No nos conocemos, ¿verdad? —dijo tontamente.

—No lo sé. —Su interlocutora lanzó una risa sofocada—. ¿Tú qué crees?

—¿Por qué me has saludado antes?

—Simplemente, te vi y te saludé. Eso es todo. La gente tiene derecho a saludar, ¿no? —Ahora el aspersor los mojaba a ambos, y ella se rió cuando vio que él agachaba la cabeza para protegerse—. ¿Qué haces aquí? —le preguntó.

—Estoy de vacaciones. Unas cortas vacaciones.

—No, me refiero a por qué estás bajo el chorro del aspersor, solo y con los pantalones arremangados.

—Oh, mi mujer ha desaparecido —respondió él, y con un ligero movimiento de la cabeza se sacudió el agua del pelo. La chica empezó a reírse con tal entusiasmo que se dobló sobre sí misma, palmeteándose las rodillas. Después levantó la cabeza y volvió a mirarlo. Al ver la expresión del rostro de aquel hombre, dejó de soltar carcajadas y borró la sonrisa de sus labios pasándose el dorso de la mano por la boca.

—Perdón —se disculpó.

—¿Por qué?

—Por haberme reído. Pero es que me ha hecho gracia cuando has dicho lo de tu mujer y has hecho ese movimiento con la cabeza.

—¿Qué movimiento?

—Esa sacudida, ya sabes.

Le demostró a qué gesto se refería, meneando la cabeza de un lado a otro.

—Ah —dijo él.

—Parecía…, no sé. De todos modos, lo siento.

—¿Qué parecía?

—No sé. Como si ella fuese prescindible, o algo así.

—Oh.

—¿Lo es?

—¿Qué?

—Prescindible.

—Ha desaparecido.

—¿Ha muerto?

—No. Se ha volatilizado.

—Nadie se volatiliza.

—Ella sí.

—¿Y cómo se las arregla para conseguirlo?

—Simplemente, desaparece.

—Quizá ha ido de compras.

—Nunca va de compras.

—Bueno, quizá ha decidido visitar los Jardines Petrificados.

—¿Y eso qué es?

—Pues eso, unos Jardines Petrificados. Es la única razón por la que la gente viene aquí.

—Ah.

—¿Por qué habéis venido aquí?

—No lo sé. De vacaciones. De hecho, tuvimos una pequeña disputa en el coche.

—Oh, ¿una pelea?

—No, sólo un pequeño malentendido.

—¿Sobre qué?

—No consigo recordarlo.

Se miró los pies, que habían quedado recubiertos por una capa de barro hasta los tobillos.

—Bueno, ¿y has intentado encontrarla?

—Sí. Claro que he intentado encontrarla. He buscado por toda la ciudad. Me ha pillado esa tormenta de granizo mientras trataba de dar con ella.

—Ha sido alucinante, ¿verdad? Por esta época pasa cada dos por tres. Son tormentas que aparecen de la nada.

—Nunca había visto una cosa así.

—¿Quieres que te ayude a buscar a tu mujer? He nacido y me he criado aquí. Conozco este lugar palmo a palmo.

—No, gracias, no es necesario.

—¿Por qué?

—Porque…, bueno, ni siquiera te conozco. No sé quién eres. Me abordas así de pronto y… Antes me has saludado como si me

conocieses o te conociese o algo por el estilo, pero la verdad es que no te conozco de nada. No tengo ni la más remota idea de quién eres. Y no comprendo cómo puedes… No sé. No tiene ni pies ni cabeza. Me refiero a que uno pierde algo, pierde a alguien y entonces apareces tú. No…, no tengo ni idea…

—¿Sobre qué?

—Sobre por dónde empezar.

2/7/91 (Kadoka, Dakota del Sur).

SÓLO ESPACIO

No, mamá, todavía estoy en Dakota del Sur.

Oh, muy bien. Tu novio me llamó desde allí.

¿Sí? ¿Y qué quería?

Me dijo que te había perdido temporalmente.

No es mi «novio», mamá; es mí marido.

¡Oh, sí!

Y no ha sido temporalmente. Es para siempre.

¿El qué?

La pérdida.

Oh. Bueno, entonces, ¿cuándo piensas volver a casa? He encontrado un empleo aquí. Vuelvo a trabajar. ¿Por qué lo haces?

Nos hemos separado. Necesito ganar algún dinero.

¿Tú y tu novio?

¡Mi marido, mamá!

¿Ya no estáis juntos?

Exacto. Nos hemos separado. Para siempre. Acabo de decírtelo.

¿Cuándo ha sucedido?

Hace unos días. De hecho, hace ya bastante tiempo que la cosa se estaba cocinando.

¿Qué cosa?

La ruptura.

Oh, no lo sabía. No me había dado cuenta.

Pues sí. En cualquier caso, me he puesto a trabajar de nuevo.

Bueno, ¿y qué empleo has conseguido?

Trabajo en El Cocinero *Feliz*.

¿Y eso qué es?

Un restaurante, mamá. Vuelvo a ser camarera.

El Cocinero Feliz. No lo he oído en mi vida.

Es una cadena que hay aquí. Allí no existen.

No lo he oído nombrar en mi vida. ¿Qué clase de restaurante es? ¿Cómo los Dairy Queen, o algo parecido?

Algo parecido, sí.

Nunca habías hecho eso, ¿verdad? Lo de ser camarera.

Sí. ¿No te acuerdas, en la región de los lagos aquel verano?

Oh. Eso fue hace mucho tiempo, ¿no?

Yo diría que sí.

Aunque la verdad es que no recuerdo que trabajases de camarera allí.

Sí. Llevaba un uniforme azul, ¿recuerdas? Este es marrón.

¿Cuál?

El que me han dado esta vez. Lo llevo a todas horas. Me gusta mucho. También me han dado una placa nueva, con un nombre nuevo.

¿Qué quieres decir con eso de un nombre nuevo?

Rita. Me he cambiado mi antiguo nombre por el de Rita Olsen.

¿Qué clase de nombre es ése?

Es medio español y medio sueco. Se me ocurrió así, de pronto.

Pero tú no eres ni española ni sueca.

Ya lo sé. Me lo he inventado.

Bueno, pero no puedes cambiarte el nombre de repente porque te dé la gana, ¿no? Así, sin más.

¿Y por qué no?

¿Por qué ibas a querer cambiar de nombre a estas alturas de tu vida?

Es una falsa identidad.

¿Una falsa identidad?

Para que no pueda dar conmigo.

¿Te ha estado buscando?

Intentó pegarme un tiro.

¡No! ¡Dios bendito!

Así es. Disparó contra el parabrisas de mi coche.

¿Estás bien?

Sí, por supuesto. Falló por más de un kilómetro, ¿sabes? Con todas las armas que siempre lleva consigo y no sabe ni apuntar correctamente.

Bueno, ¿lo has denunciado a la policía?

No. Ya no volverá a intentarlo.

¿Cómo puedes estar tan segura?

Tengo ese presentimiento.

Bueno, yo creo que deberías hacer que lo detuviesen. No puede ir por ahí disparando a la gente. Eso no está bien.

Las cosas son distintas por aquí.

¿Cuándo vas a volver a casa?

No lo sé, mamá.

De todos modos, ¿por qué sales con un hombre que va cargado de armas? Creía que eras más lista.

¡No salgo con él! ¡Estoy casada con él! ¿No lo recuerdas?

No.

Nos casamos hace mucho. De hecho, nos casamos aquí. Fue en primavera.

Recuerdo que fuiste allí en tren, pero no recuerdo a ningún hombre.

Regresamos y vivimos contigo durante tres meses. Mi marido y yo.

Oh, es cierto. Pero aquel hombre era un encanto. Sí que lo era. No es el mismo que lleva varias armas, ¿no?

Sí. Es el mismo.

¿Y por qué le dio por ir cargado de armas? Parecía tan encantador.

Está loco.

No. Entonces no puede ser el mismo hombre, porque el que yo recuerdo que trajiste a casa solía ayudarme a lavar los platos y traía leña para el fuego. Siempre me traía cosas de la tienda. Y aquel invierno, cuando hubo aquella ventisca tan terrible, limpió de nieve el camino. ¿Lo recuerdas?

No.

No puede ser el mismo hombre, porque recuerdo que te dije que debías casarte con él. Pero no me hiciste caso.

¡Ese es el hombre con el que me casé!

Recuerdo que te dije que nunca encontrarías otro como él ni en un millón de años. Alguien que se preocupa por ti y se ocupa de la casa.

Tengo que irme, mamá.

¿Adónde vas ahora?

Tengo que prepararme para ir al trabajo.

¿Qué hora es ahí?

Vamos una hora adelantados con respecto a ti.

¿Trabajas por la noche?

Sí. Soy camarera. Y me gusta. Duermo durante el día. Deberías volver a casa.

Quizá.

Tú no perteneces a ese lugar. Además, ¿qué hay allí? Sólo… espacio, supongo.

También tenemos de eso aquí. Aquí también hay mucho espacio.

No es lo mismo.

Hagas lo que hagas, no te cambies el nombre. Es pecado hacerlo.

Tengo que irme, mamá.

Por favor, no te cambies el nombre.

Es sólo temporalmente, mamá.

7/91 (Kadoka, Dakota del Sur).

TOTALMENTE ACCIDENTAL

Estaba echado boca arriba sobre la alfombra roja, contemplando la irregular superficie del techo. Supuso que debía de ser el efecto de algún tipo de espuma antiincendios con que lo habían rociado todo; era como un requesón enmohecido a punto de caerle sobre la cabeza en cualquier momento. Se estaba perdiendo en los detalles. Detalles del entorno que lo envolvía. Le pareció que era un buen sitio. Encerrado; donde el granizo no podía caerle encima. Tal vez no abandonara nunca más aquella habitación. Se fijó en las formas de las sombras que el sol que se filtraba por los pliegues de las cortinas de plástico proyectaba en la pared. Miró cómo se movían y oscilaban, y pensó en lo difícil que sería dibujarlas correctamente. Incluso en blanco y negro. Escuchó voces provenientes de otras habitaciones; tan sólo el rumor de esas voces, sin ser capaz de descifrar las palabras concretas que decían. Dos hombres riéndose, con el televisor a todo trapo. Viendo la televisión a pleno día. Béisbol. Dos hombres riéndose; pensando que ojalá tuviesen la compañía de alguna mujer. De cualquier mujer. Un cortacésped a lo lejos…, alguien que se dedicaba a mantener bonita su pequeña parcela. La máquina de hielo. La lejana carretera. De pronto, los rayos del sol cambiaron de ángulo y borraron todas las sombras de la pared con su luz fría y grisácea. Le dolía la espalda; pensó que debía de ser por todo el tiempo que había pasado conduciendo. Todo el tiempo que había pasado conduciendo a lo largo de su vida. Tal cantidad de kilómetros que era imposible tratar de contabilizarlos. Había atravesado el país por motivos que ya era incapaz de recordar. Conducía por conducir. Imaginó un mapa del país en la irregular

superficie del techo, sin Canadá ni México; un continente isla. Y atravesándolo de costa a costa y de norte a sur había montones de largas líneas amarillas en espiral que representaban todos sus viajes. Viajes sin consecuencias, hasta donde podía recordar. Excepto aquel en que la conoció. Esa línea era roja y nacía en Salt Lake, en la feria estatal. Estaban de pie el uno junto al otro, asistiendo al espectáculo de las mulas. Dos completos desconocidos. Fue totalmente accidental. Ambos estaban tan hipnotizados ante aquellas mulas voladoras que saltaban desde una plataforma situada a treinta metros de altura que ni se fijaron en quién tenían al lado. Las mulas aterrizaban con el vientre en un tanque de agua, con un tremendo golpe, despatarradas, con la mirada aterrorizada, y mientras caían lanzaban unos horripilantes rebuznos. Al final, una de las mulas cayó fuera del tanque y ella se echó en sus brazos, tapándose la boca y gimoteando como si hubiese recibido el impacto en su propia carne. La sostuvo y le dio unas palmaditas en la espalda. Dejó que la rodease con sus brazos. La abrazó tal como habría hecho con un niño aterrorizado. La multitud que los rodeaba se empezó a dispersar. Las tripas de la mula accidentada, humeantes y azuladas, se habían desperdigado por el aparcamiento. Varios empleados corrían de un lado a otro con cubos y cuerdas, gritándose órdenes unos a otros. La alejó de aquella escena y la condujo hacia un apartado tenderete amarillo en el que servían perritos calientes y cerveza. Ella se dejó llevar, como si se conociesen desde hacía mucho tiempo. Cruzó las muñecas sobre el pecho y apretó la barbilla contra sus puños cerrados. La gente que corría hacia el lugar del accidente se cruzaba con ellos. Se oían voces chillonas, excitadas. Alguien gritó que se había cometido un asesinato e inmediatamente todas las voces subieron de tono y se acercó más gente corriendo. De pronto, ella se detuvo y le miró a la cara. «Oh, lo siento», le dijo, y se marchó precipitadamente. Le llevó todo el día dar con ella de nuevo. Después de eso vivieron juntos cinco años.

7/91 (Kadoka, Dakota del Sur).

REPÍTELO

Ahora repite. Para que nos quede grabado. «Soy una persona en la que no se puede confiar». Repítelo.

Soy una persona en la que no se puede confiar.

Muy bien. «Soy una persona para quien la verdad es un fenómeno siempre cambiante».

Soy una persona para quien…, ¿«para quien»?

«Para quien». Sí, exacto. «Para quien».

Suena raro.

Limítate a repetirlo.

¿«Para quien»?

«Soy una persona para quien la verdad es…».

De acuerdo. Soy una persona para quien la verdad es un fenómeno que siempre oscila.

«Siempre cambiante».

Un fenómeno siempre cambiante.

Muy bien. «Soy una persona atolondrada e incapaz de recordar…».

Soy una persona atolondrada e incapaz…

«De recordar mis múltiples fracasos personales».

Soy un incapaz…

¡No, no, no! «Soy una persona incapaz…».

Soy una persona incapaz…

«Atolondrada e incapaz».

Venga.

Atolondrada e incapaz.

«De recordar…».

De recordar…

«Mis múltiples…».

Mis múltiples desgracias personales.

¡No! ¡Fracasos! «¡Mis múltiples fracasos personales!». ¿Por qué no puedes recordarlo correctamente?

¿Qué problema hay con «desgracias»?

«Desgracia» es demasiado suave. No tiene la suficiente fuerza. Si se tratase de una simple «desgracia», no estaríamos haciendo todo esto, ¿no te parece?

Vale. Mis múltiples fracasos personales. ¡Dios mío!

Perfecto. «Soy una persona atolondrada e incapaz de recordar mis múltiples fracasos personales».

Eso es lo que he dicho.

Muy bien. «Y, por lo tanto, estoy condenado a repetirlos una y otra vez hasta la eternidad».

Y, por lo tanto, estoy condenado…

«A repetirlos una y otra vez…».

A repetirlos una y otra vez…

«Hasta la eternidad».

¿Repetir el qué?

¡Tus *fracasos*! ¿Se puede saber qué diablos pasa contigo? ¿Por qué eres incapaz de entenderlo?

¿Podemos descansar un poco?

No. De ninguna manera.

Sólo un poco.

¡No!

Tengo que hacer pipí.

Pues te aguantas. Repite: «Soy una persona…».

Soy una persona…

«Soy una persona que ha perdido todo control sobre sus sentidos».

Soy una persona que ha perdido todo control sobre sus sentidos.

«Todo control sobre su cabeza».

Todo control sobre su cabeza.

«Todo control sobre su corazón».

Todo control sobre su corazón.

«Todo control sobre su alma».

Todo control sobre su alma.

«Y, por lo tanto, de buena gana y con la mayor seriedad…».

Y, por lo tanto, de buena gana y con la mayor seriedad…

«Me pongo completamente bajo…».

Me pongo completamente bajo…

«El cuidado y leales enseñanzas…».

El cuidado y leales enseñanzas…

«De mi viejo mentor y protector».

De mi viejo mentor y protector. Ése eres tú, ¿verdad? Ése soy yo.

Eso pensaba. ¿Ya puedo ir a hacer pipí?

Sí, ya puedes.

15/9/94 (Lexington, Kentucky).

POLVO

Price entró lentamente en el pueblo y dejó atrás un pequeño indicador en el que se leía: «Belvidere. Un pueblo demasiado duro para morir». Aunque lo que vio no podía considerarse realmente un pueblo. Un taller de reparación de neumáticos abandonado. Un bar con barbacoa llamado Las Chuletas de Tibbs, también abandonado. Lo único que no estaba abandonado por allí era una gasolinera con un pequeño restaurante-cafetería detrás. Se dirigió hacia allí y aparcó. Todavía era demasiado temprano para que Lowell y su fabulosa hija hicieran acto de presencia. Lo único que recordaba del lugar en que le dijo Lowell que debían encontrarse era que había mencionado la salida de Belvidere. Así que aquél era un buen sitio para esperarlos. Desde donde había aparcado podía vigilar la salida de la autopista. Contempló a un grupo de ciclistas vejestorios que entraron en el aparcamiento montados en unos enormes tándems japoneses y con unos pequeños micrófonos enganchados a los cascos; tenían cierto aire de marcianos gordos. Movían los labios, pero no podía oír lo que decían. Se arrellanó en el asiento y empezó a pensar en aquella cita. Después de todo, la única razón por la que había acudido era para volver a ver otra vez a la hija de Lowell. Se sintió un poco culpable por ello. Mientras metía la llave de contacto, vio la camioneta de Lowell Hewitt, que, tras coronar una colina, cruzó las vías del tren en dirección a la gasolinera. Aunque Price no había visto nunca la camioneta con remolque de Lowell, supo que tenía que ser aquélla. El vehículo era una prolongación del propio Lowell, una vieja Ford Ranger cubierta por tal cantidad de polvo y barro que ya formaba parte de la capa de pintura de la carrocería. No

llevaba dos neumáticos del mismo modelo, incluyendo los del remolque, que era de un color como de piel magullada, con diversas manchas de óxido en forma de hígado en la parte frontal y los guardabarros. Mientras Lowell giraba para meterse en la gasolinera, los tres caballos ensillados que ocupaban el remolque pateaban frenéticamente para mantener el equilibrio, y cuando pisó el freno, se desplazaron hacia adelante hasta casi caer sobre sus rodillas.

—¿Ya has desayunado? —le preguntó Lowell a gritos sacando la cabeza por la ventanilla, a través del polvo que había levantado.

—¡Sí, señor! —respondió Price mientras sacaba la llave del contacto. El rostro de Madilia estaba oculto detrás del ala del sombrero de su padre, pero Price consiguió verla, mientras empujaba con el hombro la portezuela de su lado, que al parecer estaba atascada, tratando de salir. El corazón le dio un vuelco.

—¡Estupendo, porque no volveremos a comer hasta la caída del sol! Algunas agencias de más postín contratan a una avioneta para que les lleve la comida, pero nosotros no somos de ésos. Nunca lo hemos sido. —Lowell se echó a reír y escupió un salivazo con el jugo del tabaco que estaba mascando mientras Price caminaba hacia ellos. Madilia logró por fin abrir su portezuela, dio la vuelta por detrás de la camioneta y saltó por encima de la barra que la enganchaba al remolque. Price esperaba que al menos lo miraría, pero la joven se encaminó a grandes zancadas hacia la cafetería, con las manos metidas en los bolsillos traseros del pantalón. Se sintió como un adolescente por el modo en que le ardía la cara.

—¿Por qué no vienes con nosotros, Price? No hay por qué ir hasta allí en dos vehículos.

—No, así está bien. Os seguiré.

—Como quieras. Pero vas a tragar un montón de polvo. En esos viejos caminos se levanta muchísimo.

—No hay problema. No parece que a vosotros os sobre mucho sitio.

—¿Cuánto espacio necesitas? —le preguntó Lowell con sarcasmo, y volvió a escupir un salivazo marrón.

Después se hizo un incómodo silencio, durante el cual Price no

pudo evitar volverse hacia la cafetería, esperando ver a Madilia de regreso. Se sintió pillado en falta y casi deseó formar parte del grupo de gordos ciclistas que caminaban como patos en dirección a sus ostentosos medios de transporte, sorbiendo Pepsi-Colas. Miró de nuevo a Lowell e intentó sin mucha convicción mostrar una sonrisa.

—Así que traes un caballo de más, ¿eh? —le comentó a Lowell.

—No querrás compartir montura, ¿no? ¿O tal vez sí? —Lowell se asomó por la ventanilla de la camioneta, le dio un manotazo en el hombro a Price, soltó una carcajada y aporreó el volante con la otra mano—. ¡El caballo que monta ella te haría morder el polvo! —Rompió de nuevo a reír, entre toses y salivazos, mientras Price se frotaba el hombro con la esperanza de que Lowell no se percatase de que su manotazo le había hecho un poco de daño—. Además, es mejor que no te líes con ninguna mujer mestiza. Créeme, ¡te quitan la comida del plato!

—¿Por qué?

—Te traerá problemas en Iowa. Además, estás casado, ¿no?

—No soy de Iowa —le aclaró Price, y levantó la vista hacia el amplio rostro de Lowell. Éste dejó de mascar tabaco y lo miró sin comprender.

—Pero ¿no dijiste que eras de Iowa? ¿O es que estaba borracho y lo entendí mal?

—Sí, eso dije, pero no soy de allí. No me gusta Iowa…, especialmente Des Moines. Me recuerda a Rusia.

—Bueno, pues entonces, ¿de dónde cojones eres?

—De Kentucky —respondió Price sin pensarlo.

—¡Joder! De Kentucky. Y supongo que tampoco trabajas en fertilizantes.

—Exacto. Tampoco.

—¡Maldito cabrón! Y de lo de que estás casado, ¿qué? No te habrás inventado eso también, ¿no? ¿O es que soy un idiota integral?

—No. Eso sí que es cierto.

—Bueno, al menos hay algo en lo que no mentiste. —Lowell se quedó mirando fijamente y con aire severo a Price un buen rato y después sonrió, escupió el tabaco masticado por la ventanilla y

contempló cómo aterrizaba igual que un zurullo todavía caliente—. Eres un tipo que no tiene las ideas claras, ¿no es así, Price?

Madilia salió de la cafetería con un *pack* de seis latas de Budweiser en cada mano; caminaba tal como Price había imaginado. La chica no le sonrió hasta que estuvo a escasos metros de la camioneta.

—¿Vienes con nosotros? —le preguntó mientras se dirigía a grandes zancadas hacia la portezuela.

—No. Os seguiré con mi coche.

—Vas a tragar un montón de polvo.

—Ya me lo ha advertido tu padre.

—Pues tiene razón —le aseguró ella antes de cerrar con un golpe brusco la chirriante portezuela.

Price hizo lo que pudo por mantenerse justo detrás del remolque de Lowell por los caminos que atravesaban los ranchos, pero cuanto más se acercaba, menos veía a través del polvo que se levantaba, y acabó temiendo que si por algún motivo Lowell frenaba en seco no podría evitar empotrarse contra ellos. Decidió guardar más distancia, la equivalente a ocho o diez coches, pero Lowell siguió avanzando a casi cien por hora, con el remolque bamboleándose a cada curva y los caballos moviéndose continuamente para no perder el equilibrio. Price ya sabía lo que era tragar polvo, pero en aquel caso la experiencia resultaba indescriptible. Entraba por cualquier ranura, por pequeña que fuese; por el dispositivo de ventilación, a pesar de estar cerrado, y por el suelo del vehículo. Notaba su sabor y hasta podía mascarlo. Se le metía por la nariz y las orejas. Tenía los párpados apelmazados por una costra grisácea. Y otra cubría su garganta. Sus manos habían adquirido un tono pálido, como de tiza. El estrecho camino serpenteaba interminable, y todo lo que podía hacer era seguir la tormenta de polvo que levantaba Lowell y rezar porque no apareciera de pronto detrás de una colina una cosechadora que se abalanzara él a diez kilómetros por hora. Empezó a sentir cierta angustia al pensar en la posibilidad de perder de vista al equipo formado por padre e hija en medio de aquellos terrenos yermos. Para entonces no tenía ni idea de por dónde debía

de estar la carretera interestatal, porque ya habían girado en dos o tres cruces de caminos. Cruces sin ninguna señal. Trató de recordar qué bifurcación acababan de tomar: ¿la de la derecha o la de la izquierda? ¿Y por cuántos cruces de caminos habían pasado exactamente? Por dos, creyó recordar. Tal vez tres, pero con casi total certeza sólo dos. Y en ambos casos habían girado a la izquierda. Estaba casi seguro de que las dos veces habían tomado el desvío de la izquierda. Forzó la vista para tratar de distinguir alguna cosa concreta a través del parabrisas, pero las formas parecían todas iguales a lo lejos a través de la polvareda. Fijó la mirada en un objeto concreto, de forma piramidal, color gris pizarra y franjas horizontales de color salmón, pero inmediatamente vio aparecer otro idéntico. Se fijó en uno que apareció junto a la ventanilla derecha, con un mástil largo, delgado y erosionado por el viento, coronado por un bulto que parecía una cabeza de halcón. Pensó que eso sí que tenía que ser por fuerza singular y trató de memorizar que estaba a su derecha, pero de pronto apareció otro idéntico a su izquierda. Por un instante creyó estar en Egipto. Los búfalos se convirtieron en camellos; en el horizonte el calor ascendente hacía temblar el paisaje y de pronto surgieron varias palmeras en fila que empezaron a contonearse. Lo único que podía hacer era procurar no rezagarse. Aceleró hacia el vehículo que lo precedía, recortando su distancia con respecto a él el equivalente a tres o cuatro coches, y se resignó al asfixiante polvo. Se había acumulado ya tal cantidad sobre el salpicadero que no distinguía los números del velocímetro. Aunque lo cierto es que la velocidad no era lo que más le preocupaba en aquellos momentos. Empezó a imaginarse a Lowell y su extraordinaria hija riéndose a mandíbula batiente de él y alzando sus latas de Budweiser. Casi podía verlos dándose codazos de complicidad y golpeando el salpicadero. Se preguntó por qué de pronto se había convertido en objeto de mofa en pleno campo abierto. Al pensarlo, le empezó a bullir la sangre. Otra vez las mujeres. Los estúpidos encantos de las mujeres. Redujo con brusquedad a segunda, lo que provocó que la parte trasera del Buick se agitase tan violentamente que casi perdió el control, pero logró

dominarlo y siguió avanzando por el lado izquierdo del camino. Conduciendo por la izquierda le caía encima menos polvo, pero el peligro de una colisión frontal hizo que poco a poco volviese a circular por la derecha, justo detrás de Lowell. Echó un vistazo a la apañada puerta trasera del remolque, un tablón sujeto por una maraña de viejas cuerdas podridas y alambre. Ahora estaba cara a cara con los caballos, despatarrados y con la mirada enloquecida, que se habían girado para evitar que la tremenda polvareda les fuese directamente a la cara. El macho castrado de color pardo que estaba más próximo a la puerta trasera le lanzó una mirada aterrorizada mientras se esforzaba por respirar. Era la mirada de una víctima.

Tras unos quince kilómetros de esta dura prueba a base de polvo y gravilla, llegaron a un soto de cedros que bordeaba un revoltijo de viejos corrales descoloridos y rampas de carga. Price aparcó junto a un tocón y esperó a que los otros bajasen de la Ford. Después de apagar el motor, siguió sintiendo que una palpitación le recorría el cuerpo, como si el traqueteo del accidentado camino se le hubiese metido en los huesos y no fuese a dejarlo en paz jamás. Se notaba la boca llena de polvo y escupió varias veces por la ventanilla. Los pulmones le ardían debido a la gran cantidad que había respirado. Vio cómo Madilia volvía a abrir la portezuela aporreándola furiosamente con el hombro. La violencia con que lo hacía y la concentración de todo su cuerpo en esa tarea le hizo preguntarse cómo era posible que esa chica le atrajese hasta el punto de seguirla hasta allí, a un territorio completamente desconocido. Su padre asomó las gruesas piernas. Mostraba la misma amplia sonrisa indeleble y llevaba una cerveza en la mano.

—¿Qué clase de vehículo es ése, Price? ¡Nunca he visto nada igual!

—¡Un Grand National! —respondió a gritos Price, que se sacudía el polvo de la camisa y los pantalones con ambas manos.

—Un Grand National. Diablos, no lo había oído nombrar en mi vida. ¡Pensaba que eso era una carrera de caballos que se celebra en Inglaterra!

—Es un Buick —le explicó Price.

—Aguanta bastante bien para ser un coche de ciudad.

—Sí. Es el coche más veloz de América. Es turbo.

—¡El coche más veloz de América! ¡Vaya, vaya! —Lowell soltó una risita sofocada, se dirigió a la puerta trasera del remolque arrastrando los pies y empezó a desenredar el lío de desgastadas cuerdas y alambre. Tiró de un cabo de una de las cuerdas con los dientes para deshacer el nudo, mientras procuraba apartar la lata de cerveza para evitar que se metiera más polvo dentro.

—Transportas a estos caballos demasiado rápido, ¿no te parece, Lowell? —dijo Price, tratando de confraternizar.

—No hay nada mejor para un potro salvaje que un buen paseo en un remolque bamboleante. Hacerlos rebotar contra las paredes unas cuantas veces les quita las malas pulgas. Hace que se lo piensen dos veces antes de hacerte morder el polvo.

—¿Son salvajes?

—Oh, el tuyo está domado. No te preocupes por eso. No te vamos a hacer montar sobre ninguna cabra loca. Tal vez parezcamos un poco brutos, pero nos gusta quedar bien. Tu montura es dócil como un gatito. Te lo aseguro.

Lowell abrió la desvencijada puerta mientras Madilia saltaba de la camioneta y la rodeaba para llegar hasta donde estaban ellos.

—Ya te advertí sobre el polvo —le dijo a Price—. No me creías.

—Te creo.

—Van a pasar unos cuantos días antes de que tus pulmones queden limpios de toda la mierda que has respirado.

—Sí, supongo que sí —admitió al tiempo que se pasaba la mano por el cabello para sacudirse el polvo y trataba de limpiarse los párpados.

En cuanto Lowell abrió la puerta, el macho castrado de color pardo que lo había estado mirando durante el recorrido salió de espaldas con gran ímpetu, clavó ambos corvejones en el suelo y dio una vuelta de campana; la punta de la silla de montar se aplastó contra su cruz. Madilia se abalanzó sobre él como un perro pastor, agarró las riendas y le levantó la cabeza. Le azotó el culo con la punta de las riendas y el animal se puso en pie y se agitó, con una

mirada consternada. Se puso a dar vueltas en un pequeño círculo, soltando cortos bufidos en staccato y levantando más polvo. Madilia daba vueltas con él y seguía azotándole con las riendas mientras los estribos golpeaban al caballo en los costados. El animal dio un salto, con las cuatro patas en el aire, relinchando como si le hubiera caído un rayo. En cuanto aterrizó, Madilia le hizo bajar la cabeza tirando de las riendas, deslizó su bota roja en el estribo y pasó una pierna sobre su lomo. Todo eso sucedió en un abrir y cerrar de ojos, y Price pensó que probablemente se estaba enamorando de nuevo.

—Cuesta creer que lo hayan montado media docena de veces y le siga incomodando la silla de montar —comentó Lowell riendo alegremente, mientras él y Price contemplaban cómo la joven le clavaba las espuelas al caballo y aflojaba las riendas. El animal echó a correr bruscamente a galope tendido, se detuvo y se puso a corcovear por si servía de algo—. ¿Ves a qué me refiero con lo de las mujeres mestizas, Price? No te líes con ellas.

Lowell soltó una carcajada, le dio un amistoso codazo a Price y se echó al gaznate un trago de cerveza mientras miraban cómo Madilia se inclinaba ligeramente hacia atrás sobre la silla de montar y espoleaba al caballo clavándole con fuerza las espuelas. Price estaba pasmado. Hacía mucho tiempo que no veía nada igual.

—Sabe montar cualquier cosa que tenga pelo —comentó Lowell, y regresó al remolque para sacar a los otros dos caballos. Le entregó unas riendas a Price y, alzando el mentón, señaló hacia el horizonte azul—. El tuyo es todo un veterano. Limítate a indicarle hacia dónde tiene que ir. Él hará el resto. Y ahora será mejor que nos pongamos en camino. Tenemos unos cuantos kilómetros por delante.

Emprendieron la marcha a un trote agotador; Madilia logró por fin que su caballo trotase, aunque lo hacía de un modo espasmódico, interrumpido por frecuentes saltos. Cada vez que el animal trataba de tirarla, le clavaba las espuelas. Tras un par de kilómetros de esta rutina, el caballo empezó a bajar la cabeza y a rendirse a las bridas, mientras el sudor le resbalaba por los cuartos traseros en espumosos chorretes blancuzcos. Price procuraba mantener el paso, mirando de

vez en cuando a Madilia furtivamente y reacomodándose en su vieja y destartalada silla de montar. El padre de la chica soltó las riendas y se puso a buscar otra cerveza en las alforjas. Le ofreció una lata a Price, que la rechazó amablemente.

—Como quieras. En mi opinión, ayuda a ir más cómodo sobre un caballo. El animal parece notar cuándo el jinete está completamente sobrio.

Durante más de una hora, los tres mantuvieron ese trote que machacaba el espinazo del jinete. Fuese cual fuese el tipo de terreno que recorrían —arenosos fondos de riachuelos, pendientes de esquisto, explanadas repletas de agujeros de madrigueras de perros de la pradera—, el trote no variaba. La montura de Price tenía un trote de taladradora que le hacía sentir en el interior de su cabeza cómo le repiqueteaba toda la dentadura. Cabalgaron entre cactus, saltaron escarpados terraplenes de casi cuatro metros y se metieron entre maleza espesa para después atravesar turbios riachuelos, con invisibles cantos rodados y tocones de cedro que asomaban junto a ellos como bayonetas oxidadas. Subían por la ribera opuesta, donde la superficie de arcilla se descomponía bajo las patas de los caballos, hasta alcanzar la meseta, que cruzaban sorteando más cactus y agujeros desde los que comunidades enteras de perros de las praderas les chillaban como maníacos mientras atravesaban sus dominios. Ellos trotaban en silencio, sin variar el ritmo en ningún momento. Price tenía la sensación de ir a remolque, no tanto de su propio caballo como de Lowell. Lo observaba con atención: iba levantado sobre los estribos, ligeramente inclinado hacia adelante, con las manos absolutamente inmóviles, mientras escrutaba el horizonte por encima de las orejas de su montura tratando de localizar la manada. Era una mirada que parecía regresar unos buenos doscientos años atrás.

Fueron subiendo hasta llegar a una larga meseta cubierta de hierba que ofrecía una clara panorámica en todas las direcciones posibles. Hasta el momento no habían visto ni una sola vaca o ternero, y debían de haber recorrido al menos quince kilómetros. Allí no había nada más que la impresionante y extensa pradera, que

progresivamente adquiría el aspecto de algún lejano planeta. Price contempló a Madilia, sentada tranquilamente sobre su silla de montar, con una pierna cruzada sobre el borrén. Miraba en la misma dirección que su padre, hacia el fondo de la vasta planicie. Lowell escrutaba el horizonte moviendo la cabeza lentamente de izquierda a derecha, con la ayuda de unos minúsculos prismáticos verde camuflaje, de esos que venden en las tiendas de material sobrante del ejército. Desde que habían dejado atrás la camioneta y el remolque, no se había cruzado una palabra entre los tres. Era como si la propia tierra los hubiera colocado en su sitio y borrase la necesidad de charla insustancial. Price miró los ojos de Madilia. Contempló su interior y cayó en un estúpido hechizo motivado por sus ancestros. La relacionaba directamente con Caballo Loco y la tribu guerrera de los oglala. Estaba a punto de perder el equilibrio sobre la silla. Tuvo que agarrarse para evitar caerse. Tal vez fuese debido a la polvareda y el cansancio del camino. De su boca brotó un agudo alarido. Comprendió que lo había proferido él, aunque por el tono y la súbita explosión le dio la sensación de que tal vez estuviese momentáneamente poseído. Le recordó la forma en que un burro se pone a correr, sin razón aparente, en mitad de la noche. Su caballo se desbocó y después se quedó quieto como una estatua y levantó las orejas, atento a la posibilidad de que a continuación sucediese algo todavía más raro. Madilia se volvió lentamente hacia Price y le dirigió una leve sonrisa, pero Lowell no despegó los ojos de los prismáticos. Price pensó que tal vez estuviese sordo. Era imposible negar que de su boca acababa de brotar un alarido.

—Intentaba comprobar hasta dónde llegaba mi voz —le dijo a Madilia a modo de disculpa, pero ella se volvió hacia su padre y esperó.

—No se ve ni una vaca —comentó Lowell casi en un susurro, con los ojos todavía pegados a los prismáticos.

—Apuesto a que están en la otra ladera —dijo su hija.

—Apuesto a que aquí uno podría desgañitarse y nadie le oiría —continuó Price—. Uno podría desgañitarse hasta palmarla sin que nadie se enterase.

—A algunos les ha sucedido —le aseguró Lowell, y siguió girando lentamente el torso sobre la silla, mientras con sus enormes y carnosas manos sostenía los prismáticos a la altura de sus ojos. Mantenía los codos pegados a las costillas para que no le temblase el pulso—. Sospecho que deben de estar en la Meseta Roja. ¿Ves todas estas tierras, Price? Todo lo que alcanzas a ver fue incluido en la ley de reparto de tierras. Probablemente son las últimas tierras de los sioux que fueron a parar a manos de los colonos blancos. Se promulgó cuando Ulysses S. Grant subió a la presidencia. ¿Recuerdas a ese hombre? Les dio una buena paliza a los del Sur. Y fue quien abrió este territorio a los asentamientos blancos. Hizo una auténtica chapuza, si quieres que te diga la jodida verdad. Rompió todos los tratados que se habían firmado. Todas las promesas que les habíamos hecho a los indios. Pero aquí estamos nosotros en la actualidad, y así fue como se consiguió. Yo mismo soy mestizo, así que no hay razón para que me ponga a pedir cuentas a los unos o a los otros. —Lowell dejó de barrer el horizonte con la mirada y se fijó en un lejano punto concreto del inmenso paisaje. Le hizo señas a Price para que se acercase mientras ajustaba la visión de los prismáticos—. Quiero que veas algo, Price. Ven aquí.

Con un ligero movimiento de las riendas, Price hizo que su caballo se aproximase al de Lowell y tomó los prismáticos mientras el vaquero le ponía su enorme mano en el cogote para moverle la cabeza hacia donde tenía que mirar. Price se sintió como un niño de nueve años. Temía volver a soltar un alarido sin motivo alguno, o perder el control sobre alguna parte de sí mismo terriblemente dolorida por su permanente anhelo de una figura paterna.

—¿Ves ese montículo grisáceo justo debajo del borde de esa meseta? Detrás de las rocas. ¿Sabes lo que es? —Price intentó enfocarlo con los pequeños prismáticos, pero todo lo que logró ver fue una lejana pared rocosa bordeada por pinos—. Te apuesto lo que quieras a que bajo ese montículo hay enterrado un esqueleto de búfalo. Lo sé por el color. ¿Ves que el borde tiene un color amarillento? Es la cornamenta que sobresale. —Price deseaba con toda su alma poder ver aquella imagen fantasmal, pero no conseguía

localizarla—. Cabalgaremos hasta allí y lo desenterraremos. De todos modos nos coge de camino. Podrás llevártela a casa como recuerdo. La cuelgas en la pared, en Iowa o donde sea, y podrás fanfarronear un poco.

—Kentucky.

—Pues en Kentucky. ¿Hay muchos búfalos en Kentucky?

—Creo que los había.

—En ese caso te proporcionará un buen tema de conversación.

Se pusieron otra vez en marcha, al trote, mientras Lowell guardaba los prismáticos en sus alforjas y sacaba otra cerveza. Le volvió a ofrecer una a Price, pero éste le respondió con una nueva negativa.

—¿Cuál es el problema? ¿La Budweiser no es tu marca favorita?

—No: es que la cerveza me hincha el estómago.

—Tú le debes dar al *bourbon* de Kentucky, ¿eh?

Descendieron por la escarpada ladera de la meseta hasta la pradera. Lowell se giró sobre su silla de montar para hablar con Price y aplastó su manaza contra la grupa del caballo.

—Mi hija y yo hemos descubierto unas cuantas cosas raras por aquí. En una ocasión encontramos en una cueva una piel de búfalo con tres carabinas envueltas en ella. Estaban totalmente oxidadas y la madera de las culatas podrida; eran de 1890 poco más o menos.

—¡No me digas!

—También encontramos un medallón con una vieja fotografía descolorida de una chica. Apenas se le distinguía la cara. Y además de la foto había un mechón de pelo rubio. Era como seda. Esa cueva debía de haber sido un escondrijo. Las malas tierras siempre han sido famosas porque en ellas se escondían forajidos y gentes así.

—Supongo que sí.

—¿Tú no te estarás escondiendo, verdad, Price?

Al preguntarle esto, Lowell volvió a mirar al frente y siguió bajando por la ladera y bebiendo sorbos de su cerveza. Ante la pregunta, Price sintió que un calambre le recorría el cuerpo.

—No, ¿por qué?

—Me es completamente igual. Un hombre es un hombre

mientras no se pruebe lo contrario.

—¿Por qué iba a estar escondiéndome?

—Me importa un carajo. No es asunto mío. Aunque debes admitir que hay muchos cabos sueltos en tu historia.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, como te he dicho no es asunto mío, pero parece que no sabes muy bien de dónde coño vienes o adonde te diriges, ¿no es así, Price?

Lowell espoleó a su caballo y recorrió al galope el resto de la escarpada pendiente, con las alforjas repletas de latas de cerveza, que botaban con cada movimiento del animal. Price siguió bajando con cuidado y vio cómo Lowell llegaba al fondo a galope tendido y seguía espoleando a su caballo, mientras sostenía una lata de cerveza en la mano.

—¿Muchos cabos sueltos? ¿Y eso qué se supone que significa? —Price se preguntó en voz alta, mientras escrutaba el terreno por el que iba descendiendo. Madilia se puso a su altura, riéndose y señalando a su padre, que cabalgaba a lo lejos por la amplia cuenca, como salido de un lienzo de Remington[13].

—Le falta bien poco para vivir como un salvaje, ¿no te parece? ¡Mira eso! Su problema es que ha nacido cien años demasiado tarde.

—Supongo que sí.

—¿Te sientes cómodo con tu caballo?

—Sí. Es perfecto. Un poco inquieto, pero no pasa nada.

—No es demasiado bravo para ti, ¿eh? —dijo riendo.

—No. Es realmente idóneo.

—Porque si quieres podemos intercambiarlos. El mío ya está domado.

Le sonrió, con toda su dentadura de india lakota emitiendo destellos.

—No, gracias. Éste es perfecto.

Siguieron descendiendo a la par durante un rato. Madilia se volvió hacia él, echándose un poco hacia atrás en su silla, y le preguntó:

—¿Por qué has soltado ese alarido hace un rato? ¡Ese aullido!

—¿Qué? Oh. No era exactamente un alarido.

—¿Entonces qué era?

—Ya te lo he explicado antes… Simplemente estaba probando la voz.

—¿Probando la voz? ¿Eres cantante o algo por el estilo?

—No. Es sólo que sentía curiosidad por saber hasta dónde podía llegar mi voz en un espacio abierto; este lugar es tan extraordinario…

—Me ha parecido un grito bastante desesperado.

—¿Desesperado? ¿A qué te refieres?

—Aterrorizado.

—¿Aterrorizado? No. ¿Por qué iba a estarlo? No hay nada que dé miedo por aquí.

—Más o menos así —dijo Madilia, y soltó un gimoteo sobrenatural que tenía que brotar directamente de sus ancestros. Le clavó las espuelas a su caballo y salió disparada tras su padre. Price se esforzó por controlar a su animal para que no se sumase a la carrera y le dejase tirado en la ladera.

Cuando finalmente llegó al fondo, no había ni rastro de Madilia y su imponente progenitor. Sin la presencia de los otros, su caballo estaba nervioso y deseoso de reunirse con ellos, y daba vueltas en pequeños círculos con las orejas tiesas. El suelo de la cuenca era engañoso. Desde la atalaya de la verde meseta a Price le había parecido una explanada más bien llana, en la que sería fácil orientarse fijándose en los afloramientos minerales o en los álamos aislados que se veían a lo lejos, tomándolos como punto de referencia. Pero desde abajo la perspectiva cambiaba por completo. Las bifurcaciones del lecho seco del río y los sotos de cedros que desde arriba no parecían más que estrechas y retorcidas hendeduras se convertían en copias del Gran Cañón en miniatura al verlos cara a cara. Las paredes de esas simas caían en vertical, por lo general unos cinco o seis metros, y se repetían al otro lado. El jinete podía optar por taparse la nariz y lanzarse a ciegas al vacío esperando no romperse la crisma o bordear la sima buscando un lugar por el que descender sin tanto riesgo. La tercera posibilidad era cabalgar entre

los sotos, zigzagueando por el terreno llano y cubierto de hierba, tratando de mantener la vista fija en algún referente lejano para no acabar dando vueltas completamente perdido. El problema de Price era que no sabía hacia dónde dirigirse. Lowell y su hija habían desaparecido. No había siquiera un rastro de polvo o huellas frescas en la alta hierba. Price optó por taparse la nariz y saltar. Su viejo caballo era un animal intrépido y acostumbrado a aquella clase de retos; flexionó los corvejones, se dirigió al borde dela sima con paso firme, aguzó el oído y se lanzó hacia el fondo rocoso. Al aterrizar, el animal ya estaba trotando, moviendo las patas hacia el lado opuesto. Se afianzó con las patas delanteras y empezó a subir como si fuese un carnero. Cuando llegaron arriba, el caballo se sacudió como para librarse de una molesta mosca y se puso a trotar de nuevo.

Price estaba completamente perdido, y era consciente de ello. Trató de localizar el montículo que le había señalado Lowell, pero si cuando miró por los prismáticos ya no estaba muy seguro de en qué debía fijarse, ahora estaba totalmente desorientado. Ni siquiera era capaz de dar con la pared rocosa coronada por una hilera de pinos. Se volvió sobre la silla de montar y contempló el abrumador paisaje. Una bandada de cuervos volaba en laxa formación, graznando y lanzándose en picado unos sobre otros. Muy por encima de ellos, un halcón se mantenía suspendido en las alturas con las alas firmemente desplegadas como enormes brazos. Price creyó distinguir su minúscula cabeza, que movía bruscamente a uno y otro lado, atento a cualquier pequeño movimiento que pudiese producirse en la tierra. Saludó al pájaro agitando las manos, pero el repentino movimiento asustó al caballo, que se desbocó. Price tiró de las riendas y logró que volviese a un trote nervioso. Agarró un mechón de la negra crin del animal y lo deslizó entre sus dedos, pensando que eso lo ayudaría a volver a la realidad y afrontar su apurada situación, pero le era difícil concentrarse porque se sentía inquieto y agotado. Se sobresaltó al mirar sus propias manos. Los nudillos, mucho más prominentes que de costumbre, parecían a punto de resquebrajar la piel. La ancha uña de su índice parecía todavía más grande, así como el grueso callo que tenía en la base.

Sus manos se convirtieron en las manos de su padre, y tuvo que apartar la vista, que dirigió de nuevo al cielo, tratando de localizar al halcón, pero no había rastro de él. Todavía oía sus agudos chillidos, pero no lograba dar con él. Los cuervos habían aterrizado a su izquierda y se peleaban por el cadáver de una liebre joven tirando de sus intestinos cada uno por su lado. Quiso asegurarse de que lo que veía estaba sucediendo de verdad y dirigió a su caballo hacia el aleteante corrillo. Cuando comprobó que los cuervos levantaban el vuelo graznando, se sintió satisfecho. Echó un vistazo a la cabeza de la liebre muerta. Una película azul cubría sus ojos, pero las negras pupilas todavía miraban fijamente. En cuanto se alejó, los cuervos regresaron y volvieron a empezar su lucha por el botín.

El ritmo del trote del caballo parecía intensificar el trance en el que Prince notaba que se estaba sumiendo. Escuchaba el sordo golpeteo de los cascos y la manera en que cambiaba el ruido cuando empezaron a avanzar sobre la hierba alta. Oía las sacudidas de la larga cola del animal espantando moscas y algún bufido ocasional para expulsar el polvo acumulado en sus fosas nasales; los crujidos del cuero viejo. La mera presencia del caballo le inquietaba. El movimiento ondulante de su lomo y él, el pasajero humano, encima. De pronto sintió que se disolvía. No distinguía dónde terminaba la cara interna de sus muslos y dónde empezaba el cuero de la silla de montar. Los movimientos oscilantes de su columna vertebral no eran suyos. Eran del caballo. Él no era más que una carga muda.

Avanzaron hasta el borde de otra garganta, y en esta ocasión Price ni siquiera hizo que el caballo se detuviese un momento. Se limitó a agarrarse a la crin y dejó que saltase hacia lo desconocido. Dejó de ejercer el más mínimo control sobre las riendas y permitió que su montura vagase por el fondo, avanzando entre rocas y sorteando las torrenteras en las zonas donde el agua había ido abriendo profundos y oscuros cauces. Price pensó que si erraba por allí el tiempo suficiente, acabaría perdiéndose. Se encontraría tan desesperadamente perdido que descubriría alguna parte de sí mismo hasta ese momento desconocida para él. Una parte de sí mismo con la que se vería obligado a trabar conocimiento.

La idea le hizo temblar y sentirse aterrorizado. Su mente no cooperaba. No podía controlar las imágenes. No tenían sentido aparente. Las veía aparecer en su cabeza como si llevase mucho tiempo sentado en una sala de cine para asistir a una sesión matinal, completamente solo. Vio a John Wayne con un abrigo de piel de búfalo. Al presidente Bush con una gorra de béisbol y corbata. Bombas cayendo sobre Bagdad. Bombas vistas desde las alturas, como si estuviese mirando a través del escotillón de un avión. El rostro regordete y satisfecho del general Schwarzkopf. Un chico golpeando el muro de Berlín con un martillo de herrero sin hacer mella en él. Imágenes de noticias. Imágenes de rostros que generaban noticias. Imágenes de cuervos y halcones. La cabeza de una liebre muerta. Y Madilia. Sus ojos. Sus intensos y magníficos ojos.

7/91 (Belvidere, Dakota del Sur).

EL EMPAQUETADOR

El hombre del traje era un fumador compulsivo. No aguantaba más de treinta segundos entre un cigarrillo y el siguiente. Incluso mientras se estaba fumando uno, no dejaba de acariciar el arrugado paquete de Blue Trues que tenía sobre la barra, como para dejarles claro a los cigarrillos que quedaban que no tardaría en llegarles su turno. No se volvió hacia Ray ni una sola vez. Ni siquiera le echó un vistazo de soslayo. Ray bajó la vista y contempló por entre sus rodillas las salpicaduras de sangre de ternero que ensuciaban sus botas. Frotó las punteras contra la parte inferior de las perneras de sus pantalones, pero no consiguió hacer desaparecer las manchas. Tampoco es que le importara demasiado. No se azoraba en absoluto delante de un tipo trajeado. Además, a aquel hombre no lo conocía de nada.

—¿Un cigarrillo? —le ofreció de pronto el tipo.

Ray alzó la vista para mirar a su interlocutor, pero los ojos del hombre del traje siguieron fijos en el paquete de cigarrillos azul y blanco que sostenía ante él. Ray ni siquiera estaba seguro de que el ofrecimiento fuera dirigido a él; tal vez aquel individuo, que estaba borracho como una cuba, simplemente parloteaba consigo mismo. Por este minúsculo pueblo pasaban montones de chiflados. Estaba a ciento cincuenta kilómetros de ninguna parte, y las luces amarillas del Hole in the Wall eran como un imán para los conductores fatigados y sedientos.

—No, gracias —respondió Ray—. Ya tengo los míos.

—Llevo fumando éstos desde hace veinticinco años. Los Blue Trues. A estas alturas ya debería llamarlos True Blues[14]. Lleva

mucho tiempo ser fiel a una marca en concreto, ¿no cree? Mucho tiempo.

—En efecto —se mostró de acuerdo Ray, y observó al tipo, pero éste seguía sin volverse para mirarlo cara a cara. Agitó el paquete y contempló cómo los filtros de los cigarrillos entrechocaban entre sí.

—Hay gente a la que le gusta saltar de un lado a otro, pero yo soy más parecido a los gansos del Canadá.

—¿A qué se refiere?

—Se emparejan para toda la vida. Creo que los lobos también se comportan así. Eso se dice de ellos. Y las gaviotas igual. Lo encuentro extraordinario.

—Sí —dijo Ray, confiando en zanjar definitivamente el tema. El camarero le deslizó su bebida por la barra y le preguntó si quería echar un vistazo al menú—. Ponme un filete y una patata al horno —respondió él.

—A eso me dedico yo —volvió a la carga el hombre del traje.

—¿A qué?

—Al ganado vacuno. A la carne.

—Ya veo.

—Soy empaquetador. A eso me dedico. Soy empaquetador. El animal entero. Lo aprovechamos todo. —Ray guardó silencio. El tipo empezó a mover ambas rodillas arriba y abajo, y encendió otro cigarrillo mientras el anterior todavía se consumía en el cenicero—. Bistecs. Costillas. Solomillos. Chuletas. Filetes. Entrañas. Menudos. Empaquetamos hasta la última pieza.

—No está mal —murmuró Ray.

—Me permite pagar el alquiler. Y tú, ¿a qué te dedicas?

—¿Yo? Soy vaquero. Un simple vaquero.

—¡Oh, machacarse el culo sobre un caballo! ¡Sé lo que es eso! Soy de aquí.

—¿En serio?

Ray se fijó en él, pensando que quizá recordara su cara.

—Nací y crecí aquí. Pero no había mucho futuro. A menos que uno crea que dejarse el culo montando un potro cerril es una manera de vivir cargada de romanticismo. Y no estoy hablando de ir de un

lado a otro siguiendo el circuito de los rodeos. Estoy hablando de trabajar en un rancho. Es una puta mierda. Yo sé lo que es trabajar en un rancho.

—Me permite pagar el alquiler —dijo Ray para sí.

Su interlocutor se agachó para recoger su maletín y lo depositó plano sobre la barra. Abrió los cierres de latón y sacó un ordenador portátil negro. Se inclinó sobre él con una actitud tensa y empezó a pulsar teclas mientras expelía bocanadas de humo azulado. Ray pensó que tal vez el tipo lo dejaría tranquilo de una vez, pero siguió hablándole, sin apartar la vista de la pantalla del ordenador.

—¿Estuviste aquí anoche, durante la pelea?

—No; estaba con la manada. Sólo vengo al pueblo una vez por semana.

—Pues te perdiste todo un espectáculo —continuó el tipo—. Lo de anoche fue una pelea de bar realmente salvaje. ¿No has oído ningún comentario?

—No. Procuro ocuparme de mis asuntos.

—Una pelea en el bar es asunto de todo el mundo en un pueblo tan pequeño como éste. Una fuente de inspiración. ¿Tienes idea de a qué distancia está el cine más cercano?

—Sí. A unos ciento cincuenta kilómetros.

—Exacto. A menos que quisieras llegarte a Pierre y ver alguna película autorizada para menores de quince años acompañados. Detesto esa gilipollez. ¡Menores de quince años acompañados! ¿A quién coño se creen que engañan? ¡Los jodidos padres no son más que niños! Sólo hace falta mirarlos. ¡Haciendo cola para sacar las entradas! ¡Vaya manada de jodidos quinceañeros! No saben ni sonarse, así que ¿cómo van a cuidar de sus hijos? ¡Niños que crían niños! ¡Joder, nos espera un futuro glorioso! ¡Vaya caracteres, vaya tejido social se están cocinando!

Ray bebió un trago de *whisky* y antes de tragárselo hizo pasar el líquido entre las comisuras de sus dientes hasta que sintió que la boca le empezaba a arder. Consideró la posibilidad de renunciar a su filete y largarse.

—Ya verás lo que sucede en este país de aquí a diez o quince

años. O tal vez antes. Tendremos una generación de imbéciles. No sabrán ni deletrear sus jodidos nombres. Tal como están las cosas, ni siquiera son capaces de mantenerse los pantalones subidos. Menores acompañados… ¡A tomar por el culo! —De pronto, el tipo se calló, como si una nueva idea le hubiese despertado otra parte de sí mismo. Una parte dedicada a la codicia. Sacó un bolígrafo y empezó a anotar números en una servilleta, copiándolos frenéticamente de la pequeña pantalla verde de su ordenador. Mientras contemplaba sus compulsivos garabatos, a Ray le llegó el olor de su filete, que asomaba por la puerta de la cocina—. En cualquier caso, te perdiste una pelea de narices. Había tipos que rebotaban contra las paredes. Hubo buenos puñetazos al viejo estilo. Hay mal ambiente en este pueblo. Siempre lo ha habido. Desde fuera parece una balsa de aceite. Para los forasteros que pasan por aquí, para los turistas, es sólo un lugar pintoresco, una sosegada comunidad ganadera. Pero ellos ¿qué saben? Hablemos claro, por aquí hay un mal ambiente del carajo. Tú lo sabes bien. Eres un vaquero.

—Sí —se mostró de acuerdo Ray, para que su interlocutor se tranquilizase un poco.

—Como anoche, por ejemplo. Todo empezó con una discusión acerca de la carne de vacuno que se vende a los militares, a la Fuerza Aérea y demás. Es un asunto que no me es precisamente ajeno. Algo sé de eso. Tengo experiencia de primera mano. Pero un tipo empieza con que no recibe un trato igualitario por parte del gobierno debido a que es medio indio lakota. Joder, ni siquiera es un purasangre, ¡y encima se queja! Reciben un maldito cheque del gobierno y se lo gastan en bebida o en cola para esnifar. ¿De quién es culpa? ¡Tienen ropa, alojamiento y medicinas gratis, y se les ocurre quejarse del precio de la carne! ¿Te lo puedes creer? Lo que es yo, me escabullí por la puerta de emergencia. Hay que poner tierra de por medio cuando la cosa desemboca en violencia. No sé cómo te lo tomas tú, pero yo detesto el dolor. El sufrimiento es otra historia. Nací para sufrir. Todos hemos nacido para eso. Es nuestro sino. Pero el dolor a lo bestia no es que me chifle precisamente. ¿Y a ti? ¿Eres un tío al que le va el dolor?

—¿Qué? —preguntó Ray.

—¿Eres de esos que buscan el dolor? Tal vez sí, siendo vaquero y todo eso. Quizá te guste toda esa mierda, pero escúchame bien, a mí, desde luego, no. Me gusta un baño caliente rebosante de espuma. Las mujeres desnudas. Una buena botella de vino. Dormirme viendo la tele. Eso es todo. Ni siquiera soy un forofo del sexo. Me refiero a que está bien. El sexo está bien, no me interpretes mal, pero no voy por ahí muerto de ganas como algunos. No me dedico a perseguirlo. Me lo puedo montar a mi aire. ¿Sabes a qué me refiero? Me contento con mirar. Puedo contemplar el fabuloso potencial del cuerpo de una mujer sin tener que poseerlo. En cierta forma, resulta más excitante. La mera visión de ese cuerpo. Las deliciosas tetas y todo lo demás. Soy un entusiasta de eso. No me interpretes mal. Simplemente, no lo necesito con tanta desesperación como algunas personas.

Ray se bebió de un trago el resto del *whisky*, bajó del taburete y se dirigió al lavabo de caballeros. El tipo del traje ni siquiera levantó la vista. El resplandor verdoso de su ordenador se reflejaba en sus ojos.

Las paredes del lavabo eran de un tono pálido, como de sopa de guisantes, y las molduras de madera y el yeso estaban llenos de grafitis grabados con navajas: insultos indios. Un chiste sobre los despinochadores de mazorcas de maíz de Nebraska. Varias propuestas de mamada con el correspondiente número de teléfono. El hijo de alguien era un maricón, y su padre también. En realidad, Ray no tenía una necesidad imperiosa de orinar, pero le pareció que si seguía escuchando las confusas divagaciones del empaquetador un minuto más iba a estallarle la cabeza. De hecho, tenía la sensación de que la cabeza podía desprenderse de su cuello y salir disparada. Durante días lo único que había oído eran mugidos de ternero, relinchos y pedos de caballo y el aleteo de los halcones que volaban muy alto por encima de su cabeza. Bajó la vista y contempló el espeso chorro amarillento de su meada, que salpicaba al chocar contra la rejilla del sumidero. Entre los agujeros había quedado atrapada una colilla empapada. Olía a desinfectante de inodoro. La

puerta se abrió bruscamente y entró el empaquetador, utilizando su maletín a modo de ariete.

—¿Hay sitio para dos?

Soltó una carcajada, abrió la puerta del retrete, entró y dejó que se cerrase a sus espaldas con un violento golpe.

Ray no dijo nada. No se volvió. Bajó la vista y por el hueco que había entre la puerta del retrete y el suelo vio cómo los zapatos del tipo daban media vuelta. Ray pensó que sólo faltaría que se pusiese a cagar, y, en efecto, en seguida vio que los pantalones del tipo bajaban hasta sus tobillos al tiempo que en el retrete resonó un leve gruñido, como si el esfuerzo de agacharse resultase ligeramente doloroso.

—Tengo el vientre desconcertado desde hace tres semanas —dijo el individuo mientras se sentaba en el retrete—. Supongo que es por el alcohol. Sólo bebo cuando viajo. Lo cual hago la mayor parte del tiempo. En casa lo tengo prohibido. Mi esposa instauró la norma un buen día y desde entonces la he cumplido. Aunque, de hecho, no puedo decir que me moleste. Me permite desintoxicarme de vez en cuando. Creo que el cuerpo lo necesita. De lo contrario, empieza a pudrirse. Uno acaba oliendo como si fuese un viejo. Eso es lo que acojona. Lo odio. Empiezas a sentir que estás sobreviviendo a un pasado de perdición. Un destino sobre el que no tienes ya ningún control. La mujeres son muy hábiles para eso, ¿no crees? Logran que no nos desviemos del camino correcto. Y también están los hijos. También ayudan. También son muy útiles para eso. La responsabilidad no hace daño. Echo en falta eso cuando estoy lejos de casa. La responsabilidad. Pero, claro, uno tiene que desplazarse adonde están las reses. Así es la vida. No puedes quedarte sentado en un despacho y soñar mirando por la ventana. Tienes que ir adonde se cuece el asunto.

Ray no respondió. No se entretuvo lavándose las manos. Se limitó a subirse la cremallera de la bragueta y dejó al tipo allí sentado.

El filete le estaba esperando en la barra. Mientras se sentaba en el taburete y cogía el cuchillo, oyó un disparo que rebotaba en la

pared verde guisante del lavabo. No fue un disparo estruendoso, sino una detonación sorda, como de un petardo. Ni siquiera hizo el ruido suficiente para que el camarero se enterase.

7/91 (Kadoka, Dakota del Sur).

ROSA SINTÉTICO

(De The Edge of the World).

De vez en cuando lo veo. Sentado en la cafetería. Satisfecho. Partiendo el pan. Mirando por la ventana. Removiendo su café ensimismado. No sé en qué piensa, pero no se trata de problemas graves. Su rostro está tranquilo. No tiene preocupaciones. El periódico está pulcramente doblado a su lado; plegado con precisión. Sus gafas reposan sobre el mantel. Todo es plácido a su alrededor. Lo que le rodea está en orden. Come la sopa a la manera europea, ladeando el cuenco y levantando la cuchara en lugar de inclinarse sobre él. Se seca el labio superior meticulosamente con la servilleta de lino y se limpia con delicadeza las migas que le han quedado en la barbilla. Vuelve a colocarse la servilleta sobre los muslos y al tiempo que la extiende la va alisando para que no quede ninguna arruga. Veo los destellos del anillo que lleva en el dedo meñique. Tiene una piedra azul que refleja el sol que entra por la ventana. Fuera revolotea un pájaro; él levanta la vista para seguir su vuelo y después vuelve a mirar el cuenco de sopa vacío. Desplaza el cuenco a un lado con ambas manos y con un movimiento pausado toma el vaso de agua. Bebe sin parar hasta vaciarlo. Veo cómo su nuez sube y baja mientras se traga el agua helada. Cierra los ojos, como si estuviese

en éxtasis, soñando con algo muy lejano.

Estuve presente cuando le abrieron la boca y le quitaron la dentadura postiza. La depositaron sobre una mesa de acero inoxidable y le sujetaron una etiqueta amarilla con un alambre. En la etiqueta había unos números escritos en negro. Los números correspondían al día y la hora de su muerte. Colocaron otra etiqueta con los mismos números en el dedo gordo de su pie derecho. Después se llevaron el cadáver. La etiqueta amarilla que colgaba del dedo del pie se movía ligeramente, como una minúscula bandera, hasta que desapareció tras las puertas batientes. Las puertas siguieron batiendo durante un rato y finalmente se detuvieron. Su dentadura seguía sobre la mesa de acero inoxidable. Las encías eran de un rosa sintético y todavía había un trocito de ensalada adherido entre dos muelas. Le di la vuelta a la etiqueta amarilla y en el otro lado había más números negros: su fecha de nacimiento.

4/12/93 (Nueva York).

TE VERÉ EN MIS SUEÑOS

Me dijo que acababa de telefonear un tal Esteban y que habían encontrado a mi padre muerto en un pueblo llamado Bernalillo. En realidad, no lo habían encontrado muerto, porque falleció en la ambulancia, camino de Albuquerque, y vivió lo suficiente para identificarse; pero, en cualquier caso, había muerto. Atropellado por un coche.

El viento seguía golpeando las ventanas y aplastando contra los cristales gotas de lluvia que después se deslizaban por ellos. De la húmeda chimenea llegaba el olor de los innumerables fuegos que se habían encendido allí en el pasado. Desde mucho antes de que llegásemos nosotros.

Telefoneé a Esteban, el hombrecillo mexicano que se había pasado los últimos diez años cuidando de mi padre. Era inquilino del mismo triste complejo residencial en las afueras de Conejo y había confraternizado con él porque ambos hablaban español y habían tenido una vida marcada por los problemas con la botella. De su voz se deducía que estaba auténticamente apenado. Noté cómo le temblaba y trataba de controlarla. Me explicó que hacía una semana mi padre había recibido por correo un cuantioso cheque del gobierno. Un cheque que no esperaba. Salió y lo cobró; fue al centro comercial y se rapó el pelo al estilo militar, sacó una licencia de pesca en la armería y tomó un taxi que lo llevó a Pecos. Esteban lo siguió hasta allí, porque estaba preocupado por lo que pudiera hacer con tanto dinero un borracho sempiterno. Pero no se atrevió a acercarse a él, porque ya llevaba una cogorza de campeonato. Según Esteban, mi padre se lió con una voluminosa mujer india llamada

Matla y ambos se fueron río arriba a pescar truchas, con una botella de ginebra. Entonces fue cuando Esteban les perdió el rastro. Me dijo que temía demasiado a mi padre para seguirlo hasta las montañas, donde no había un alma. Pensó que podía matarlo.

Por lo visto, mi padre y esa mujer llamada Matla pasaron tres días pescando y bebiendo en plena naturaleza en la zona llamada Sangre del Cristo, transcurridos los cuales regresaron a Pecos y alquilaron otro taxi para que los llevara a Bernalillo. Cuando llegaron al pueblo, Matla y el viejo ya no se llevaban muy bien. La gente comentó que se liaron a puñetazos en varios bares de la zona. No era difícil acordarse de ellos: una apache gordísima y descalza y un hombre blanco, alto y delgado pero fuerte, con barba pelirroja y corte de pelo militar, ambos borrachos como cubas. Fueron dando tumbos de una punta a otra del pueblo, expulsados de todos los bares, hasta que se les acabó el dinero. Entonces a mi padre se le ocurrió cruzar la carretera y, como trastabillaba, fue arrollado por un vehículo.

A la mañana siguiente tuve que ir al pueblo y firmar un certificado oficial en el que declaraba que quería que fuese incinerado. Debido al deplorable estado en que había quedado su cuerpo, parecía el procedimiento más apropiado. Habían alineado sus objetos personales sobre una mesa de cristal para que los identificase: su cartera, su navaja, unas monedas, la licencia de pesca y una extraña piedra de color metálico con un agujero en el centro. Me mostraron una fotocopia del atestado del equipo médico de urgencias del hospital de Albuquerque en el que aparecía su nivel de alcohol en la sangre en rojo y al lado el máximo permitido.

Superaba todos los parámetros de la escala. Había otros listados, en los que se detallaban diversas fracturas, lesiones y traumas del cadáver. Había unas columnas con números en las que se especificaba la cantidad de sangre perdida y las transfusiones realizadas. Oxígeno. Vendajes. Escayola. Collarines. Gasas. Algodón. Inyecciones. Hasta el último detalle de la pesadilla de aquel ingreso en urgencias. Y debajo, en gruesos números negros, el total de la factura. Me pidieron que firmase el documento y

confirmase que me haría cargo de los gastos. Mientras tomaba el bolígrafo, el gerente de la funeraria empezó a recitarme todas las opciones de ataúdes, cementerios y lápidas. Como mi padre había sido piloto de las Fuerzas Aéreas, me decidí por el Cementerio Nacional de Santa Fe y por una sencilla caja cúbica de pino de unos veinte por veinte centímetros para las cenizas.

Pasé la tarde con Esteban, que todavía estaba muy afectado. Me preparó un café instantáneo con leche en polvo en una taza con el asa rota. Nos sentamos en su pequeña sala, ante una ristra de chiles y un crucifijo de madera colgados encima del televisor. En otra de las paredes había fotografías de su hijo, enlazando a becerros, y un calendario de la tienda de piensos del pueblo, con un anuncio de comida para pollos. Esteban me explicó en tono pausado que había tenido premoniciones de la muerte de mi padre. Que la había visto venir.

—Yo también he sido un borracho, querido amigo. Oh, sí. Estuve muy mal. Muy, muy mal. Se lo dije muchas veces a tu padre, pero él nunca me escuchaba. Ya sabes cómo era. No escuchaba a nadie. Le llevaba sopa de judías cuando deducía que se había pasado una semana o incluso más tiempo sin probar bocado. Sabía cuándo se emborrachaba. No salía de casa y se le oía cantar en español toda la noche. A voz en grito. Le llevaba la sopa caliente y cuando me veía acercarme desde la ventana se ponía a gritarme como a un perro. Decía que no necesitaba comida. «¡La comida es para los vivos!», gritaba. Me lanzaba todo tipo de insultos. Insultos mexicanos. Y después me tiraba cosas, sus botas, o latas de cerveza. Así que me limitaba a dejarle el cuenco de sopa junto a la puerta, pero entonces salía y de una patada lo lanzaba sobre el césped. A veces intentaba atraparme, pero siempre se caía. Si trataba de ayudarlo a ponerse en pie, me maldecía en español, me llamaba *cabrón* y cosas por el estilo. Sabía que era el alcohol lo que provocaba ese comportamiento, así que nunca me lo tomé como una cosa personal, a pesar de que en ocasiones hería mis sentimientos. Prefiero recordar los buenos momentos que pasamos cuando estaba sobrio. Sentados en la puerta de su casa escuchando a los coyotes o

voces a lo lejos. Tu padre tenía una mente despierta. *Era muy listo*.

Los ojos de Esteban eran de un color gris azulado, con una mirada ligeramente estrábica, como los de las personas que se van quedando ciegas poco a poco a causa de las cataratas. El recuerdo de mi padre le hizo llorar en silencio, y se inclinó lentamente hacia adelante en la silla, apretándose el estómago con ambas manos. Alargué el brazo y le toqué la rodilla. Meneó la cabeza y dejó escapar un afligido suspiro. Parecía un niño quejándose en sueños.

—Lo voy a echar de menos —me aseguró—. Es difícil hacer amigos. *Hacer amigos… Muy difícil*. Pero pasamos buenos ratos. Nos reíamos. A veces cantábamos las canciones que emitían las emisoras de radio de ambos lados de la frontera. A tu padre le encantaba la música. A veces discutíamos por estupideces. Por culpa de Willie Nelson, por ejemplo. Le indignaba que hubiese ganado tanto dinero con las viejas canciones de cuando él era niño. Como *Moonlight in Vermont* y otra… *Georgia*, ésa también. Le indignaba. Yo le decía que no había por qué enojarse si a la gente le gustaba escuchar esas canciones. Pero no atendía a razones. En su rostro aparecía una terrible mueca de rabia y decía que era una cuestión de honor. Determinadas cosas debían continuar siendo como eran. *Sagradas*, ya sabes. Debían ser protegidas, creo que decía. Ésa era la palabra que utilizaba. Protegidas. Y parecía como si él fuese la única persona sobre la tierra que pudiese cumplir esa misión. *Estaba moralmente obligado*. Y yo, con mucha delicadeza, procuraba distraerlo hasta conseguir que disminuyese su rabia y volviese a respirar como un ser humano. Y entonces compartíamos una lata de Coca —Cola y se ponía a liar sus cigarrillos y los colocaba en fila sobre la acera delante de nosotros. Y no tardaban en oírse las primeras risas. Por cualquier cosa. Una palabra o una idea. Y durante un rato todo iba sobre ruedas. Nos sentíamos bien los dos juntos. —Esteban hizo una pausa, me preguntó si quería más café instantáneo y se disculpó porque fuese instantáneo—. Últimamente el café de verdad está muy caro. —Me mostré de acuerdo con él, y nos quedamos callados durante un rato. Esteban se balanceaba ligeramente en su silla; de pronto recordó algo que le hizo reír—. Recuerdo otra discusión que

tuvimos en cierta ocasión. Ésa fue muy divertida. Era sobre la palabra «chicano». Tu padre se negaba a utilizarla. Decía que llevaba toda la vida llamando a mi gente «mexicanos», y, después de tanto tiempo, ¿por qué había que sustituir esa palabra por «chicano»? Me preguntó qué significaba, y le respondí que «mexicano americano», y él dijo que resultaba demasiado confuso. Ese término lo habían inventado los políticos, sólo para confundir a la gente y hacer que se sintieran diferentes. Se negaba a utilizar esa palabra. A mí me llamaba *paisano*, lo cual me parecía estupendo. Yo también le llamaba así. Éramos buenos amigos.

Esteban me condujo por el caminito de cemento que atravesaba el jardín hasta el apartamento de una habitación de mi padre y me dejó en una pequeña extensión de césped llena de malas hierbas, ante su puerta. Posó suavemente su mano sobre mi hombro y se marchó. Permanecí de pie, inmóvil, durante un rato, sin atreverme a entrar. Sentía el mismo miedo que me invadía ante su puerta cuando todavía vivía. Exactamente el mismo miedo. En la puerta había un cartel en el que se leía PERRO PELIGROSO en letras rojas, con el dibujo de la cabeza de un bulldog gruñendo y echando espuma por la boca. De la marquesina verde de fibra de vidrio colgaban largas cadenas cuyos eslabones eran arandelas de aluminio de latas de cerveza, que tintineaban cuando soplaba la brisa del desierto. Pasé entre las cadenas y abrí la puerta. No pude entender por qué me embargó aquella palpitante angustia mientras entraba en la habitación a oscuras. Sentía que un temblor recorría todo mi cuerpo, como si él todavía estuviese allí, sentado en la destartalada mecedora que le había regalado años atrás, inclinado sobre sus cigarrillos liados a mano, rodeado de pilas de revistas y papeles, con su radio negra colocada sobre una caja de embalar naranjas, escuchando polcas mexicanas. Descorrí las cortinas de plástico y la luz del sol se desparramó por las paredes, repletas de fotos recortadas de revistas sujetas con celo: Bing Crosby con una pipa, Loretta Lynn, Dolly Parton, setters ingleses galopando por un mar de césped de tonos esmeralda, la tumba de Hank Williams, *burros* cargados con cerámica y leña, ranas nocturnas de ojos amarillos aferradas a árboles

de la jungla, fotografías abarquilladas en las que aparecíamos mis hermanas y yo, con nuestros uniformes del Club 4 —H, mostrando unas ovejas en la feria del condado. Sobre la mesita situada frente a la mecedora había varias latas de atún abiertas y a medio comer, y un cuenco de la sopa de judías de Esteban en cuya superficie se había formado una costra. Alrededor de la mesita, a modo de barricadas, ejemplares apilados de *National Geographic, Look* y *Life*, que dejaban un estrecho pasadizo hasta el fregadero. En el suelo había un tarro de manteca de cacahuete lleno hasta la mitad de agua pardusca en la que flotaban colillas. Y montones de cartas que había escrito, pero no enviado. Una dirigida a mí acababa con estas palabras: «Puede que pienses que aquella gran calamidad que sucedió, hace tantos años, lo que podríamos llamar el desastre entre tu madre y yo, tuvo algo que ver contigo, pero estás completamente equivocado. Todo lo que pasó entre ella y yo, obedeció a razones estrictamente personales. Te veré en mis sueños».

Mi tía, mi tío y mis dos hermanas llegaron al día siguiente. Nos sentamos frente a la chimenea y el tío Buzz se puso a contar anécdotas de cuando mi padre y él vivían en una granja de McHenry, Illinois, con sus cinco hermanos. Anécdotas como la de que mi padre, cuando era pequeño, siempre se escapaba y se perdía en los campos de maíz ya crecido. Acababa en alguna granja vecina, con su perro Gyp, y tenía que pasar la noche allí y esperar a que mi abuelo pasase a recogerlo. Anécdotas como la de que se subía a escondidas a un henil para contemplar cómo apareaban a las yeguas de tiro, porque mi abuelo había prohibido terminantemente que los niños presenciasen ese espectáculo.

—Había un tipo, Wilters creo que se llamaba, que tenía uno de esos asnos descomunales, ya sabes, con una franja oscura que les recorre el espinazo, un enorme garañón. Y, bueno, el tal Wilters se dedicaba a recorrer la región con ese animal, que alquilaba a los granjeros como semental. Cuando llegaba la primavera, se vestía elegantemente con un sombrero hongo y un traje negro, ataba al garañón al parachoques trasero de su Ford T e iba de granja en granja, ofreciendo sus servicios a toda yegua que pudiese

permitírselos. Recuerdo la primera vez que tu padre y yo miramos a escondidas desde el henil…, debíamos de tener ocho o nueve años. Chaval, te aseguro que era todo un espectáculo. Era la primera vez que contemplábamos «el acto», ¿sabes? Y cuando la yegua estaba servida, el viejo Wilters se quitaba el sombrero hongo y se lo tendía a tu abuelo, que dejaba caer en él cinco dólares, y Wilters se lo volvía a poner con los cinco dólares dentro. Entonces abrían una botella y mientras echaban un trago conversaban sobre las cosechas y los precios del grano. A veces, escondidos entre el heno, teníamos que aguantar la respiración para no estornudar y ser descubiertos. Nos quedábamos en el henil hasta que Wilters se marchaba con su semental trotando detrás del Ford T.

Permanecimos frente a la chimenea mucho rato y poco a poco mi tío empezó a repantigarse y a sonreír. Para mí sus anécdotas eran como pequeñas ventanas que me permitían penetrar el misterio que envolvía a mi padre.

—Pero a tu abuelo le gustaba demasiado la bebida. ¡Oh, muchacho, ojalá hubiese podido dejar el moscatel! Ya te conté lo de aquella tarde en que yo bajaba por la calle Columbine y vi que salía humo de la ventana del segundo piso. De la ventana de su dormitorio. El viento lo arrastraba hacia los olmos. Entro corriendo en casa, subo rápidamente por las escaleras y me lo encuentro echado sobre la cama, con el colchón en llamas. Estaba inconsciente, así que lo cargué en mis brazos, en esa época sólo pesaba unos cuarenta kilos, ¿sabes?, estaba ya muy consumido, lo llevé al piso de abajo y lo dejé en el sofá; después volví a subir y tiré el colchón por la ventana al césped del jardín. Bueno, pues al poco rato tu abuela volvió de la iglesia y me encontró en el jardín con la manguera, remojando el colchón. Se acercó a grandes zancadas, ya sabes cómo era, llegó junto a mí y me preguntó por qué demonios estaba estropeando un colchón que estaba como nuevo. «¡Mamá, se ha incendiado!», le dije, mostrándole un agujero enorme en el maldito colchón, y añadí que además había salvado a su marido. Bueno, pues ella no quiso saber nada de él. Lo único que le importaba era el colchón. Le dije: «¡Mamá, le he salvado la vida a

papá! ¡Le acabo de salvar la vida! ¡Estaba a punto de morir carbonizado!». Y ella se limitó a soltar aquel resoplido tan suyo y se largó. Así era tu abuela.

A la mañana siguiente nos engalanamos, fuimos al Cementerio Nacional y recorrimos un largo y sinuoso camino que atravesaba varias hectáreas de cruces militares de mármol, todas idénticas, adornadas con una pequeña bandera americana. Vietnam, la Segunda Guerra Mundial, Corea. Era como un campo de maíz plantado en perfectas hileras. Yo había encargado una de esas cruces de mármol colocadas verticalmente como lápida, pero me dijeron que como consecuencia de la guerra del Vietnam habían agotado las existencias. Así que opté por una pequeña losa blanca colocada horizontalmente, con su nombre, graduación y fechas de nacimiento y defunción grabados. Para el servicio fúnebre habían montado en una colina un toldo verde, con bancos y sillas plegables. No llovía, y la luz del sol proyectaba sobre los rostros de los presentes un tono verdoso. Había más gente de la que pensaba que acudiría. La mayoría eran alcohólicos o ex alcohólicos. Se veía en sus rostros demacrados. Y había también un pequeño grupo de vecinos del complejo residencial, que conocían a mi padre por uno u otro motivo. Gente sencilla. La mayoría permanecían en pie, con las manos cruzadas a la altura de la cintura y mirando al suelo, como si les diese vergüenza sentarse. No reconocí a nadie, excepto a Esteban, que me sonrió y bajó la cabeza.

Mi hermana pequeña y yo nos turnamos para leer algunos poemas de Lorca (el poeta favorito de mi padre), e incluso me atreví con un pasaje de la Biblia, pero me quedé atascado en las palabras «Todo es vanidad» porque, de repente, me di cuenta de mi propia vanidad al leerlas como si comprendiera su verdadero significado. Durante un rato fui incapaz de hablar. No me salía nada. Me temblaba toda la cara y notaba que los allí reunidos empezaban a sentirse incómodos. No me sentía incómodo, tan sólo más pesaroso de lo que era capaz de expresar. Me quedé quieto, esperando a que se me pasase, pero no parecía acabarse nunca. Me dominó durante lo que me pareció mucho rato, hasta que finalmente se disipó lo

suficiente para que pudiese terminar. Leí el resto del pasaje sin emoción y sin sentirme identificado con lo que decía. Simplemente, me sentía feliz de poder acabarlo.

El director del servicio fúnebre se puso en pie, con su traje gris y sus gafas negras. Era un completo extraño, que parecía más un agente de la CIA que un mediador para los muertos. Leyó el sermón estándar del Gobierno para los funerales militares. El mismo sermón que se había leído ante cada una de las cruces del cementerio: «… con profunda gratitud por los servicios prestados en cumplimiento del deber…». Después me entregó una bandera americana, doblada en el tradicional triángulo, y me estrechó la mano. Ese día estreché la mano a todos los presentes y abracé a gente a la que no conocía de nada.

Al marcharnos, me volví hacia el entoldado y vi la pequeña urna de pino que contenía las cenizas, colocada sobre la mesa desplegada, sin nadie alrededor. Me sentí arrastrado hacia ella, como por la fuerza de la gravedad; como si todavía quedase algo pendiente en aquella ceremonia. A un lado había dos chícanos acuclillados junto a una pala amarilla ante la tumba abierta. Estaban esperando a que todo el mundo se hubiese marchado para meter la urna en la huesa y taparla. Mientras caminaba hacia ellos, volvieron la cabeza y fijaron la vista en la tumba, tratando de que nuestras miradas no se cruzasen. Cogí la urna de pino y me sorprendió lo pesada que era. No contenía más que cenizas de un muerto. Los enterradores me dieron la espalda y bajaron la cabeza. Les agradecí ese gesto.

3/89 (Los Ángeles).

EL EXPRESO DEL SUDESTE

La señora Ortega trata de acostar a su hijita en la cabina número 6, justo enfrente de mí, al otro lado del pasillo. Lleva una falda de cuero negra, zapatos de tacón alto con el talón dorado y una cadena de plata con tintineantes fragmentos de turquesa alrededor del cuello. De vez en cuando sus joyas golpean la frente de la niña, que no protesta. Permanece sentada en la litera, mientras su madre la arropa con las mantas. Contempla cómo tras la ventanilla pasan las luces de Barstow en plena noche; camiones de cemento Portland maniobran bajo focos de color melocotón en la hondonada que hay junto a las vías. Se suceden fugazmente varios almacenes. Horribles barrios de construcciones baratas desaparecen tras la arena blanca, reaparecen y vuelven a desaparecer. La hijita de la señora Ortega le pregunta a su madre por Rafael: «*¿Dónde está Rafael?*». Y su madre responde: «*No sé*», y su cinturón de conchas navajo golpea contra la puerta de cristal.

El Expreso del Sudeste entra rechinando en la vieja estación de Barstow, una de las últimas de estilo español que quedan en la línea de Santa Fe. En la actualidad, las ventanas, con sus marcos de ladrillo oscuro y estuco resquebrajado, están rotas. Cagadas de paloma secas recubren las palabras CASA DEL DESIERTO cinceladas en una pared blanca. Los fantasmas de mozos de estación desaparecidos hace mucho tiempo siguen caminando encorvados en la oscuridad de la noche, empujando sus carritos de ruedas de hierro cargados de maletas de piel de lagarto de los ricos barones del Imperio de los Cítricos[15].

—¿Qué pasa? —pregunta la hijita de la señora Ortega.

—Nada. Duérmete.

—¡Es Rafael! —chilla excitada, y se quita de encima las mantas azules.

—No, Rafael se ha ido. Ahora tienes que dormir.

Me dirijo al vagón-cafetería sorteando el enorme trasero embutido en cuero de la señora Ortega. Su hijita sigue sentada en la litera, escrutando la oscuridad exterior en busca de cualquier señal de Rafael. El tren se pone en movimiento mientras avanzo por el estrecho pasillo. Enormes torres de cemento pasan flotando en la oscuridad, en la que parpadean sus luces de aviso para los aviones. Una pareja de ancianos de cabellos grises se detiene en seco cuando me ve acercarme. Ambos van muy encorvados y utilizan bastones de aluminio. Vacilantes por el traqueteo del tren, no saben cómo negociar conmigo quién pasa primero, así que me meto en un compartimiento vacío cuya puerta está abierta de par en par y les dejo pasar. Repetimos varias veces «Disculpe» mientras se cruzan conmigo tambaleándose como bailarines ebrios. Al observarlos de cerca, deduzco que son campesinos por la manera como la anciana se agarra a las trabillas de los tejanos de su marido.

En la zona de no fumadores de la cafetería un puñado de zombis contemplan con aire ausente la comedia que pasan en los diversos televisores colocados a cierta altura en las esquinas del vagón. Todos los aparatos están sintonizados en el mismo canal. Nadie se ríe. Nadie habla. Sólo se escuchan los chistes gastados y las risas enlatadas de los televisores. Bajo a la zona de fumadores, que rebosa de humo y de gente conversando, y pido un *gin tonic*, que me sirven en un vaso de plástico blanco. Tres chicas con los brazos tatuados fuman como chimeneas y conversan sobre cortinas y alfombras. Una de ellas tiene una risa espléndida. Una de esas risas que se descontrolan y te permiten saber que a su propietaria le da igual lo que piense la gente. Me siento en una esquina desde la que puedo contemplar toda la sala. Estoy preparado para mirar. Últimamente he estado trabajando con detectives y la idea de mirar ha empezado a fascinarme. Me hago invisible en mi rincón y pongo en funcionamiento mis «ojos de detective». Estoy trabajando en ello:

cómo mirar sin ser visto. Hay que ser muy discreto, porque si la gente descubre que los estás mirando inmediatamente se ponen a hacer otra cosa, algo que no estaban haciendo un instante antes. Empiezan a sospechar y tratan de ocultarse, o se indignan y pretenden matarte. Hay que andarse con cuidado. Una mujer vestida de verde se me acerca y me pregunta si me importa que se siente frente a mí, al otro lado de la mesa. Dice que quiere descansar un rato. Su rostro delata que ha visto mucho mundo. Sus ojos están castigados por el alcohol y las noches en vela. Se llama Rose, es de Albuquerque y resulta que sus padres están enterrados en el Cementerio Nacional de Santa Fe, el mismo lugar en que reposan las cenizas de mi padre. A Rose y a mí nos une la muerte. Regresa de visitar a unos familiares que viven cerca de Pendleton, Oregon, y me habla de la luna anaranjada que asoma por encima de los picos nevados, de las nidadas de codorniz bajo los pinos, y del ingenioso sistema de calefacción de la casa de sus parientes, que funciona con energía solar. Rose creció en Albuquerque y regresa allí. Dice que no se le ocurre otro sitio adonde ir. Ha probado todo tipo de lugares, pero siempre acaba regresando allí.

—Supongo que es difícil desembarazarse de las raíces.

Un negro con una gorra de los L. A. Raiders conversa, en voz más alta que nadie, con un chaval de aspecto vulgar que lleva una cazadora de cuero. Le está hablando de una «puta italiana» que llevaba un anillo enorme y vivía en un barrio realmente tranquilo en alguna parte. Le explica lo mucho que desea volver allí y verla, volver a empezar donde lo dejaron. Sólo piensa en ello. Rose ha agotado los temas de conversación. Se levanta apoyando los codos en la mesa y se echa sobre sus amplios hombros el suéter de rayón verde.

—Tal vez nos encontremos alguna vez en el cementerio —dice, y levanta su vaso a modo de despedida.

—Tal vez.

Las chicas de los brazos tatuados se lo están pasando en grande. Son independientes, viajan en tren a través de la noche, en dirección al Painted Desert[16]. Se han reunido para viajar juntas. Su

camaradería las exalta. Por mi parte, me alegro de estar solo. Mirando. Regreso a la sala de reuniones de los detectives en la comisaría de Wilshire. Cada uno trabaja en su chiribitil, examinando casos. Casos espeluznantes. Ciudadanos de Los Ángeles apuñalados, apaleados, quemados, asesinados a tiros, mutilados, estrangulados. Me gusta trabajar con detectives. Todos me parecen seres solitarios. No sé si es ese trabajo lo que los vuelve solitarios, o es que a los solitarios les atrae ese trabajo. Viajo en tren.

2/2/89 (Entre Los Angeles y Chicago).

CAER SIN FIN

Soy actor, lo confieso. No viajo en avión. Últimamente he tenido problemas para encontrar trabajo, porque no acepto ninguno que implique tener que tomar un avión; además, tampoco quiero vivir en Los Ángeles. Vivo lo más lejos posible de Los Ángeles. En el Sur. No en el Profundo Sur, pero lo suficientemente al sur, donde todavía dicen «*ribah*» en vez de *river*[17] y «Brewick» en lugar de Buick. No tengo ni fax, ni contestador automático, ni servicio de desvío de llamadas, ni teléfono móvil en el coche, ni procesador de textos, y nunca me he prestado a lo que llaman «giras promocionales». No sé muy bien cómo se ha relacionado la palabra «gira» con la promoción, pero nunca me ha gustado mucho cómo suena. Tiene cierta resonancia militar o de marca de *pudding* de tapioca[18] no lo sé muy bien. Por si fuera poco, no estoy precisamente rejuveneciendo y tengo la cara cada día más ajada. Perdí la mayoría de mis dientes inferiores en la primavera de 1975 por culpa de un ansioso potro. La mitad de los superiores han amarilleado y uno tiene el nervio muerto desde hace muchísimo tiempo. Pensándolo fríamente, puedo considerarme un hombre afortunado por tener todavía un agente.

A lo largo de los años me he visto involucrado en muchas locuras y situaciones peligrosas. Más por accidente que voluntariamente. He cabalgado boca abajo, agarrado a la panza de caballos que corrían a galope tendido. Me han disparado con una Ithaca del calibre doce. He dado vueltas de campana dentro de un Plymouth del 49 cupé, que no es un coche muy adecuado para esos avatares. Y en una ocasión casi vuelo por los aires con una botella de

leche de plástico llena de gas en la bahía de Fundy, donde tienen las mareas más altas del mundo. Y, aun así, volvería a pasar de buena gana por esas absurdas experiencias otras diez veces antes que subir a cualquier avión. Reconozco que padezco de un vértigo abrumador cuyas causas no entiendo en absoluto, pero no pienso psicoanalizarme. Basta con decir que se trata de un serio problema de imaginación. La incapacidad de controlar las imágenes mentales de grandes alturas y las sensaciones derivadas de esas imágenes. Por ejemplo, la sensación absolutamente real de caer sin fin. Me es imposible controlarla. En cualquier caso, por suerte, me encanta conducir. He aprendido a sentirme feliz conduciendo. Me encantan los trayectos de largo recorrido. Cuanto más lejos, mejor. Me encanta cubrir grandes distancias de una tirada: de Memphis a Nueva York; de Gallup a Los Ángeles; de Saint Paul a Richmond; de Lexinton a Baton Rouge; de Bismarck a Cody. Distancias así. Sin acompañante. Completamente solo. Conducir sin cesar. Conducir hasta que dejas de sentir el cuerpo, las piernas se te desmoronan, los ojos se te inyectan en sangre, las manos se te entumecen, tu mente deja de pensar, y entonces, de pronto, algo nuevo empieza a surgir.

25/2/90 (Charleston, Virginia Occidental).

EL HÉROE ESTÁ EN LA COCINA

Hola, ¿John? Soy Clayton.

¿Quién?

Clay.

Repítelo.

Clayton Miles.

No hablas como él.

Bueno, ha pasado mucho tiempo.

Sí que es verdad. ¡Hoy es un gran día! ¿Cuánto hace? No he llevado la cuenta.

¿Dónde estás?

En Arizona. En alguna parte en las afueras de Tucson. Te llamo desde una cabina de una gasolinera Texaco.

Pues yo estoy acostado.

Pero allí ahora es de día, ¿no?

Eso parece.

¿Estás enfermo, o algo por el estilo?

No. Simplemente, no hay ningún motivo por el que deba levantarme. Lo hago todo desde la cama. Es perfecto. Ángela acaba de prepararme una vodka con tónica, y estoy trabajando en mis cintas.

¿Qué cintas?

Bueno, actualmente estoy trabajando en mis cintas de bandas sonoras de escenas de persecución famosas. ¿Recuerdas *Bullitt*? Actuaba Steve McQueen. Acabo de terminarla. Mira, escúchala, te la pongo.

¡John! ¡Eh, John! ¡Estoy en una cabina y no me quedan muchas monedas!

¿Qué te sucede?

Apenas tengo monedas.

Creía que ahora eras una estrella de cine. ¿Cómo es posible que apenas tengas monedas?

Simplemente, llevo pocas encima.

¿Qué haces en Tucson? ¿Otra vez jugando a indios y vaqueros?

Estoy de paso, camino de Los Ángeles. Quería hablar contigo un momento.

Muy bien. Podríamos vernos cuando llegues.

Sería estupendo, pero también tengo que ver a Irene. Ella también va hacia allí.

¿Cómo es que no está contigo?

Estamos pasando una mala temporada.

Oh, vaya, es horrible. Detesto estas situaciones. Yo mismo acabo de pasar por una.

¿Ah, sí?

Sí.

Bueno, pues de eso es de lo que quería hablar contigo.

Bueno. De hecho, acabo de pasar por eso. Una auténtica tortura. Por eso no me levanto de la cama. Todavía estoy destrozado.

Vaya.

Durante cierto tiempo pensé que me moría. Sufrí un colapso y quería morirme.

Pero Ángela está contigo, ¿no?

Sí, Ángela está aquí. Me acaba de preparar un vaso largo de vodka con tónica, con una rodaja de lima. Rose también está aquí.

¿Están las dos?

Sí.

¿Y cómo va la cosa?

Tiene sus altibajos. Como te he dicho, hemos pasado por un pequeño bache, pero ya está superado. Ya vuelven a ser amigas. ¡Oh, por cierto, esto me recuerda algo! Antes me había venido una idea a la cabeza y llevo un rato tratando de recordarla, y ahora una cosa que acabas de decir me la ha recordado. Tal vez por eso has llamado.

¿Por qué?

Para que recordase esa idea.

Sí, bueno, tal vez. Pero lo que realmente quería era hablarte de Irene.

Vale, pero deja que primero te explique esa idea antes de que vuelva a olvidarla. No quiero perderla.

De acuerdo. Un momento, tengo que echar más monedas.

Adelante.

Vale. ¿Sigues ahí? ¿John?

Sí. Jamás te dejaré tirado, colega. Pero escucha…, se trata de lo siguiente: Acabo de pasar por todo ese problema de celos con Ángela. O sea, celos suyos, no míos. La cosa estaba en el momento álgido cuando se me ocurrió que tal vez debía soltarle algo en la línea de las grandes frases de Sterling Hayden. Pensé que tal vez eso funcionase. Así que le dije: «Si me quisieras, harías oídos sordos a todos mis deslices». Eso fue lo que le dije. Y mientras se lo soltaba, me di cuenta de que estaba intentando ser el propio Sterling Hayden. Podía haber dicho la frase tranquilamente siendo yo mismo, pero me di cuenta de que tenía el convencimiento de no ser suficientemente bueno, de que todo me iría mejor si fuese otra persona. Por ejemplo, Sterling Hayden. Y entonces, al darme cuenta de eso, me percaté de que todo estaba en mi mente, en mi cabeza, pero de hecho soy Sterling Hayden.

Escucha, John…, me estoy quedando sin monedas.

No, cuidado…, no me refiero a que crea que soy Sterling Hayden. No se trata de eso. Lo que digo es que realmente soy otra persona en mis ensoñaciones. No importa de quién se trate. Harry Truman, Walter Winchell…,[19] eso no importa. El hecho es que estoy aquí y que esta aventura es mi aventura. La simulación es una

parte fundamental del asunto. ¿Comprendes lo que te quiero decir?

Sí, pero escucha…

En caso contrario, es como no ver la película en la que estás actuando. Pensar que no estás en una situación similar a la de la película. Deseando todo el rato algo que ya está sucediendo. Pero el héroe está en la cama con la chica, exactamente igual que Angela y yo en este momento.

¿Estáis los dos en la cama?

Sí, en efecto. Estamos los tres. Rose también. ¿Quieres saludarla?

No, escucha…, quizá debería llamar en otro momento.

No, ¿bromeas? ¡No hay un momento mejor que éste! Pero escucha…, lo que intento decirte es que tú ves esta escena en la película, el tipo y la chica en la cama. La has visto millones de veces en millones de películas. Están en casa de ella, ya ha anochecido, tienen la mirada perdida en las nubes que pasan detrás de las ventanas y él está fumando un Camel. Has pagado tus cinco dólares y estás sentado en la platea con tus palomitas contemplando esa escena, y dices: «¡Dios mío, ojalá estuviese ahí! ¡Ojalá mi vida fuese así!». Pero no te das cuenta de que ésa es tu vida ordinaria, tu vida diaria. Y no me refiero a interpretar un papel. Eso lo dejo para vosotros, los actores. Lo que digo es que la escena que estás viviendo es igual que la que estás interpretando.

Sí, bueno, muy bien. Quería pedirte un pequeño consejo…

Me refiero a que soy el tipo que está acostado en plena noche con esa chica guapísima, mirando las nubes a través de la ventana, fumando un Camel y bebiendo vodka con tónica. En este preciso momento soy ese tipo. Ese soy yo.

Es fantástico.

Pero normalmente no me doy cuenta. Sigo anhelando lo que en realidad ya tengo. ¡Pero, de pronto aparece la oportunidad! ¡Una nueva luz! De pronto, veo mi vida como una auténtica aventura. De hecho, lo vivo de la misma manera que tú puedes vivir una película. ¡La banda sonora me envuelve! ¡Estoy dentro de ella!

Escucha, John…

Incluso una escena irrelevante, en la que el héroe está en la cocina, preparando unos huevos fritos, y la cámara se aproxima a él muy lentamente, y se escucha una música misteriosa que se supone que el héroe no oye; sólo el público la oye…, pero básicamente se trata de que él está en su cocina haciendo algo absolutamente banal *como* freír un par de huevos. Y tú estás en la platea del cine fascinado por la escena, y, sin embargo, nunca tienes esa sensación cuando estás en tu propia cocina friendo tus propios huevos. ¿Entiendes a qué me refiero? ¡En realidad, somos héroes en nuestras propias cocinas, Clay! ¿Te das cuenta? ¡Somos los héroes de nuestras cocinas!

Se me han acabado las monedas, John. Tendré que volver a llamarte cuando llegue a Los Angeles.

¡Ya estás de nuevo en la carretera! ¡Bueno, buen viaje! Ha sido estupendo hablar contigo, Clayton, viejo amigo.

Lo mismo digo.

¡No te doblegues bajo el peso de un corazón dolorido! Ese es mi consejo. ¡Jamás te rindas!

Adiós.

18/3/90 (Tucson, Arizona).

HOMENAJE A CÉLINE

Esta mañana tengo cita con los equipos de vestuario y maquillaje de una productora alemana en un destartalado hotel de Highland. No sé por qué motivo, lo frecuentan los grupos de heavy metal, y sus seguidoras se pasean por el vestíbulo y merodean alrededor del ascensor, atentas a cualquier rastro de sus héroes. Subo en él acompañado por cinco o seis de esas criaturas; todas usan la misma cajita de plástico de maquillaje, se ponen sombra de ojos de un tono melocotón brillante y se pellizcan los diminutos pezones para que se les pongan erectos y se marquen bajo la ropa. No sueltan risitas tontas ni parecen estar pasándoselo en grande como las fans de los años cincuenta. Todas sus esperanzas parecen encauzadas por un ardiente deseo de convertirse en absolutas víctimas.

Encuentro la habitación en la planta treinta, y en cuanto entro y veo los percheros con vestuario y las caras de la gente con la que conviviré durante los próximos cuatro meses —seremos un grupo de desconocidos reunidos por el desesperado esfuerzo de crear las imágenes de la película—, el mundo se me cae encima. Siento ganas de salir corriendo o vomitar, pero ya es demasiado tarde tanto para lo uno como para lo otro.

El menudo sastre italiano, que viste un elegante traje azul a rayas, discute acaloradamente con la diseñadora de vestuario alemana, una descomunal walkiria que luce un sarape mexicano y botas de vaquero con puntera plateada. Destaca por encima del sastre y fuma como un dragón, lanzando hacia arriba el humo que expele por la boca en largas y placenteras bocanadas que quedan suspendidas como neblina alrededor de su labio superior. Está preocupada por el

tejido que ha elegido el sastre. En su opinión, es demasiado suave y actual.

—¡Es una película ambientada en los años cincuenta! —proclama—. ¡En los cincuenta no usaban este tipo de tejidos! Ni siquiera se habían inventado.

El italiano se encoge de hombros, deja escapar un resoplido y le da la espalda; mientras se aleja hace subir y bajar incesantemente la cinta métrica amarilla que lleva colgada alrededor de la nuca, como si tratase de seccionarse la cabeza con ella.

Aparece el maquillador, que quiere probar diversos tonos de gris en mi cabello para las escenas en que aparezco envejecido, y una docena de tonos de piel para el rostro; también está ansioso por experimentar con un poco de sangre falsa.

—Las heridas del personaje son únicas —dice—. Tienen que resultar absolutamente únicas.

Un ayudante de la diseñadora de vestuario va colocando ante mí diversos pares de caros zapatos ingleses hechos a mano, todos con diseños de la época de la película. Deposita sobre una mesa para jugar a cartas relojes, anillos, gemelos, plumas, pañuelos, gafas, pitilleras, agujas de corbata y cinturones de la época, para que elija los que prefiera. La habitación está muy caldeada y cargada; alguien abre una ventana por la que se esfuma parte de la humareda lanzada por la mujer dragón. Las mesas de centro están repletas de donuts cubiertos de azúcar glaseado mordisqueados y vasos de plástico usados; los ceniceros rebosan de colillas. El teléfono no para de sonar y la persona por la que piden nunca es la que lo descuelga. Se hablan tres o cuatro idiomas diferentes al mismo tiempo.

Los ayudantes de producción están repasando los detalles del viaje que me han preparado desde Los Angeles a la frontera mexicana en Laredo. Me comentan que debido a las leyes mexicanas no han encontrado ninguna empresa de alquiler de automóviles norteamericana que quiera arriesgarse a que uno de sus vehículos cruce la frontera, así que están intentando contratar a dos conductores mexicanos de Ciudad de México para que me vengan a buscar con su limusina y me lleven hasta Veracruz. Se ríen entre

dientes disimuladamente y uno de ellos dice:

—Claro que la cosa resultaría mucho más fácil para todos si usted aceptase tomar un avión.

—Me niego —respondo.

—Sí, ya lo sabemos.

Mientras se desarrolla está conversación, el menudo sastre italiano se mueve a mi alrededor, tomando medidas y susurrando cifras a su ayudante, que las anota en un bloc. (En este negocio todo el mundo parece tener un ayudante).

El director en persona entra y me pregunta si me importaría leer una escena con tres actrices a las que está probando para interpretar el breve papel de mi novia. Quiere grabar las audiciones en vídeo en otra habitación, así que lo sigo hasta allí. Las tres actrices esperan nerviosas en el pasillo, retorciendo los guiones con las manos y humedeciéndose los labios. El director alemán no encuentra la llave de su habitación, así que me deja en el pasillo con las tres nerviosas muchachas y desaparece en su busca. Me resulta imposible soportar que tres ilusionadas jovencitas me sonrían, así que me disculpo y simulo ir a beber un poco de agua. Me deslizo en el ascensor, en una de cuyas esquinas están indolentemente apoyados un par de rockeros vestidos de cuero negro y con brazaletes de aluminio. Parecen absolutamente cabreados con el mundo en general.

Cuando salgo al vestíbulo, otro par de ayudantes de producción se precipitan hacia mí y me informan de que hay nuevas dificultades en la contratación de la limusina.

—No necesito una limusina —les digo.

—No se preocupe, le conseguiremos una. Es sólo que tenemos el mismo problema en la frontera.

—¿Qué problema? —pregunto.

—El seguro. Temen que el coche pueda ser robado o revendido, y no quieren correr riesgos.

—No necesito una limusina. Conseguidme un Chevy.

—Tendremos el mismo problema con un Chevy.

—Pues entonces un Ford.

—No es cuestión de una marca u otra. Simplemente, no quieren

correr riesgos.

El otro ayudante tercia en la conversación con una enorme sonrisa de autosatisfacción:

—Realmente, no hay ningún problema con la limusina. Me refiero a que el único problema serio es pagar el seguro. Es básicamente el mismo problema que tendría una compañía de limusinas americana. Sólo que un poco menos caro.

—Conseguidme un Chevy —insisto.

—Ya lo solucionaremos. No se preocupe. Lo tendremos todo listo para cuando tenga que hacer el viaje. Aunque, evidentemente, todo sería más fácil si usted aceptase tomar un avión.

Y los dos se marchan precipitadamente hacia el ascensor, con sus blocs de notas, buscas y auriculares. Salgo a la calle y me alejo caminando. Adoro caminar por una ciudad en la que nadie más lo hace. Las aceras parecen el desierto.

De regreso a mi hotel, me encuentro con un enjambre de agentes del servicio secreto en al aparcamiento y en la entrada. Uno se percata de inmediato de que lo son porque todos llevan trajes idénticos, lucen austeros cortes de pelo idénticos y utilizan esos pequeños auriculares de plástico color carne, que ellos creen que resultan invisibles para los transeúntes. Se mueven sin cesar, lanzando miradas escrutadoras y, aparentemente, hablando solos como chiflados, aunque en realidad se susurran informaciones unos a otros mediante sus aparatitos.

Hay una nota para mí en la recepción del hotel: «Mis disculpas por la pérdida de la llave. Al final he logrado encontrarla. Habría sido mejor que estuvieras presente, pero hemos seguido adelante con la selección de candidatas. Creo que hemos encontrado una realmente maravillosa». Firmado, el director.

—¿Se aloja algún diplomático en el hotel? —le pregunto al recepcionista uniformado.

—¿Perdón? —dice, con un espasmódico parpadeo, e inmediatamente muestra una falsa sonrisa de vendedor de dentífrico.

—¿Un político? Lo digo por la cantidad de guardaespaldas que

hay ahí fuera.

—Oh, ya entiendo. Sí, señor. Tenemos huéspedes procedentes de Oriente Medio.

—¿Alguien famoso?

—Lo siento, señor, pero tenemos prohibido dar cualquier información al respecto.

—Comprendo —digo, y le lanzo un guiño de complicidad que lo deja absolutamente perplejo.

Ya arriba, en el pasillo, frente a mi habitación, hay varios montones de bandejas del servicio de habitaciones, docenas de ellas, colocados contra la pared. Encima de todas y cada una hay restos de exquisitos dulces. Tarta de lima, *mousse* de chocolate, *crème brûlée*…, únicamente dulces, todos a medio comer, mordisqueados, chafados y entremezclados, rezumando por los cantos de las bandejas sobre la moqueta afelpada con dibujos de flores. De pronto, veo un brazo de piel oscura embutido en una túnica blanca con un bordado dorado que emerge de la puerta de la habitación situada justo frente a la mía y saca otra bandeja rebosante de restos de dulces. El brazo la deposita encima del montón más cercano y en ese momento asoma por la puerta una cara que me mira. Es un rostro pequeño y atemorizado, con minúsculos y brillantes ojos negros y una corta barba de chivo. En cuanto me ve, la cara se mete rápidamente en la habitación como una marmota en su madriguera y pasa la cadenita. Le oigo parlotear nerviosamente con otros dos tipos detrás de la puerta cerrada. Suena a árabe. La puerta se vuelve a abrir hasta donde permite la cadenita y unas gafas de sol me observan. Se cierra de un portazo y vuelve a empezar el nervioso parloteo. En el momento en que consigo abrir mi puerta, por una esquina del pasillo aparece un carro del servicio de habitaciones empujado por un chaval rubio con un uniforme parecido al del botones del viejo anuncio de Philip Morris. El carro está cargado de dulces y avanza hacia mí. Me meto en mi habitación e instintivamente paso con un gesto frenético la cadena de la puerta y echo el pestillo. El miedo es contagioso.

Ya en la habitación, durante un rato soy incapaz de moverme.

No sé el motivo. Ahora ya no es cuestión de miedo; es otra cosa. Permanezco inmóvil, contemplando la alfombra. Ninguna parte de mí quiere moverse. No sé cuándo lo haré, ni siquiera si en algún momento seré capaz de hacerlo. Espero a que algo se ponga en marcha; una ligera motivación. Quiero saber qué será lo que finalmente hará que me mueva. Pero no sucede nada. «Podría pasarme la noche así», pienso. «Quizá me quede aquí de pie hasta mañana por la mañana. Alguien me encontrará. El servicio de habitaciones dará conmigo. La camarera. Alguien se preguntará por qué nadie contesta en esta habitación. Por qué nadie responde a los golpes en la puerta. Ni al teléfono». El teléfono empieza a sonar, como si fuese mi pensamiento el que hubiera provocado la llamada. Sigo inmóvil. El teléfono continúa sonando; tres, cuatro, cinco timbrazos, y después cuelgan. Quienquiera que fuese. «Probablemente más gilipolleces sobre la limusina. Pero ¿y si se ha muerto alguien? Podría tratarse de eso. De alguna emergencia. ¿Quién puede haberse muerto? ¿Quién puede haberse muerto precisamente ahora? Podría tratarse de cualquier miembro del equipo. Lo averiguaré más tarde. Si se trata de eso, dejarán un mensaje en recepción». Compruebo el servicio de avisos. Nada. De pronto me estoy moviendo sin percatarme de ello, sin haberme dado cuenta de cómo ha sucedido. Así, por las buenas. Es una especie de sonambulismo. Algún tipo de trance. Recorro la habitación. No hay mucho espacio para caminar. Examino los productos colocados sobre el mármol junto a la pila del lavabo. Han pensado en todo: cepillo de dientes plegable, abrillantador de zapatos, gorro de ducha, desodorante, acondicionador de cabello, loción para después del afeitado, champú, enjuague bucal, secador de pelo y tres tipos de jabón de colores y olores diferentes; incluso han puesto un pequeño estuche con aguja e hilo. Hay un albornoz blanco con el logotipo del hotel bordado en azul sobre el bolsillo. En el cinturón hay una nota que informa de que si el cliente lo desea, lo puede adquirir abonándolo en recepción, pero que, de no ser así, lo puede utilizar durante su estancia sin ningún recargo. En otras palabras: no lo robe. Me desnudo y me lo pongo. No sé por qué lo hago. Nunca uso

albornoz. Me paseo con el grueso albornoz y un par de absurdas zapatillas para salir de la ducha a juego. Doy vueltas por la habitación. Saco una botellita de ginebra del minibar y me bebo el contenido de un trago. Sigo recorriendo la habitación durante un rato. En todas las paredes, que son de tonos pastel, hay colgadas litografías impresionistas de nenúfares estilo Monet. Sobre la mesa de centro hay una revista con una foto de la cara de Michelle Pfeiffer y sus carnosos labios en la portada. Sobre una consola hay un menú del servicio de habitaciones y unos cuantos caramelos de menta. Echo un vistazo a la lista de postres. Vuelve a sonar el teléfono. Lo descuelgo automáticamente. Son esos insoportables ayudantes de producción, con novedades sobre México. La última es que la limusina de los dos chóferes mexicanos está hipotecada y no se les permite cruzar la frontera; así que han contratado a un chófer americano (de hecho resulta ser austriaco) para que me lleve en un Lincoln Town de Los Angeles a Laredo, donde me esperarán los mexicanos con un Chevy Century y me conducirán hasta Veracruz.

—¿Un Lincoln Town? ¿Qué es un Lincoln Town? —pregunto.

—¡Una limusina muy larga! —responden al unísono, rebosantes de entusiasmo—. ¡Es preciosa! ¡Azul oscuro!

—Ya os dije que no necesitaba una limusina.

—Sí, pero también le hemos conseguido un Chevy al otro lado de la frontera. Así que tiene las dos cosas.

—Estupendo —digo—. Realmente estupendo.

Cuelgo y salgo al balcón con mi albornoz y otra botellita de ginebra. Las altas palmeras están completamente quietas y en el agua de la piscina no hay la más mínima ondulación. «Hace un tiempo idóneo para los asesinatos», reflexiono. Es el tiempo perfecto para matar a alguien. «Si alguien no tiene nada mejor que hacer, éste es el clima que puede incitarle a matar. Quizá sólo a unos cuantos perros. A recorrer los jardines traseros del vecindario liquidando perros. Tal vez sólo eso».

Abajo, en la calle que bordea el aparcamiento hay una larga fila de policías motorizados, con las motos aparcadas todas en la misma dirección, como un desfile congelado. Los agentes forman corrillos,

con las piernas muy separadas y los brazos cruzados sobre el pecho; sonríen y bromean, protegidos por sus gafas oscuras de tono ambarino. Justo delante de las puertas de la recepción del hotel hay estacionadas dos limusinas negras, con los maleteros abiertos. (¿Qué es toda esta historia sobre las limusinas y el lujo? Limusinas y lujo. Limusinas y lujo. Es un engaño para el común de los mortales. ¿Por qué no me pueden proporcionar simplemente un Chevy?). Los guardaespaldas del servicio secreto vienen y van alrededor de las limusinas, metiendo docenas de maletines de cuero en los portaequipajes. Todos los maletines tienen cerradura con combinación y están unidos entre sí en varios grupos por las asas mediante un cable plateado y un candado. Hay tal cantidad que el portero no consigue cerrar el maletero de uno de los coches. Un agente del servicio secreto se acerca rápidamente, aparta al empleado del hotel, reordena los maletines, baja de golpe la tapa y cierra el maletero con llave. Después le dirige una mirada feroz al portero mientras se guarda la llave en el bolsillo. El portero se siente ofendido. Incluso a pesar de la distancia desde la que contemplo la escena se percibe que se siente ofendido. Todo su cuerpo expresa su indignación. Llevaba uno de esos ridículos uniformes con la absurda gorra y las solapas doradas. Una reminiscencia de una determinada mentalidad de clase dominante que parece que nunca vaya a desvanecerse por completo. Frota su zapato de charol contra la parte trasera de la pernera del pantalón e intenta recuperar la compostura. Intenta comportarse como un buen sirviente. De pronto, por la puerta giratoria de la recepción aparece el menudo fanático de los dulces que ocupa la habitación situada frente a la mía. Lo reconozco por la túnica blanca con bordados y la barbita de chivo. A cada lado, sujetándolo firmemente del codo, lleva un fornido guardaespaldas. La portezuela trasera de la limusina más próxima se abre bruscamente y el menudo árabe es introducido sin dilación en el automóvil. La portezuela se cierra y casi simultáneamente el vehículo arranca. Todos los policías motorizados montan al unísono en sus Harleys y encienden los motores. La larga falange avanza por la calle, con el tráfico detenido en todas direcciones. ¡Cómo me

alegro de no estar metido en política!

Vuelvo a entrar en la habitación, y me invade la misma sensación de antes. Me quedo paralizado. La botellita de ginebra se me cae de la mano. Permanezco inmóvil, mirando fijamente la pantalla del televisor apagado. Estoy rodeado de lujo. Un lujo que de ninguna manera puede llenar este vacío. Una voz en la habitación contigua. Una voz apremiante y persuasiva que habla por teléfono. Ruido de pasos. Algún tipo de acuerdo empresarial. Películas. Tiene algo que ver con el cine. Sigo inmóvil. Desde la calle llega el ruido de coches que arrancan al ponerse verde el semáforo; todos al mismo tiempo, como si lo hubiesen ensayado. Se alejan en dirección a las montañas. Música. Alguien ha puesto la radio. Suena Marvin Gaye. Es su voz. *Sexual Healing*. Otra vez el asesinato. ¿Por qué el asesinato? Asesinado por su padre de un disparo en la cabeza. Muerto de un disparo en la cabeza. ¿Por qué el asesinato?

Vuelvo a moverme, sin saber cómo. Sin ver. Regreso al lavabo. A los útiles de limpieza personal. Me contemplo en el espejo, pero descubro que no lo hago igual que cuando tenía dieciséis años. Ya no espero lo mismo. Simplemente, estoy en estado de *shock*. Lo veo en mis ojos. Como un caballo al que han suministrado analgésicos. Insensibilizado.

Me quito el albornoz y me pongo algo con lo que espero que me dejarán entrar en los salones del hotel. Voy a bajar al bar. Ahora tengo un motivo. Milagrosamente, los restos de dulces han desaparecido del pasillo. La moqueta está inmaculada.

Cuando entro en el ascensor, me encuentro con una pareja de ancianos con pinta de ricos, que retroceden amedrentados hasta una de las esquinas al ver mi cazadora de cuero. Estoy seguro de que es la cazadora lo que ha motivado su reacción. Intento que se tranquilicen silbando unos compases de *Streets of Bakersfield* y después empiezo a cantar despreocupadamente la letra mientras contemplo el espejo del techo, como si estuviese solo. Como si estuviese completamente solo: «Bueno, no me conocéis pero no os gusto. Decís que no os importa lo que yo sienta. ¿Cuántos de vosotros, que estáis ahí sentados y me juzgáis, habéis caminado

alguna vez por las calles de Bakersfield?». Pero no funciona. Sé que no funciona porque la mujer ha empezado a acurrucarse junto a su marido, protegiendo su bolso. Tiene unos dedos largos y pálidos, con las venas marcadas. Sujeta con fuerza su pequeño bolso de satén negro adornado con diamantes falsos en los bordes. O tal vez sean verdaderos. Diamantes auténticos. «Tal vez debería matarlos a los dos», pienso. Otra vez el asesinato.

Cruzo el vestíbulo abriéndome paso entre un escuadrón de decoradores de interiores de gestos amanerados, vestidos de negro y con coleta, que están colocando flores exóticas y sacudiendo cojines. Gente muy chic se hunde en mullidos sofás forrados de cachemir y alarga el brazo hacia bandejas de plata rebosantes de anacardos y almendras; algunos de ellos se debaten como si el mobiliario estuviese intentando tragárselos. De nuevo me quedo paralizado. Justo en medio de todo esto. De todo este lujo. De toda esta gente importante. Pienso en Céline. No sé por qué, me viene Céline a la cabeza. La última pregunta que le hicieron en la última entrevista que concedió antes de morir. Estaba sentado en un banco de un parque, a la sombra de un nogal, envuelto en un abrigo raído. Se le veía viejo y ajado. Destrozado por la guerra. Apenas podía ver a través de la piel cicatrizada que se acumulaba alrededor de sus ojos. La última pregunta del entrevistador fue: «¿Qué es lo que más desea en esta vida?». Céline se volvió hacia él lentamente y respondió: «Lo único que quiero es que me dejen en paz».

4/3/90 (Hollywood).

GARY COOPER O EL PAISAJE

¿Por qué no vuelas? Yo lo encuentro tan fascinante…

No lo sé. Simplemente, no lo hago.

¿Vas en coche a todas partes?

Sí. O tomo el tren.

Adoro el tren.

Yo también.

Cuando era pequeña, allá en Suecia, tomaba trenes continuamente. Por toda Europa.

Sí. Te mecen hasta que te duermes. Como una madre.

Pero supón que tienes que presentarte en Los Ángeles de inmediato. ¿Cómo irías hasta allí?

Nunca tengo que presentarme en ninguna parte de inmediato.

Pero tu trabajo… a veces te obliga a ir a Los Ángeles.

Sí. Entonces voy en coche.

¿Cruzas todo el país conduciendo?

Exacto.

¿Qué distancia tienes que recorrer?

Es un largo camino.

Deben de ser miles de kilómetros.

En efecto.

Y supongo que los has recorrido muchas veces.

Muchas, muchas veces.

¡Siempre he querido hacerlo! Tengo que probarlo alguna vez. He oído infinidad de cosas sobre este país, pero nunca lo he visitado. Ya sabes a qué me refiero, aparte de Nueva York y Los Ángeles.

Pues deberías hacerlo.

Bueno, ¿y tú, cómo lo haces? ¿Sigues algún recorrido en particular?

La autopista 40 oeste.

¿Es la autopista principal?

Sí. Es la que sustituyó a la vieja Carretera 66. *Las uvas de la ira*. Henry Fonda. Ya sabes: «Ponte a caminar por la carretera 66».

Ya veo. Pero ¿no sería más interesante tomar carreteras secundarias?

¿Más interesante en qué sentido?

Me refiero a que la autopista principal debe de resultar muy monótona, ¿no?

Todas están hechas de asfalto.

No, me refiero a lo que hay alrededor. A los pequeños núcleos de población.

No hay núcleos de población.

Pero tiene que haber pueblos. Y carreteras secundarias.

Todas las autopistas son iguales.

¿No hay algunas que resulten más pintorescas? ¿Más auténticas?

Todas son auténticas.

Ya veo. Bueno, ¿y dónde pernoctas cuando viajas así?

Duermo en mi camión.

Oh, ¿tienes un camión?

Sí, así es.

Adoro los camiones.

Ya. Los camiones y los trenes.

Sí, los adoro.

Pues deberías comprarte un camión.

¡Oh, no!

¿Por qué no? Hazte con un camión y échate a la carretera.

No, no. Me aburriría muchísimo, conduciendo sola. ¿Tú no te acabas aburriendo?

No.

¿Viajas solo y no te aburres nunca?

Nunca.

No sé si yo lo soportaría. Un viaje atravesando todo el país. ¡Es tan grande! ¿Cuántos días te lleva?

Normalmente, cinco. Pero depende. A veces hago altos en el camino.

Debes de tener montones de amiguitas en diferentes ciudades.

Ahora ya no.

¿Y no te sientes solo?

A veces.

Creo que yo me sentiría muy sola.

Sí. Probablemente es mejor que no lo intentes.

Oh, pero debo hacerlo. Tengo la sensación de estar perdiéndome una gran experiencia. Desde niña soñaba con el Oeste.

¿En Suecia?

¡Sí! ¡Oh, sí! Solía tener ensoñaciones con el Oeste.

Ensoñaciones.

Imaginaba el paisaje.

¿Y dónde oías hablar del Oeste en Suecia?

En las películas. En las películas americanas. Y después

soñábamos con ese paisaje extraordinario. Nos obsesionaba.

¿Así que te entusiasmaba más el paisaje que los personajes?

Sí. Ese vasto telón de fondo.

¿O sea que en Suecia, cuando veis películas del Oeste americanas, en lo que os fijáis es en el paisaje? ¿Es así?

Supongo que sí. Resulta muy evocador para nosotros. Hay tanto espacio… Suecia es muy claustrofóbica.

Así que es igual qué actor aparece en el wéstern. Tanto da que sea John Wayne como Jerry Lewis, porque lo que a vosotros os fascina realmente es el paisaje.

Bueno, también nos gustan los actores, claro.

¿Cuál es tu favorito?

¿El mío?

Sí. ¿Tienes un actor favorito?

Creo que me quedo con Gary Cooper.

¡El gran Cooper!

¡Oh, sí! Creo que personificaba algo.

¿Qué?

¿Perdón?

¿Qué personificaba?

¡Oh, no lo sé! Esa maravillosa mezcla de timidez y… ¿cómo decirlo?, vulnerabilidad, supongo, y al mismo tiempo fortaleza. Es

muy del Oeste. A las mujeres nos encanta.

¿Sí?

¡Oh, sí! Yo lo encuentro muy atractivo.

¿Por qué?

No lo sé. Estás haciendo que me ruborice.

¿Yo?

Sí. Sabes que sí.

¿Te sientes incómoda?

No. No exactamente.

Pero, hablando en serio, ¿qué es más importante para ti, Gary Cooper o el paisaje?

Oh, detestaría tener que elegir entre uno y otro.

Pongamos que tienes que hacerlo. Pongamos que es un asunto de vida o muerte.

Creo que me quedaría con el paisaje.

Vaya, vaya.

Pero los adoro a ambos.

19/1/94 (Nueva York).

SPENCER TRACY NO HA MUERTO

Esta mañana parto en coche hacia México para rodar una película dirigida por un alemán, escrita por un suizo, fotografiada por un griego y con un equipo formado por franceses e italianos. Debería resultar interesante. Una limusina Lincoln de color azul metalizado se detiene frente al hotel y de ella baja un chófer impecablemente uniformado; un individuo alto y rubio, con aspecto de vikingo, embutido en un brillante esmoquin, con su correspondiente fajín y chorrera. Se llama Gunther Henker, es austríaco y es un auténtico plomazo. Conduce como si creyera que todavía está en la *Autobahn*[20]: pega al parachoques trasero del coche que tiene delante y empieza a lanzarle destellos con los faros para que salga del carril y le deje paso. Intento hacerle comprender que si conduce de esta forma en los Estados Unidos lo único que va a conseguir es sacar de quicio a la gente. Se defiende:

—¡Pero tienen que apartarse! ¿Es que no saben eso? ¡Nosotros circulamos por el carril rápido, no por el lento!

Y continúa con su deplorable estrategia de pegarse al coche que tiene delante pidiendo paso. Palurdos sureños en Camaros nos mandan a tomar por el saco levantando el dedo corazón, nos dejan pasar y después, como venganza, se pegan a nosotros y nos lanzan destellos. Algunos nos muestran por la ventanilla pistolas o cuchillos de caza. Le sugiero a Gunther que tal vez debería quitarse el esmoquin cuando entremos en Arizona. Ayudaría a suavizar el conflicto de clases en que nos vemos involucrados por su culpa. Suelta una franca risotada germana y dice:

—¡En los Estados Unidos no hay clases! ¿No es éste el

fundamento de la sociedad americana? ¡Todo el mundo es igual! ¡Me encanta!

Palmotea el tablero de mandos y pisa el acelerador.

—Sí, pero si atraviesas el Painted Desert en una limusina azul, y vestido con esmoquin, automáticamente estás demostrando algo.

—Ninguna demostración. Simplemente, es más profesional llevar un esmoquin. La gente ve el esmoquin y se da cuenta de que soy un profesional. ¡Y entonces me respetan!

—Mira, te diré una cosa, si cuando lleguemos al oeste de Texas sigues llevando el fajín, es posible que te embreen y te emplumen.

No se ríe. Carece de sentido del humor. No hay nada que hacer: es un auténtico germano cabeza cuadrada. Sigue pisando a fondo el acelerador por el carril rápido, apartando de su camino a furgonetas y conductores lentos. Por suerte, las ventanillas del asiento trasero son muy oscuras y no tengo que sufrir la humillación de que me vean en compañía de semejante gilipollas. Me hundo en el asiento y me dedico a contemplar la sucesión de postes del teléfono que vamos dejando atrás.

En cuanto cruzamos la frontera estatal de Arizona, un coche patrulla se lanza en nuestra persecución con todas las lucecitas de decoración navideña parpadeando y la sirena a todo trapo. Gunther echa un incrédulo vistazo por el retrovisor y se para en el arcén, refunfuñando en alemán.

—Dile que eres un profesional —no puedo evitar sugerirle maliciosamente—. En seguida se percatará de ello por tu vestimenta.

—¿Tienes idea de la velocidad a la que ibas, muchacho? —pregunta el agente, que asoma la cabeza por la ventanilla para tratar de ver quién viaja en el asiento trasero. (Yo me oculto detrás de un ejemplar de la *Revista de Purasangres*).

—No, agente. Realmente, no lo sé. Tengo que cumplir un horario muy estricto. Trabajo para una empresa —responde Gunther.

—Bueno, pues vas a acumular un buen retraso si conduces a esa velocidad por Arizona, hijo, porque todos los agentes del estado te

van a dar el alto. Este trasto resalta más que un pedazo de mierda en un pañal.

—Sí, señor, me doy cuenta de ello —dice Gunther—. ¿Tal vez pudiera usted hacer la vista gorda? —añade, y le lanza el guiño más torpe que he visto en mi vida; como si tratase de imitar a Peter Lorre.

—¿Qué se supone que significa esto? —pregunta el policía—. ¿He de suponer que me estás ofreciendo un soborno, o algo por el estilo?

—No, señor. Solamente sugería…

—En cualquier caso, ¿quién es el propietario del vehículo? —indaga el agente.

—La empresa, señor. Yo sólo soy el conductor. Soy un conductor profesional.

—Enséñame los papeles —le pide el agente, y Gunther saca de la guantera una gruesa carpeta repleta de formularios de diversos colores.

—Lo único que necesito son los documentos del coche, no todo el jodido manual de instrucciones —dice el agente mientras le quita de las manos a Gunther el certificado de propiedad del vehículo. Después nos quedamos esperando en el arcén mientras el agente vuelve a su coche y habla por radio con la comisaría.

—No me extraña que aquí, en América, haya tanto crimen. Todo el mundo se siente frustrado por estas leyes. En Alemania conducimos rápido. Se ha llegado a un pacto con la policía. Los fabricantes de coches consiguen que por la *Autobahn* puedan circular los coches más potentes. Mercedes, BMW, Porsche…, llegan a pactos con la policía. Aquí ustedes viven sometidos a un estado fascista.

—De acuerdo. Precisamente por eso quería un Chevy.

Por alguna razón desconocida, el agente nos deja continuar nuestro camino, y nos ponemos en marcha hacia El Paso. Gunther se transforma en un chófer mudo y malhumorado, y mantiene el velocímetro clavado en los cien. Pero, poco a poco, va subiendo por encima de los ciento veinte, ciento treinta, y antes de que uno se

percate de ello, ya está otra vez en los ciento cincuenta. Los cactus pasan fugaces junto a la ventanilla. Las tierras yermas se suceden monótonamente antes de llegar a Las Cruces y las zonas de pastos. Devoramos kilómetros como si fuésemos un tren de mercancías. Gunther no abre la boca, lo cual me parece perfecto. Sigue con cara de malas pulgas, inmóvil. Su nuca está rígida como el tronco de un roble. Es una nuca de miembro de la Gestapo. No enciende la radio. No fuma. Mantiene ambas manos sobre el volante, con cierto aire de robot. Sus ojos son dos bolas de acero. Echo un vistazo al velocímetro y descubro que se las ha apañado para llegar a los ciento setenta y cinco. Tal vez ha decidido que nos matemos los dos, por puro despecho.

Cuando llegamos al control fronterizo de El Paso, nos encontramos con un dispositivo policial montado. Debían saber de antemano que íbamos a pasar por aquí. Seguramente, alguien les dio el aviso por radio. Hay una larga fila de agentes de la brigada de narcóticos, equipados con uniformes verdes, botas de combate, chalecos antibalas y gorras azules; y armados con metralletas y pistolas automáticas. A sus pies, varios pastores alemanes, que tiran de las correas que los sujetan, ladran y gruñen a la limusina mientras nos detenemos.

—Bueno, muchachos, ¿os importaría salir del vehículo, por favor? —nos ordena el agente al mando de la brigada de narcóticos —. Esto te incluye a ti, colega…, el del asiento trasero.

Me percato de que están abriendo las pistoleras para dejar a la vista los gatillos de sus armas. Dos agentes rodean el coche con sus jadeantes perros. Deben de esperar descubrir el alijo del siglo, o algo por el estilo.

—No estamos en México, ¿verdad? —le pregunto a uno de ellos, en un inútil intento de romper el hielo, dado lo malo del chiste.

Me dedica su mejor sonrisa despectiva tejana y apoya el pulgar sobre el percutor de su nueve milímetros.

—¿Acaso estoy hablando en español, tío? —me dice.

A Gunther lo están cacheando. Le quitan bruscamente el fajín y lo dejan caer sobre el polvo del desierto. Me piden que me quite las

botas y obedezco.

—¡Vaya par de botas más elegantes! —comenta uno de ellos.

—Gracias, señor.

—La vaca que proporcionó el cuero para hacerlas debía de tener paperas, ¿no? ¿Qué clase de piel es ésta?

—Es panza de avestruz, señor.

—Panza de avestruz. Vaya, vaya. Un avestruz no es una vaca, ¿verdad?

—No, señor.

—Un avestruz es un jodido pajarraco.

—Exacto. Así es.

—O sea, que llevas botas de pájaro.

—Sí, señor.

—Unas botas así deben costar un huevo, ¿no?

—Sí, señor.

—¿Y dónde has comprado estas botas de pájaro?

—En Fort Worth, señor.

—¿Fort Worth, Texas?

—Sí, señor.

—Entonces tienen que ser excelentes. Tú sólo compras lo mejor, ¿no es así?

—Absolutamente cierto, señor.

—Jodidas limusinas y botas de avestruz. A alguien tiene que tocarle vivir a todo plan.

—A alguien tiene que tocarle, en efecto.

El agente al mando se me acerca sin prisa, ajustándose la cartuchera y haciendo girar ligeramente el cuello. Me mira de hito en hito a la frente, como si yo tuviese los ojos unos cinco centímetros más arriba de lo normal.

—Bien, quiero que sepas una cosa. ¿Ves esos perros? Esos perros están entrenados para localizar drogas con el olfato. Ese es su trabajo. Se les ha entrenado única y exclusivamente para cumplir esa función, ¿lo comprendes? Bien, pues cuando olfatean algún rastro de droga, se ponen en lo que llamamos «alerta». ¿Ves cómo se comporta ése ahora…, meneándose y gimoteando? ¿Ves lo excitado

que está? Eso es estar en «alerta». Ahora bien, como esto es una limusina de alquiler, podría, cómo no, darse el caso de que alguna otra persona que la haya alquilado anteriormente haya fumado un poco de marihuana o se haya preparado una raya de coca en el asiento trasero. Podría perfectamente tratarse de eso; os concedo el beneficio de la duda, ¿de acuerdo? Pero cuando uno de los perros se pone en «alerta» como ése de ahí, no nos queda otro remedio que desmontar el coche y registrarlo minuciosamente. Bueno, muchachos, ¿tenéis alguna objeción?

—No, señor —respondo.

—Muy bien. En ese caso, cálzate las botas y espera en el arcén mientras hacemos nuestro trabajo.

Gunther y yo nos situamos donde se nos ha dicho sin abrir la boca y contemplamos cómo desmontan todas las portezuelas y las depositan sobre el ardiente asfalto. Salto a la pata coja, tratando de calzarme las botas, mientras los perros brincan alrededor del asiento delantero, hundiendo sus negros hocicos en la elegante tapicería y gimoteando como si estuviesen sobre la pista de una perra en celo. Uno de ellos se pone a ladrar con toda su alma y empieza a desgarrar el tapizado. Los agentes arrancan todas las alfombrillas y las dejan sobre la carretera. Deshinchan los neumáticos y quitan los tapacubos. Hurgan con el cañón de sus metralletas en el maletero y le echan un vistazo a la rueda de recambio. Alinean todo el equipaje sobre la arena y revuelven nuestra ropa. Cuando veo cómo es tratada mi ropa interior, pienso que la escena recuerda un poco a una violación en grupo. Gunther sacude el polvo de su fajín y se lo coloca de nuevo, refunfuña en voz baja y consulta su reloj.

—Ahora sí que ya no hay manera de cumplir el horario —dice —. ¡Así que esto es la famosa América! ¡Un estado policial! En Alemania jamás sucedería una cosa así. Jamás se permitiría que sucediese.

—Exacto —le respondo—. Vosotros sabéis cuándo hay que decir basta.

Aproximadamente una hora y media después, una vez que han montado otra vez el coche e hinchado los neumáticos,

reemprendemos por fin nuestro camino. Le digo a Gunther que quiero conducir durante lo que queda de viaje hasta Laredo. Insisto en ello. Responde que eso sería una total falta de profesionalidad, pero finalmente accede y se queda dormido de inmediato en el asiento trasero, repanchigado como un duque arruinado. Hay pelos caninos por toda la tapicería y la limusina huele como una perrera. Oscila y da tumbos debido a la enorme distancia que hay entre los ejes de las ruedas delanteras y traseras, y una vez más me cuestiono la capacidad de previsión de un equipo de producción que puede considerar que este descomunal monstruo era más adecuado que un modesto Chevy. Meto en el casete una cinta de Ponty Bone and the Squeezetones y subo el cristal oscuro que separa al conductor del pasajero. Los papeles se han invertido. Ahora estoy yo al volante. Me siento mucho más cómodo así. Gunther duerme a pierna suelta en el asiento trasero, soñando con la *Autobahn*. Acompañado por la música de los Squeezetones, mantengo una velocidad de ciento veinte. Tal vez nací para chófer. Tal vez se trate de eso. Me encanta la carretera.

Me detengo en el Holiday Inn de Laredo un poco después de la medianoche. Gunther sigue dormido como un ceporro, así que lo dejo en el aparcamiento y entro *en* la recepción para pedir habitación. Del bar llega la música a todo volumen de una banda mexicana de música de la frontera, con sus marimbas y demás. Hermosas mujeres de ojos negros, vestidas con faldas multicolores y blusas blancas con volantes, van y vienen entre los lavabos y el bar. Su excitación sexual, mostrada sin tapujos, y la reluciente y blanca dentadura que enseñan al sonreír consiguen que me olvide un poco de la fatiga del viaje. Parejas mexicanas entran bailando en la recepción, chillando como hienas y con un botellín de cerveza Carta Blanca en la mano. Ninguno de ellos ha tenido que recorrer más de mil kilómetros con un maníaco germano para llegar hasta aquí. Se lo están pasando tan en grande, que cuesta creer que este establecimiento sea realmente un Holiday Inn.

La estirada señora del mostrador de la recepción tiene un mensaje para mí de Xavier, el conductor mexicano que me tiene que llevar desde aquí hasta Veracruz. Me dice que me reúna con él en el bar, que me reconocerá. Tiene mi descripción y, además, aparentemente soy el único gringo que hay por aquí. Varios agentes de la policía local, con enormes Magnum colgadas de la cintura, permanecen de pie junto a la entrada del bar con rostros pétreos. Sus ojos chicanos escrutan el vestíbulo rastreando cualquier posible fuente de problemas. Los problemas son el pan de cada día en la frontera. Los problemas pueden aparecer en cualquier momento. Mientras entro, los agentes me observan con atención, tratando de relacionar mi cara con alguno de los retratos facilitados por el FBI que tienen grabados en la cabeza. Se ajustan los cinturones de los que cuelgan sus armas y se colocan en una postura más intimidatoria. Entro en el bar, sintiéndome vagamente culpable de algo. Están tocando una polca. El músico que toca la concertina sube insistentemente el volumen de su amplificador, para conseguir hacerse oír entre los restantes instrumentos. Todo el mundo va bebido. Las parejas bailan como unidas con cola en perfecta sincronización, deslizándose y serpenteando entre la multitud, apenas rozándose, en aquel océano de faldas, fulares y peinados que se agitan sin cesar. Mientras me acerco al bar, Xavier viene a mi encuentro y se presenta. Es un hombre de mediana edad, grueso y de mirada fatigada y tristona. Una mirada que parece cargada de pesar. Me asegura que ya lo ha arreglado todo en la frontera y que mañana no tendremos ningún problema al cruzarla. Me dice que todos los papeles están en regla. Se disculpa, casi pidiendo perdón, por estar tan cansado después de su viaje desde Ciudad de México. Necesita desesperadamente dormir. Mañana entraremos en México y recogeremos a su socio, con el que se turnará al volante en el trayecto hasta Veracruz. Lo sigo con la mirada cuando se marcha abriéndose camino por la concurrida pista de baile. Un hombre agotado en medio del frenesí de una multitud ebria. Pido un botellín de Carta Blanca y descubro a Gunther en la otra punta de la sala, de pie junto a la puerta, frotándose los ojos y bostezando con la boca

abierta de par en par. Lleva la chaqueta del esmoquin colgada del hombro y el fajín arrugado y ladeado. No parece tener ni la menor idea de que allí está completamente fuera de lugar. Los mexicanos lo miran como si fuera un gringo recién salido del infierno. Alzo mi botellín por encima de los arremolinados bailarines, pero no me ve. Se vuelve y desaparece. Esa fue la última vez que lo vi.

A la mañana siguiente cruzamos el puente sobre el Río Bravo con el pequeño Chevy Century de Xavier y entramos en México. Me comenta que es el coche más caro de los que se pueden comprar en México. El asiento trasero es tan estrecho que mis rodillas me están tatuando la barbilla, pero al menos es un Chevy. ¡Por fin un Chevy! Aparcamos el coche junto al edificio de la aduana mexicana y entramos. Es como un enorme almacén, con viejos pupitres escolares distribuidos sin ningún orden. Agentes uniformados se mueven lánguidamente debido al calor, clasificando formularios de inmigración. Del techo cuelgan ventiladores de enormes aspas, que se mueven con tal lentitud que no tienen ningún efecto sobre la temperatura del lugar. Xavier me dice que le espere junto a un mostrador de formica, mientras él habla con dos agentes de la policía de fronteras. De nuevo soy el único gringo a la vista. Uno de los agentes se aparta de Xavier y se acerca a mí. Me pregunta en inglés:

—¿Qué le trae a México?

—Soy actor. Vengo a actuar en una película.

Es la peor respuesta que le he podido dar. Va a haber problemas. Lo veo en sus ojos. El agente menea la cabeza y aspira con fuerza por la nariz mirando al suelo, con el punto justo de desdén para ponerme en mi sitio. Da media vuelta, regresa junto a Xavier y le comenta acaloradamente en español que si quiero actuar en su país necesito un permiso de trabajo. ¿Quién me creo que soy, presentándome allí alegremente pensando que voy a poder trabajar en México sin tener un permiso en regla? Xavier le responde rápidamente, sacándose de la manga la historia de que en realidad

sólo vengo a buscar algunas localizaciones y pasar unas pequeñas vacaciones, pero no cuela. He hablado más de la cuenta. Xavier insiste en mi defensa, y los agentes nos conducen a unas dependencias mal ventiladas en la parte trasera, con archivadores metálicos en todas las paredes. Sentada tras la mesa de la oficina hay una mujer muy huesuda, con gafas y corbata, y un sombrío rostro azteca. Xavier y yo esperamos de pie ante ella, mientras los agentes la ponen al corriente de nuestra situación. De nuevo, siento que un aura de culpabilidad se cierne sobre mí. Ser gringo en México significa automáticamente ser culpable. Me sorprendo a mí mismo maldiciendo la era de Porfirio Díaz. Secretamente, deseo que sepan que soy un zapatista de corazón. Resulta demasiado patético. Mientras la huesuda dama azteca escucha estoicamente a sus sicarios, su severa mirada asciende poco a poca hasta toparse con la mía y estudia mi rostro. En sus ojos no hay odio, sino pura objetividad, como si estuviese leyendo una página de un libro. Me están escrutando un par de ojos que han contemplado muchas otras caras con el mismo detenimiento con el que contemplan la mía. Mi sentimiento de culpabilidad va en aumento. No puedo remediarlo. Es un efecto bola de nieve. ¡Soy un actor, no un criminal! Aunque tal vez sea lo mismo. Tal vez haya cierta criminalidad inherente a la simulación. Al hecho de convertir la simulación en forma de vida. Sobre la mesa de la dama azteca hay una Biblia encuadernada en piel, colocada en un atril de madera tallada. Está abierta por el Libro de Job y cubierta con una bolsa de plástico transparente para evitar que se llene de polvo. Hay polvo por todas partes. Capas y capas de polvo mexicano. La mujer vuelve a mirar a los dos agentes cuando éstos acaban de comunicarle su denuncia. Después me lanza una nueva mirada acerada, como para asegurarse de que he comprendido cómo se siente uno en suelo extranjero, qué se siente al ser víctima de los caprichos de la burocracia. Se vuelve hacia Xavier y le explica en español que debemos volver a los Estados Unidos e ir al consulado mexicano. Debemos conseguir un permiso de trabajo temporal del consulado para que se nos permita entrar en México. Y eso es todo cuanto tiene que decirnos. Da por acabada la reunión

con una rápida mirada al montón de trabajo que tiene apilado sobre su mesa.

—Pensaba que mis papeles estaban en regla —le comento a Xavier mientras salimos del edificio y regresamos al coche.

Él se ríe y responde:

—¡Sí, pero esto es México!

Regresamos a los Estados Unidos por el puente que cruza el Río Bravo, pero el tráfico en esta dirección es diez veces más denso que en la contraria, debido a los mexicanos que cruzan la frontera en busca de mejores salarios o de productos americanos. Permanecemos bloqueados en el puente unos tres cuartos de hora, justo en la línea que señaliza la frontera entre ambos países. Nuestras ruedas traseras están en México; las delanteras, en los Estados Unidos.

—No tenía ni idea de que no debía decirles que soy actor. Nadie de la productora me había advertido sobre esto.

—Simplemente, todo es mucho más fácil si dices que estás de vacaciones —me comenta Xavier.

—¡Ojalá lo hubiera hecho!

Mientras permanecemos bloqueados en el puente, junto a nuestras ventanillas pasa un flujo continuo de gente que viene caminando desde México. Huesudos ancianos de piel curtida montados en ruinosos triciclos con improvisados y toscos cajones en la parte delantera. Recogen cajas de cartón para empaquetar televisores en los Estados Unidos y las revenden en México. Recolectan latas de Coca-Cola, alambre, bujías usadas; todo lo que tiramos. Familias enteras con los niños pequeños cargados a la espalda, sin zapatos, sin posesiones de ningún tipo. En sus ojos se vislumbra un estoico fatalismo, fruto de generaciones sometidas a la más abyecta pobreza, que no permite siquiera el lujo de la queja. Recuerdo la imagen de Zapata repantigado en el sillón de Porfirio Díaz, con sus negros ojos indios ardiendo ante el objetivo de la vieja cámara fotográfica, mientras Villa, hombro con hombro con él, lo mira impúdicamente. Su triunfo fue efímero.

Finalmente damos con el consulado mexicano, que parece un banco abandonado; los suelos son de baldosas y las paredes están

cubiertas por enormes murales de caballos a la carga con los orificios nasales muy abiertos. Nos topamos con otra funcionaría de rostro severo detrás de una mesa metálica. Escucha a Xavier con el rostro impertérrito, mientras éste le explica nuestra situación. Después se vuelve hacia mí y me mira fijamente.

—¿Así que quiere usted hacerse rico en México? —me dice.

—No, señora. Sólo voy a pasar unos días de vacaciones.

La funcionaría se ríe y se vuelve hacia Xavier, que le muestra una sonrisa bobalicona. Después me mira de nuevo, ya sin rastro de risa en su rostro.

—Ustedes siempre vienen a México para ganar millones de dólares y después se largan y nos dejan a nosotros sin nada. Siempre ha sido así. ¿Le parece que eso es justo? —me pregunta.

—¿A quiénes se refiere? —le digo. ¿Acaso me ha confundido con Guggenheim o Rockefeller?

—¿Es usted actor? ¿De verdad? —pregunta.

—Bueno…, he hecho alguna que otra cosilla en ese terreno.

Miro furtivamente a Xavier para que me dé alguna pista sobre cómo debo manejar la situación. Él se limita a parpadear y fija la mirada en el suelo.

—¿En qué películas ha actuado? —pregunta la mujer.

—Oh, en ninguna importante. En ninguna famosa.

—¿Qué títulos? Cíteme alguna de las películas en las que ha intervenido.

—Probablemente no habrá oído hablar de ellas —le respondo.

—Tal vez en Laredo seamos un poco más sofisticados de lo que usted cree —dice, con un rostro cada vez más pétreo.

—Bueno…, actué en un par de wésterns: *El último comanchero* y *Fandango Moon*; cosas así.

—*¡Fandango Moon!* —Se le ilumina la cara—. ¡Actuaba en *Fandango Moon*! —Su actitud cambia por completo. Súbitamente se transforma en una adolescente de risilla tonta—. ¡No me lo puedo creer! ¡Es una de mis películas favoritas! ¡La tengo en vídeo!

—¡Qué casualidad!

—No, no puede ser verdad. ¿Qué papel interpretaba usted? La

he visto un montón de veces. ¿Cuál era su personaje?

—Hum…, interpretaba al veterinario. Acepté trabajar en esa película por poco dinero.

—¿Usted era el veterinario? ¿En serio? ¡No me lo puedo creer! ¡Sí! ¡Usted era el veterinario! ¡Ahora lo reconozco! —Y empieza a llamar a gritos a otra mujer sentada tras una mesa metálica en la otra punta de la cavernosa sala—: ¡María! ¡*Mira,* María! ¡Salía en *Fandango Moon*! ¡Hacía de veterinario! ¡Mira! ¡Es él! —Me coge la mano y me mira fijamente a los ojos, como una niña—. ¿Cómo se llama? —me pregunta con una especie de suave ronroneo. Xavier se ha apartado de la mesa, perplejo. En sus manos, unidas a la altura del cinturón, sostiene los formularios que nos han dado en el puesto fronterizo. Parece desconcertado, incómodo, por la actitud de la mujer—. ¿Cómo se llama? —insiste ella.

—Me llamo Spencer Tracy —le respondo.

—¿Spencer Tracy? ¡Es Spencer Tracy, María! —grita hacia la otra punta de la sala, y después se queda mirándome fijamente, como si estuviese estudiando uno de sus formularios de inmigración —. ¿Spencer Tracy, el actor? ¡No puede ser!

—Sí, señora. El auténtico.

—No, pero usted es famoso. Lo sé. Lo he visto en el cine. ¿Cuál es su verdadero nombre? Spencer Tracy está muerto.

—No. Está vivito y coleando.

Para entonces, todas las secretarias y funcionarias, con María a la cabeza, ya están a mi alrededor como un grupo de gente que ha oído el estruendo de un accidente automovilístico y se acerca a ver qué ha sucedido.

—¡María! Spencer Tracy está muerto, ¿verdad? ¿No está muerto? —María está absolutamente desconcertada, pero lleva en las manos un pedazo de papel y un bolígrafo por si resulta que soy alguien famoso. La funcionaria que tramita mis papeles me agarra del brazo y me atrae hacia sí—. ¿Puede darme su autógrafo? Debo tener su autógrafo. Lo enmarcaré.

Hace cosas raras con los ojos, como si tratara de insinuarme que no le importaría irse a la cama conmigo. Es la misma mujer que

hace sólo unos instantes estaba dispuesta a crucificarme como un demonio americano. Las películas provocan un extraño efecto hipnótico de alcance internacional, como si la vida real fuese repentinamente anulada por un mundo de fantasía.

—Hagamos un trato —le ofrezco—. Le propongo un intercambio. Yo le doy mi autógrafo y usted me da el pequeño formulario rosa del permiso de trabajo temporal. ¿Qué me dice? ¿Le parece justo?

—*Bueno* —acepta ella, y me tiende un bloc y un bolígrafo atado a una cadenita.

—No. Primero me da usted el permiso y después yo le firmo el autógrafo.

Ella me dedica una sonrisa maliciosa y dice:

—¿Así que no se fía de mí? De acuerdo. Trato hecho. —Y empieza a buscar papeles y a colocarlos en su máquina de escribir—. *¡Fandango Moon!* ¡Él interpretaba al veterinario! —les repite a las secretarias—. ¿No lo reconocéis?

Ellas niegan con la cabeza, pero algunas me tienden tímidamente pedazos de papel y bolígrafos.

—¿Por qué queréis mi autógrafo si no me reconocéis? —les pregunto.

—Porque es usted famoso. Usted es Spencer Tracy.

Xavier se ha apartado del tumulto y simula estar ordenando los formularios que lleva en la mano; echa algún que otro vistazo furtivo para comprobar si el trato se cumple. Finalmente consigo el dichoso papel rosa y le firmo el autógrafo a la funcionaria, que se queda mirándolo desconcertada.

—¿Puede escribir su nombre debajo? —me ruega—. No entiendo lo que pone.

—¿Qué quiere decir con eso de escribir mi nombre debajo? Se supone que es una firma. En eso consiste un autógrafo. En una firma.

—Ya lo sé, pero no entiendo lo que pone. ¿De qué me sirve, si no entiendo lo que pone? Nadie va a saber de quién es la firma.

—Es posible que aun con el nombre debajo tampoco lo sepan —

le digo, agitando el papel rosa, mientras Xavier y yo decimos *adiós*.

Cruzamos de nuevo la frontera y volvemos a entrar en el edificio de la aduana. Nuestro amigo el risueño agente hace chasquear los labios y nos dirige una sudorosa sonrisa de oreja a oreja cuando ve que llevo el permiso en la mano. Se frota las manos y se sube el cinturón como si estuviese a punto de sentarse a comer. Estampa el sello oficial en el pequeño formulario rosa y me concede treinta días de estancia. No tiene ni idea de lo que he tenido que hacer para conseguir el papelito de marras.

Llegamos a Nuevo Laredo y recogemos a Phillipe, el segundo conductor, en un sórdido motel de ladrillo color ceniza. Phillipe tiene un rostro indio de tez oscura y una mirada triste y amable. Salimos de la ciudad por calles estrechas y accidentadas. La atmósfera mexicana devora los últimos retazos del consumismo americano: una gasolinera Shell con sus carteles luminosos verdes y rojos que envuelven los surtidores; un anuncio de Coca-Cola orlado con tiras de papel de aluminio mecidas por el viento. Vemos a ancianos indios con amplios *sombreros* y ropa blanca sentados y apoyados en sus bastones de *sotol*, cerca de un grupo de niños que tocan la flauta. Mujeres con seductores vestidos de satén rojo y zapatos negros de tacón alto, apoyadas contra unas descascarilladas arcadas, con aspecto de no tener otro lugar adonde ir sin que ello les importe lo más mínimo. Ancianas encorvadas, con la cabeza cubierta con un pañuelo azul con orla, que caminan descalzas arrastrando los pies por las polvorientas calles. Destartalados autobuses con cadenitas de oro y crucifijos colgados de las viseras del parabrisas, que se agitan con cada sacudida. Vendedores que vocean cactus dulce y bebidas heladas. Perros en los huesos que lametean el agua de los desagües. Chavales con las camisas arremangadas, mostrando sus brazos tatuados con una imagen de la Virgen y el nombre de alguna chica. Pollos en jaulas de madera. Pañuelos con el mapa de México bordado en rojo, colgando de cuerdas de cáñamo. Sangrantes cabezas de cerdo colgadas de ganchos de acero. Las

marquesinas de un cine en el que sólo se anuncian películas sobre la muerte. Muerte y Amor. Amor y Muerte. De pronto, todo es humano y ha desaparecido cualquier rastro de la cultura norteamericana.

Xavier conduce como un poseso. Hace que Gunther parezca una tranquila ancianita de Pasadena. En las carreteras mexicanas no rige ninguna norma concreta. Incluso los semáforos parecen dados a la improvisación. Las carreteras son como zonas catastróficas; aparecen enormes boquetes sin señalización alguna; la divisoria entre los carriles no está pintada; no hay reflectores señalizando la cuneta, que en ocasiones es muy profunda. Un auténtico infierno. *Burros*, caballos, vacas, ovejas y cabras atraviesan la carretera y en ocasiones se plantan tranquilamente en medio de la calzada. Gente a pie o en bicicleta avanza bamboleándose con una pesada carga de madera o cerámica. A menudo, el resquebrajado asfalto desaparece abruptamente y da paso a la gravilla o la tierra. Al llegar a las montañas, la autovía se estrecha hasta quedar un único carril en cada dirección y se convierte en una montaña rusa con caídas en picado y alturas mareantes, que finalmente se sumerge en el bosque tropical. La técnica de Xavier consiste en tomar las curvas cerradas sin disminuir la velocidad, lanzando insistentes destellos con los faros y tocando la bocina. No siente el menor miedo al obrar así. Es capaz de adelantar de una vez a tres o cuatro vehículos yendo directo hacia una curva sin ninguna visibilidad. Si de pronto aparece un coche que se aproxima en sentido contrario, él sigue adelante sin amilanarse y vuelve a su carril cortándole el paso al vehículo que acaba de adelantar. El uso de semejantes métodos no parece indignar a nadie. Xavier dice que, simplemente, los otros conductores se sienten intimidados al comprobar que se trata de un coche nuevo, del modelo más caro que hay en el mercado mexicano.

—¡Creen que soy un diplomático o un miembro del gobierno! —comenta, y se ríe. Al menos, no lleva esmoquin.

En las afueras de Monterrey dejamos la carretera y tomamos una pista de grava en la que seis agentes de policía están empujando un Volkswagen estropeado. Por qué son necesarios seis hombres para

hacerlo escapa a mi comprensión. Tal vez sea debido a su fuerte sentido comunitario. Phillipe se turna con Xavier al volante y les pregunta a los policías qué ruta alternativa podemos tomar para no tener que pasar por el congestionado centro de la ciudad. Cada uno de los jadeantes y sudorosos agentes parece tener una idea diferente sobre cuál es el itinerario más adecuado. Phillipe los escucha pacientemente y al final decide por su cuenta consultando el mapa. Al regresar a la carretera principal, nos bloquea el paso un desvencijado carro tirado por mulas, en cuya parte trasera se lee, pintado en rojo y naranja, el lema «Soy mexicano». A ambos lados de la carretera de Monterrey hay vendedores que ofrecen cabritos, alzándolos sobre sus cabezas y haciéndolos girar de forma que sus largas orejas ondean contra el cielo. Hay otros vendedores a lo largo de la ruta que ofrecen ristras de ajos, cerámica sin adorno alguno amontonada sobre sus cabezas, maletas y cinturones artesanales, llantas, baterías, dulces. Es un mercado al aire libre. Xavier se fija en una familia indígena; la madre y los niños caminan rápido, intentando mantenerse al paso del padre. Entonces empieza a hablarme de sus hijos y de lo mucho que los echa de menos. Hace un mes que no los ve, porque ha tenido que aceptar trabajo extra después del asalto que sufrió hace poco. Una tarde estaba sentado en su pequeña oficina en el corazón de Ciudad de México cuando de pronto irrumpieron dos pistoleros encapuchados y lo tiraron al suelo. Le pusieron el cañón de sus metralletas en la sien y le ordenaron que se quitase la ropa. Una vez desnudo, lo ataron y amordazaron, y le robaron todo lo que tenía en la oficina: ordenadores, máquinas de escribir, teléfonos… Incluso la mesa y las sillas. Me asegura que le había llevado diez años comprar todo ese material. Después le pusieron el cañón de sus armas contra las orejas y le dijeron que si los denunciaba a la policía o trataba de perseguirlos le volarían los sesos. Se largaron con todo el botín metido en su otro automóvil (el Chevy estaba en reparación) y desaparecieron. Xavier se pasó toda la noche atado y amordazado en el suelo, completamente desnudo en una oficina sin un solo mueble. Hasta la mañana siguiente, cuando lo encontró Phillipe.

—Ciudad de México está repleta de ladrones —me dice—. Son capaces de matarle a uno por un par de zapatos.

El estado de la carretera empeora cuando empezamos a ascender por las montañas que hay después de Tampico, mientras va cayendo la noche. Los bancos de espesa niebla se disuelven de pronto y aparecen dos ancianos montados en *burros* con varias vacas atadas con cuerdas deshilachadas. Los ancianos duermen profundamente sobre las sillas de montar y sus enormes *sombreros* se mueven siguiendo el ritmo del trote de los *burros*. Xavier, que vuelve a conducir, acelera implacablemente forzando al máximo el motor del Chevy. En una curva cerrada y a ciento treinta por hora adelanta a tres camiones que transportan grava. Ha sido un duro viaje de más de mil kilómetros desde Nuevo Laredo hasta Poza Rica, a las afueras de Veracruz. La suspensión golpea varias veces contra el suelo mientras descendemos por la ladera de la montaña dando bandazos. Xavier ni siquiera parpadea. Es un hombre de hierro. Phillipe duerme a su lado, con las manos sobre el regazo. Ahora los tres guardamos silencio mientras atravesamos la exuberante jungla en plena noche. Desde la lejanía llegan hasta nosotros los graznidos de los loros y los estorninos de larga cola. Estamos muy lejos de Los Ángeles.

Hacia la una de la madrugada nos acercamos a las refinerías de Poza Rica. Los penachos de llamas anaranjadas iluminan la noche con un brillo enigmático y el olor a petróleo lo impregna todo. Los tres estamos muertos de sed y sólo hay una pequeña *cantina* abierta en toda la ciudad, así que nos dirigimos a ella. Lo único que tienen para comer a estas horas es una cosa llamada *bolinas*, una especie de buñuelos rellenos de pollo y huevo. Están fritos en manteca de cerdo y tienen un sabor parecido al de las palomitas rancias, pero sientan de maravilla cuando uno tiene el estómago vacío. El bar está abierto a la calle y da a un hermoso *zócalo*, en el que una bandada de estorninos grazna a pleno pulmón y revolotea alrededor de un algarrobo. Sobre la barra hay un televisor en color que emite una

comedia banal en la que un par de travestidos intentan robar un banco. Phillipe y Xavier se preparan un vaso de leche hervida con Nescafé y toneladas de azúcar blanco. Exceptuándonos a nosotros, la ciudad está desierta.

En la habitación del hotel me espera una nota del director en la que me informa de que todo el equipo ha decidido trasladarse a un pequeño hotel en Papantla, una ciudad cercana, más próxima a la selva. Me ruega que me reúna allí con ellos mañana. Junto a la nota hay un gran cesto con frutas tropicales y una botella de champaña. Me la bebo toda y me quedo roque. He llegado «temporalmente».

8/3/90 (Entre Hollywood y Poza Rica, México).

OPUESTOS[21]

¿Por qué estás siempre cruzando el río? ¿Qué vas a hacer allí?

Me gusta.

Sí, pero ¿qué haces? Hoy, por ejemplo, ¿por qué has pasado allí todo el día?

Los gallos.

¿Qué?

Los gallos.

¡No me hables en español! No lo soporto.

Los gallos.

¿Por eso vuelves manchado de sangre de pollo y oliendo a muerto? ¿Vas a las peleas de gallos?

Sí. Los gallos.

¿Y qué es ese olor apestoso que siempre traes contigo cuando vuelves?

Es *sotol*.

¿Ese líquido blancuzco?

Sotol coyame. Casero.

¿Y por qué produce ese olor?

Porque lleva cactus.

No te entiendo.

En serio, es verdad.

Nunca lograré entenderte.

Probablemente, no.

¿Quiénes son esas mujeres que van en la parte trasera del camión?

Las hermanas de Gabriel.

Seguro.

Sí que lo son. Pregúntaselo.

No hablo español.

Pregúntaselo en inglés. Te responderán.

¿Has estado todo el día con ellas?

Han viajado en la parte trasera.

Vuelves cuando ya ha anochecido. Cuando ya es noche cerrada.

Han venido en la parte trasera. Se han pasado todo el viaje sentadas encima de los neumáticos de repuesto. Tal como están ahora, envueltas en mantas. Pregúntaselo a Gabriel.

¿Qué has hecho allí con ellas?

Ya te lo he dicho.

¿Ver peleas de gallos? ¿Eso es todo lo que has hecho? ¿Contemplar a un puñado de pobres pollos haciéndose trizas mutuamente?

Nos paramos para comprar una mula.

¿Una mula?

Una blanca. La vimos aparecer detrás de un cedro. Blanca como la leche.

¿Por qué vas continuamente allí? ¿No puedes encontrar lo mismo en Texas?

Texas es muy soso.

¿Soso?

Sí.

«Texas es muy soso». ¿Ésa es tu respuesta?

No tengo respuesta.

Me vuelvo a casa.

Sube al camión.

Me vuelvo caminando.

Vamos, sube al camión. Puedes ir en la cabina.

¡Oh, así que puedo ir en la cabina! ¿Y ellas?

Ellas van en la parte trasera. Para ellas, todavía estamos en México. *Siempre en México*. El río les importa un pito.

Iré caminando.

Espera. Voy contigo.

Prefiero caminar sola.

¿Eras tú la que cantaba hace un rato? ¿Aquí, en el banco de arena?

No me sigas. ¡Prefiero caminar sola! Tú quédate aquí, con tus mexicanas.

Una voz preciosa. Nos detuvimos para que se enfriase el aceite del camión antes de cruzar el río y te oímos cantar. Al principio pensé que era algún animal. Después me di cuenta de que era una voz humana.

Desde luego que era humana. Era yo.

¿Y qué cantabas?

Cantaba para sentirme menos sola. Estar aquí fuera por la noche resulta escalofriante. Hay murciélagos revoloteando por encima del agua.

Pero ahora he vuelto.

Sí. Y me siento más sola que nunca.

Porque huyes de mí, por eso.

¡Por qué no puedes quedarte en casa!

Deberías venir conmigo alguna vez. Te lo pasarías bien.

México me da miedo. Ya te lo he dicho.

Pero ¿por qué?

No hablo su idioma.

Eso no es motivo para tener miedo.

Todo lo de ese país me aterroriza. Siempre pienso que allí me asesinarán.

¿Incluso en pleno campo?

Sí. Incluso en pleno campo. Las plantas. Los animales. Incluso las piedras resultan terroríficas.

¡No tendrás miedo de las piedras!

No. Es lo que hay implícito en ellas. La amenazante vida salvaje. Allí todos los seres humanos son extranjeros. Incluso los propios mexicanos. No tienes por qué ir allí continuamente. Un día te matarán. Espera y verás.

Yo voy a la mía. No insulto a nadie.

Llevas a unas mujeres mexicanas en el camión. Para ellos eso ya es un insulto.

¡Son las hermanas de Gabriel!

Eso es lo que tú dices.

Sube de una vez al camión.

¿Por qué no te vas a vivir allí, si tanto te gusta? ¿Por qué te molestas en volver?

Vuelvo por ti.

¿Por qué por mí? Soy completamente opuesta a ti.

Tal vez sea por eso.

29/1/95 (San Carlos, México).

PERDIDO ENTRE LAS RUINAS

El primer día de rodaje y me doy cuenta de que no tengo ni idea de cómo interpretar mi personaje. Por lo general, a estas alturas tienes ya, como mínimo, una idea general, sientes cierto impulso. He estado esperando a que alguna cosa empezarse a funcionar en mi interior, pero todavía no ha ocurrido nada. He leído la novela en la que se basa el guión. He tomado notas. Me he leído el guión varias veces. He tomado más notas. Pero nada. Leí en alguna parte que Laurence Olivier decía que le gustaba empezar a trabajar los personajes desde fuera e ir metiéndose en ellos poco a poco. Empezar con algo muy simple y obvio, como una cojera, un tic facial o una manera peculiar de hablar, y a partir de ahí irse sumergiendo en la vida emocional del personaje. Tal vez debería intentarlo con una cojera, aunque no hay nada en el material del que dispongo que la sugiera, ni siquiera vagamente. No sé qué hacer. Me pongo el vestuario de época. Es la primera vez que voy vestido de los pies a la cabeza de acuerdo con mi personaje. Tal vez suceda algo. Los elegantes zapatos ingleses hechos a mano; los impecables pantalones del menudo sastre italiano; el reloj de época; el cinturón de piel de serpiente. Pero no sucede nada. A través de las cortinas de mi camerino veo a un grupo de chavales mexicanos con sus flautas, que dan saltos junto a mi ventana y me piden a gritos que los compre y me los lleve conmigo a América. Me pongo el sombrero y las gafas de época. Algo muy vago empieza a suceder. ¡Es un hombre que lleva gafas y sombrero! Una revelación menor, pero es mejor eso que nada. ¡Es un hombre que lleva reloj! Para él el tiempo tiene importancia. Lleva zapatos ingleses hechos a mano. ¡Tiene

dinero! Contemplo los zapatos. Me recuerdan los de Robert Morley en *La burla del diablo*, de John Huston. ¿En qué época estaba ambientada esa película? En un periodo anterior. Debían ser los años treinta; finales de los treinta. Esta se supone que sucede en los cincuenta. Recuerdo los cincuenta. Viví esa década, pero no me resulta de ninguna ayuda. Mis recuerdos de los cincuenta no tienen nada que ver con los del personaje. Recuerdo enormes Chevys con aletas y chicas de Tijuana vestidas con faldas ceñidas con un corte atrás. Eso es todo. Una escena de *La burla del diablo* me da una idea. Un grupo de desaliñados personajes europeos han quedado varados en un entorno exótico. Parecido a éste. Hay mucho polvo. Están Bogart, Peter Lorre, Brecht. ¡No! ¡Brecht no! No perdamos el hilo. Debe de ser por culpa de la influencia alemana. Tal vez lo mejor sea caminar un poco. Sólo para ver qué sucede. Un simple paseo. Nada especial. Empiezo por recorrer el pasillo del tráiler en el que está mi camerino, ataviado con mi vestuario al completo, con el abrigo colgado del hombro. Espero que se materialice una forma de caminar. Una forma peculiar, característica del personaje. Una manera de caminar diferente de la mía, pero lo bastante cercana a mí para que no me sienta como un estúpido. Ya me siento suficientemente estúpido con este traje y sin pista alguna sobre quién se supone que soy en la película. Por el rabillo del ojo veo las cabezas de los pequeños huérfanos apareciendo y desapareciendo tras la ventana, y los oigo reírse de mi manera de caminar. Alguien llama a la puerta del tráiler. La primera de las muchas llamadas que van a sucederse. Quieren que me persone en el tráiler del departamento de maquillaje. ¡Ni siquiera he dado con la manera de andar y ya quieren que vaya a maquillaje!

Recorro el trecho que hay entre mi camerino y el departamento de maquillaje caminando a mi manera, abriéndome paso entre docenas de indios tohacatecas contratados como extras y perseguido por los niños, que me tiran de la manga y me piden que los compre. ¡Empiezo a sentir que me viene alguna idea! Este personaje es europeo de cabo a rabo. Occidental. Norteamericano. Gringo hasta la médula. Está en un país extranjero, pero lleva consigo su equipaje;

toda su maldita herencia cultural. Su sentido de superioridad es involuntario. Intelectual. Está culturalmente predestinado a él. Mira los rostros de los indígenas sin sentir la menor empatía. Son víctimas de una cultura, igual que él. Ellos son víctimas de la jungla; él, de la sociedad industrial. No tienen nada en común. No siente ningún desprecio, tan sólo indiferencia. No es tan blando como Robert Morley, pero tampoco tan duro como Bogart. Simplemente, está solo.

La primera toma es relativamente simple por lo que a los actores concierne, pero una auténtica pesadilla para el director. Es una escena en la que se supone que un actor cómico alemán llamado Hendker y yo llegamos a un yacimiento arqueológico en un destartalado camión International Harvester con el embrague quemado. La secuencia arranca con un plano general de las ruinas del yacimiento, con docenas de trabajadores indígenas caminando penosamente alrededor de las pirámides, cargados con piedras. Entonces Hendker y yo entramos en escena y acaba la toma. No representa demasiado trabajo interpretativo. Simplemente, se trata de conducir el camión. Los extras tohacatecas son descendientes directos de quienes construyeron esas pirámides. En la vida real trabajan para el gobierno mexicano, haciendo exactamente el mismo trabajo que ahora se les ha pedido que hagan ante la cámara. El único problema es que en sus esquemas mentales no tiene cabida la necesidad de repetir una escena las veces que sea que implica el rodaje de una película. Una vez han completado su tarea, para ellos resulta inconcebible tener que volver a hacer lo mismo exactamente igual. Se quedan plantados, contemplando la cámara, mientras los ayudantes de dirección, megáfono en mano, les explican en español que no deben mirar a la cámara mientras se les está filmando.

—¡No miren nunca a la cámara! ¿*Comprenden*?

Pero surge un nuevo problema: los tohacatecas no hablan español. Los ayudantes de dirección les explican las instrucciones a funcionarios indígenas bilingües, que después se las traducen a los extras en su lengua. Pero éstos siguen sin entenderlo. ¿Por qué no se puede mirar a la cámara? Está ahí. La tienen justo delante de sus

narices. Incluso pueden verse reflejados en su miope ojo de cristal. Es un objeto realmente curioso, ¿y ellos deben comportarse como si no existiese? Están hechos un completo lío. Ahora desvían la mirada a uno y otro lado, intentando no encararse con la Arriflex, como niños a los que se les acaba de prohibir que contemplen a una mujer desnuda. Se sienten avergonzados. Miran al suelo. Se miran los encallecidos pies. Ya han ensayado la escena una decena de veces y están agotados.

Hendker y yo estamos sentados en la cabina del camión aparcado en plena jungla, con un *walkie-talkie* sobre el asiento entre él y yo, aguardando a que nos den la señal de entrar en escena. Llevamos media hora esperando, mientras el equipo intenta solventar los problemas con los indígenas. Hay tanta humedad que parece que el morro del camión sude. Tenemos los calcetines empapados. El maquillaje nos resbala por la cara y tiñe con una coloración ligeramente anaranjada, semejante a la de la orina, el cuello de nuestras camisas blancas. El equipo de maquilladores trabaja frenéticamente, nos cambian las camisas y nos secan el sudor con unas pequeñas esponjas amarillas. Finalmente, llega la señal, la crepitante e histérica voz del ayudante de dirección que grita por el *walkie-talkie*: «¡Acción!». Hendker pisa el acelerador y avanzamos aplastando la maleza de la selva, pero el embrague echa humo y el camión empieza a traquetear furiosamente cuando entramos en el encuadre. Sería una magnífica aparición para Laurel y Hardy, pero esto es una película alemana seria. Los indígenas dejan en el suelo sus pesadas piedras y se quedan mirándonos, mientras nuestro patético montón de chatarra padece sus últimas convulsiones antes de pararse entre una nube de humo grisáceo. El director está fuera de sí. Grita a todo el equipo, en general:

—¡Estoy soñando! —vocifera—. ¡Esto tiene que ser una pesadilla! ¿Por qué sale humo de este camión? ¡Yo no he pedido eso! ¿Por qué los indios siguen mirando a la cámara? ¡Les he dicho que no quería que mirasen a la cámara! ¡Todo el mundo se lo ha dicho! ¡Hemos ensayado la escena una docena de veces y siguen mirando al objetivo de mi cámara! ¡No me lo puedo creer!

El segundo ayudante de dirección corre como un loco hacia los intérpretes indios y les ruega que los extras cooperen. Dos fornidos camioneros de Los Ángeles empujan el averiado camión de vuelta a la marca de salida. Uno de ellos le dice al otro:

—Es la primera toma del primer día, ¿verdad?

—Sí, en efecto —responde resoplando su compañero.

—Va a ser un rodaje muy largo.

12/3/90 (Ruinas de Tajín, México).

LAJITAS Y LA LIGA NACIONAL DE FÚTBOL AMERICANO

Los mexicanos conocen un punto del Río Grande por el que pueden vadearlo en esta época del año con sus escuálidos potros y cabalgar hasta la factoría de Lajitas, en el lado estadounidense de la frontera. Nadie los molesta. Nadie les pide los papeles ni les pregunta el motivo de su viaje. Son visitantes habituales. Este mismo vado es el motivo por el cual el general John J. Pershing levantó aquí un pequeño fuerte en 1916, en su vano intento de lograr que Pancho Villa se rindiese ante él. No logró acercarse lo suficiente a Villa siquiera para ver el polvo que levantaba su ejército. La tristemente famosa ruta de los comanches también se sirvió de este vado del río, que los indios cruzaron durante más de cien años con la precisión de un reloj cada vez que había luna llena para volatilizarse después con su botín en las vastas planicies de Chihuahua. Hoy estos campesinos mexicanos solamente han venido a escuchar un poco de música de cantina en la vieja gramola y a beber Bud Light; después regresarán a San Carlos, a veintitantos kilómetros de la frontera. Cuando llegan a la factoría, miran de soslayo el *patio*, cubierto de plástico negro por algún motivo que ignoran. Un grupo de gringos que llevan unos curiosos sombreros se agolpan en torno a un televisor colocado en el centro de una polvorienta mesa de billar. Los gringos lanzan vítores al unísono, después guardan un silencio sepulcral hasta que vuelven a gritar eufóricos. Miran absortos la pequeña pantalla, que retransmite un partido de la Liga Nacional de Fútbol Americano entre el equipo de Dallas y el de San Francisco. Ni siquiera se percatan de la presencia

a sus espaldas de un desordenado grupo de hombres montados en potros cubiertos de barro. Los mexicanos dejan caer las riendas de sus raquíticas monturas sobre unos arbustos y desmontan. Ni siquiera se molestan en atarlos. Los animales ya conocen la rutina. Los hombres entran directamente en el colmado, compran una caja de cervezas y con andares tímidos regresan a la sombra del *patio* cubierto con plástico. Se sientan en silencio en un banco de madera, como una bandada de cuervos sobre un cable, con la espalda pegada a la fresca pared de adobe del colmado. Se cuidan de no mirar directamente a los gringos de los curiosos sombreros. El fútbol americano les trae absolutamente sin cuidado. Ellos sólo van allí por *la música* y la Bud Light.

El viento del desierto hace ondear el plástico negro. Desde el corral construido con tapacubos y alambre de espino en la parte trasera del colmado llega el balido de las cabras. A través de los agujeros del ondulante plástico se ven sus patas moteadas. Los mexicanos abren las cervezas y sus negros ojos contemplan el primer plano de Troy Aikman que aparece en el televisor. Su lechoso rostro vikingo explica a gritos la táctica a los otros jugadores de su equipo. Le pasa el balón a Emmitt Smith, que supera al defensa del dorsal 49 y empieza a correr sin ningún rival que lo pueda parar cuando de pronto se resiente de su crónica lesión de tendón y cae al suelo como si le hubiesen pegado un tiro. Los gringos de los curiosos sombreros se incorporan bruscamente al unísono, como un furioso monstruo multicéfalo, maldiciendo y lamentándose a coro, como si la repentina recaída de Emmitt fuese para ellos algo profundamente personal, más allá del fútbol, más allá de un simple juego. El eco de los lamentos llega hasta el Río Grande, como si fuera una expresión de pesar de la humanidad entera. Los mexicanos permanecen en silencio y absolutamente quietos. Beben sus cervezas muy lentamente y sonríen cabizbajos, mirando el suelo de *caliche* gris, azorados ante tan desconcertante locura. Ahora los gringos aplastan indignados sus latas de cerveza, echan monedas sobre las mesas de pícnic, golpean los cubos de basura y tiran al suelo y patean sus curiosos sombreros. Los mexicanos no dicen nada. Ni siquiera en

español. Siguen con los ojos clavados en el suelo. Sus potros se desplazan un poco y mueven las orejas hacia el barullo de los amargados tejanos. Un cuervo se posa en tierra, recorre el polvoriento aparcamiento dando saltos, se detiene y picotea los restos de un perrito caliente.

La repetición a cámara lenta de la lesión de Smith muestra sus imponentes piernas como pistones estiradas hasta el límite, y después una imagen congelada revela el momento exacto en que siente el pinchazo de dolor. Su rostro se retuerce en una mueca de sufrimiento, y la secuencia continúa con su repentina caída. De nuevo los gringos seguidores del equipo de Dallas se lamentan y gruñen, reviviendo su mala suerte y maldiciendo a sus madres e hijos. Los mexicanos adoptan una actitud todavía más estoica y se hacen casi invisibles, se disuelven en la fresca pared de *adobe* hasta que sus negros ojos indios flotan en el aire sobre el banco de madera. En el televisor la retransmisión se interrumpe, y sólo se ve un chisporroteo de energía estática y se oye un horrible zumbido, a la espera de que se pueda volver a establecerse la conexión que salva la inmensa distancia que hay entre la lluviosa San Francisco y aquel remoto lugar en el fin del mundo. Territorios que no tienen nada en común. Territorios unidos, sólo momentáneamente, por este juego de dominio territorial. Una obsesión nacional. Muchas otras cosas, además de un río, separan a los hombres de tez morena sentados en el banco de los gringos de los curiosos sombreros.

El sol empieza a ponerse tras los oteros de Chihuahua. La temperatura baja en picado. Las negras siluetas de una bandada de gansos que vuelan río abajo se dibujan contra el cielo rosáceo del ocaso. El último cuarto del partido no pinta nada bien para el equipo de Dallas. Los ojos de Aikman muestran la sombría aceptación de la inminente derrota. De su casco gotea barro y tiene la culera llena de manchas de hierba. A los *Cowboys* de Dallas ya no les queda tiempo para intentar nada. Los humillados seguidores congregados ante el televisor han empezado a quitarse sus curiosos sombreros y a desfilar arrastrando los pies hacia las camionetas de reparto, mientras lanzan sus últimos improperios hacia la pantalla.

Los mexicanos contemplan su marcha. No se levantan del banco hasta que el último tejano ha arrancado con un acelerón furioso, dejando la marca de los neumáticos en la gravilla, y ha desaparecido tras la pronunciada cuesta. Escuchan el rumor cada vez más lejano de los motores, esperando a que el aire se limpie de humo, y entonces, de pronto, todos se levantan y se ponen a bailar. El lugar se llena de palabras en español. Apagan el televisor y la voz histérica e inflada de entusiasmo de John Madden es sustituida por la música de la vieja gramola. Los mexicanos se ríen mientras el sol sigue hundiéndose en el horizonte y dibuja amplias franjas carmesíes por detrás de los oscuros contornos de su patria. Un perro ladra desde el lado mexicano del Rio Grande. Un confundido gallo se pone a cacarear. Un cerdo chilla, y las risas y la música son engullidas por un silencio tan absoluto que un hombre puede escuchar de pronto los latidos de su corazón.

15/1/95 (Lajitas, Texas).

PAPANTLA

Phillipe me conduce al pequeño Hotel Tajín, en Papantla, donde se aloja el director. Según parece, le ha cogido tan fuerte *la turista* que no se puede ni levantar de la cama, pero de todas formas quiere verme. El coche sube carretera arriba a través de la exuberante vegetación selvática y de naranjos plantados en las laderas escalonadas. En este clima extremadamente húmedo hay goteantes bananos, así como mangos, maíz, papayas, jacarandaes y buganvillas, que crecen salvajes en las laderas de la montaña. Desde las amplias terrazas de todas las *haciendas* llega el graznido de los loros. Incluso en las destartaladas chozas de madera parecen tener un loro enjaulado armando jaleo.

Indígenas pobres y sucios, vestidos con ropas blancas y *sombreros* verde musgo, rondan por el vestíbulo del hotel vendiendo rosarios. Uno de ellos tiene los pies tremendamente deformes, con los dedos pegados, formando una especie de garra. Unos pies enormes, que parecen consecuencia de la elefantiasis. No entiendo cómo consigue quitarse los pantalones. Tal vez no se los quite nunca.

El director baja por la escalera, con aspecto de estar muy debilitado por la disentería y un tono de piel verdoso. Se lo toma con filosofía; dice que quizá le vendría bien comer algo muy picante, como *chiles pequeños*. Conoce un restaurante especializado en pescado que no está lejos del hotel. Nos dirigimos allí y nos sentamos en una mesa desde la que se ve la calle y la marquesina de un cine, en la que se anuncia la película *Buscamos a ver la muerte* con un cartel pintado a mano en el que aparecen dos amantes de piel morena fundidos en un apasionado abrazo y empuñando cada uno

un cuchillo que se cierne sobre la espalda del otro. El director examina el menú con gestos lentos y prudentes, que me traen a la memoria la ocasión en que sucumbí a la misma horrible disentería en Campeche, en 1965. Recuerdo que estaba echado sobre un colchón sin sábanas, con la mirada fija en las lentas aspas del ventilador negro del techo, deseando estar muerto. Es la única vez en mi vida que he deseado estar muerto, y lo deseaba con toda mi alma. Le pregunto si toma alguna medicación; asiente vagamente y se seca el sudor acumulado sobre su labio superior. Me recomienda un pescado concreto del menú, pero sólo pido un botellín de cerveza Carta Blanca con lima. Él pide el pescado y, cuando le traen el plato, se lo queda mirando largo rato y no para de moverle la enorme cabeza con el tenedor hasta que se rompe por la espina. Tiene una boca parecida a la de las pirañas, con dientes puntiagudos.

Entre bocado y bocado, empieza a explicarme sus sentimientos hacia el tema de la película; resulta que en la novela que estamos adaptando hay ciertas historias que se relacionan directamente con su propia vida, en especial con sus problemas con las mujeres. Mientras mastica el pescado, sus ojos me miran como si se confesara conmigo, como si yo fuese el primer habitante de este planeta al que le ha hecho esas revelaciones. Me cuenta los avatares de una gran historia de amor que vivió en cierta ocasión y que se fue al garete debido a su incapacidad para comprender la legitimidad del punto de vista de la mujer. Poco a poco, a medida que avanza su relato, su actitud va cambiando, y acaba por echarle la culpa de todo, hasta de su deplorable estado actual.

Termina diciendo que el principal problema era que aquella mujer le acusaba machaconamente de no amarla tanto como ella a él.

—¿Cómo podía decir eso? —explota—. ¿Cómo podía saber cuánto la amaba? ¡Cómo se puede medir una cosa así!

Tiene una mirada de auténtica desolación, esa desolación que puede marcar a un adolescente para toda la vida, y, de pronto, rompe a llorar sobre su plato. Las lágrimas caen en la chamuscada

cuenca del ojo de la seccionada cabeza del pescado. Apenas conozco a ese hombre.

En mi nueva habitación encuentro una botella grande de Tequila Sauza sobre la mesilla. Un obsequio de la productora. Hay un pequeño balcón que da directamente a las estrechas calles enguijarradas de Papantla. Dos *federales* con uniforme verde oscuro y metralletas colgadas del hombro patrullan por ellas. Fuman y se ríen entre dientes. Caminan con la arrogancia de cualquier hombre armado en un lugar donde está prohibido que los demás lleven armas. Papantla forma parte de lo que se denomina «el corredor de la cocaína», y tanto de noche como de día se escucha el eco de esporádicos e inexplicados tiroteos en la selva.

Mi habitación es azul y verde, y muy pequeña, con un cuarto de baño que parece una estrecha letrina y hace las funciones de lavabo y ducha. De la ducha sólo cae un hilillo de agua fría, y hay una pequeña ventana, como de una celda, que da directamente a la calle. Sin cristal. Sin cortina. De pie bajo el hilillo de agua fría, contemplo cómo el líquido se desliza por mis rodillas, cae sobre el embaldosado blanco y se escurre hacia el desagüe, donde forma un burbujeante charco grisáceo antes de ser absorbido por el agujero cubierto por una rejilla. Entre tanto, escucho los ruidos de la calle que hay justo debajo de la ventanita. Está tan cerca, que es como si me estuviese duchando en plena calle. Se oyen los gritos de los niños como si estuviese abajo con ellos. Perros. Graznidos de pájaros tropicales. Conversaciones en español. Adolescentes enamorados. La risa sofocada de las chicas. Alguien que canta. Disparos de metralleta a lo lejos. Radios. Se oye a Elvis Presley mientras la diminuta pastilla de jabón se me disuelve en mil pedazos en las manos.

Al amanecer me despiertan los graznidos de los estorninos. Tomo una taza de café en el *café* de la esquina. Alrededor de una mesa hay una familia de campesinos de pie, con los *sombreros* en la mano. Le están sirviendo un tazón de leche caliente y *pan dulce* a una niña vestida con un uniforme escolar de marinerito. La pequeña está sentada, mientras que todos los hombres permanecen de pie. Aparte de la niña, no hay ninguna mujer en el grupo. Los hombres

visten raídas camisas de trabajo, pantalones blancos sujetos con cuerdas a modo de cinturones y *guaraches* con suela de neumático. Tienen esos oscuros ojos indios que miran sólo hacia dentro, esa mirada reservada. Sus manos no conocen otra cosa que el trabajo duro. La niña, en cambio, tiene un aspecto inmaculado. Los relucientes zapatos de charol que cubren sus pies están posados sobre una de las barras horizontales de la silla. Su larga melena negra está perfectamente lavada y peinada; no hay ni un solo mechón desordenado. Sus libros escolares cuelgan del respaldo de la silla, sujetos con una correa. Los hombres le acarician la cabeza mientras ella mordisquea el crujiente pan dulce y se bebe la leche. Sus enormes y curtidas manos apenas rozan su impoluta melena. La idolatran como a una santa. Ella ni siquiera sonríe. En su rostro hay permanentemente dibujada una mueca solemne, casi beatífica, incluso cuando de las comisuras de los labios de su boquita caen migas de pan dulce. Los hombres le hablan con un tono de voz muy suave, casi susurrando, dulcemente, como si le dirigiesen breves plegarias. Le acarician hombros y espalda, sin apenas tocar el ceñido uniforme. Le acercan un poco más el tazón de leche y la cesta del pan dulce para que no tenga que estirar el brazo. Le limpian la barbilla con una servilleta de papel y le sacuden las migas del regazo. De pronto, la niña ve que el autobús escolar se acerca al *zócalo*. Se levanta de un salto y coge sus libros. Los hombres depositan unas monedas sobre la mesa y la escoltan fuera. A través de la ventana veo cómo le dan besos en la cabeza, la ayudan a subir al autobús y la despiden con la mano. Permanecen agrupados junto al vehículo, que arranca, agitando las manos al unísono. Siguen agitándolas hasta que el autobús desaparece por completo; después se estrechan la mano amistosamente y se marchan en diferentes direcciones, hacia una dura jornada de trabajo.

Me siento en un banco verde de hierro en el *zócalo*, a la sombra de una enorme catalpa. Varias ardillas negras trasladan de un árbol a otro naranjas podridas, sosteniéndolas entre los dientes. No logro ver dónde las esconden. Un grupo de indígenas descalzos, con sombreros de paja y *machetes* colgados del cinturón, atraviesa la *plaza*

en dirección a la iglesia católica de la esquina. La iglesia está construida sobre un pequeño cerro y a ambos lados tiene un muro de piedra. En el muro hay un gran mosaico en el que se representa a un dragón alado. Un dragón serpiente de ojos saltones, boca abierta de par en par y larga lengua. Los indígenas de los sombreros de paja se detienen ante él y contemplan sus fauces. Se quitan los sombreros y se ríen de la dentadura del bicho. Uno de ellos señala con su andrajoso sombrero uno de los ojos del dragón serpiente. Hablan en voz baja en una lengua que no he oído en mi vida. La campana de la iglesia da tres campanadas cortas que suenan como amplificadas por un altavoz de juguete roto. Los indígenas se vuelven a poner los sombreros y caminan hacia la espesa vegetación de la selva, con los machetes colgados de la cintura. A lo lejos se oye gluglutear a varios pavos. Uno de ellos empieza a chillar, como si lo persiguiesen. Entre tanto, suena un teléfono, pero no con los pitidos electrónicos que uno escucha en cualquier oficina moderna de Los Ángeles. Es un timbrazo como el de los teléfonos de los años treinta y cuarenta. Un timbrazo que podría escucharse en una película inspirada en una novela de Raymond Chandler. Sigue sonando mientras un grupo de ancianas vestidas con faldas de un rosa chillón con guarniciones doradas pasan ante mí llevando unos recipientes de plástico envueltos en hojas de banano sobre la cabeza. Esquivan a un destartalado taxi y cruzan la calle, entre risitas sofocadas. Varios perros en los huesos rondan por el *zócalo*, husmeando entre los desperdicios. Ante el mercado se detiene un camión, del cual se apean de un salto tres hombres que inmediatamente empiezan a descargar un cerdo decapitado. El animal lleva las letras CV pintadas en azul sobre las patas traseras. Otro hombre, subido en la plataforma del camión, mete la cabeza del cerdo en un cubo y lo baja hasta el suelo atado a una cuerda. La cabeza nada en su propia sangre.

Más tarde, desde la terraza del Café Centro, el sol desciende lentamente sobre el *zócalo* y la iglesia del muro con el dragón serpiente. Empieza a caer la noche. La productora ha ocupado una mesa larga desde la que se domina la calle y toda la *plaza*. La vista es

mejor que cualquier película. El tequila y la cerveza corren libremente y se respira un aire casi festivo entre los actores y el equipo técnico.

En la *plaza*, ante la iglesia, hay un poste de madera que se eleva unos treinta metros hacia el cielo del atardecer. Un reducido grupo de indios totonacos se ha congregado alrededor de la base del poste, donde se preparan para su ritual diario. Entre ellos hay cinco elegidos, llamados *voladores*, ataviados con tocados y ropas de un rojo intenso. Estos empiezan a subir por el poste, arrastrando unas gruesas cuerdas amarillas que llevan anudadas al torso. Desde el suelo, uno de los indígenas se encarga de ir desenrollando las cuerdas, asegurándose de que no se enmarañen. A ningún ciudadano de Papantla parece interesarle lo más mínimo el espectáculo. Ninguno levanta la cabeza para mirar. A Papantla apenas llegan turistas, debido a su remota ubicación en plena selva. El ritual no es, pues, otra cosa que una práctica diaria de los totonacos, que llevan realizando desde hace tanto tiempo que ya nadie recuerda cuándo comenzó. Los *voladores* siguen ascendiendo hasta la mismísima punta del poste, sin ninguna fanfarria. El último es un muchacho de unos diez años. Cuando alcanzan su objetivo, el jefe del grupo se sienta sobre el poste y empieza a tocar una flauta de bambú con una mano y un pequeño tambor con la otra. Mantiene el equilibrio sin ningún problema. Los otros cuatro se colocan sobre un círculo de madera que rodea el poste, desatan las cuerdas que llevan atadas al pecho y se las anudan a los tobillos. Mientras el jefe continúa tocando su fascinante melodía con la flauta, toda la escena empieza a impregnarse del aura de un espectáculo circense exótico, sólo que aquí no hay ni cables de sujeción, ni arreos, ni redes de seguridad, ni público, a excepción de nosotros: un grupo de gringos locos que están intentando rodar una película. En el momento en que el sol desaparece definitivamente tras las palmeras, el jefe se pone en pie sobre la punta del poste y empieza a danzar en pequeños círculos, sin dejar de tocar la flauta y el tamborcillo. Resulta sobrecogedor. El poste no puede tener más de diez centímetros de diámetro y ese hombre consigue, sin embargo danzar sobre él. Se

acuclilla al estilo del pájaro trueno[22] norteamericano, mueve los pies y hace oscilar su cuerpo a derecha e izquierda. Y entonces, obedeciendo a alguna señal silenciosa o una clave de la música, los otros cuatro se lanzan de espaldas hacia el cielo nocturno y «vuelan». Las cuerdas se van desenrollando poco a poco en torno al eje de la pequeña estructura de madera sobre la que estaban sentados, y se deslizan en el aire, girando alrededor del poste en círculos cada vez más amplios, colgados de los tobillos. El muchacho parece el más suelto y desafiante.

Extiende los brazos y gira con la boca abierta. Todo su rostro sonríe. Cierra los ojos en éxtasis y la luna creciente parece deslizarse a través de su cabeza mientras gira cada vez más cerca del suelo.

Un hombre de tez oscura, con aspecto de apache, se me sienta enfrente y se presenta: Raúl Cantado. Es un especialista veterano, pero el director le ha dado un pequeño papel en la película como una especie de favor. Raúl empezó su carrera como torero en Tijuana, después trabajó como especialista en escenas de riesgo e hizo de doble del legendario actor y director mexicano Emilio Fernández, que interpretaba a Mapache en *Grupo salvaje*, de Sam Peckinpah. Fernández era famoso por haber matado a tres personas a lo largo de su vida, la última un crítico que había cometido la temeridad de dejar mal una de sus películas. Por lo visto, en cuanto salió en libertad después de cumplir la condena por su segundo asesinato, Emilio Fernández se fue directamente a la casa del crítico, llamó al timbre y, cuando le abrió la puerta, le disparó en la cabeza. Según Raúl, Fernández siempre aparecía en el plato con una cartera de piel de serpiente en la que llevaba su copia del guión, una botella de tequila y su *pistola* del 45. Su carrera se acabó abruptamente cuando una noche se presentó en su casa con tres prostitutas y le ordenó a su mujer que les preparase algo de comer. Indignada, le pegó un tiro en la garganta con su propia pistola.

A Raúl le gusta beber grandes cantidades de tequila y contar historias. Bebe más tequila que diez hombres juntos. Dice que nació en Eagle Pass, Texas, en la zona fronteriza de Río Grande. Su padre era un cura católico y su madre una apache chiricahua. Un pasado

similar al de mi poeta favorito, César Vallejo. Raúl no ha oído hablar de él. Dice: «Los poetas son mujeres». Durante años trabajó como especialista en secuencias de persecuciones a caballo en wésterns de John Ford rodados en el Monument Valley, y me enseña las irregulares cicatrices de sus rodillas y espinillas, producidas al ser arrastrado por el suelo por caballos al galope. Lleva su negra cabellera recogida en una larga cola de caballo que le cae sobre los omóplatos, pero por la coronilla está completamente calvo. En los brazos y las gruesas muñecas luce más cicatrices. Sus anillos de plata y turquesa tintinean contra el vaso de tequila cuando lo alza para brindar. Bebemos mientras la luna se eleva en el cielo y los destartalados taxis circulan entre chirridos por el *zócalo* debajo de nosotros.

Después hago lo que puedo por escoltar a Raúl de vuelta al hotel por las oscuras calles. Camina a ciegas, como un ternero perdido. Es un hombre de escasa estatura y cincuentón, pero se conserva en plena forma. Tiene un cuello como el de Mike Tyson y piernas de hierro. Continuamente choca contra farolas y árboles, y cada vez se detiene y mira a su alrededor, tratando de localizar el objeto con el que acaba de colisionar. Cuando pasamos dando tumbos junto al muro de la iglesia, Raúl se detiene a contemplar las fauces del gigantesco dragón serpiente. Observa su dentadura y su lengua bífida. Dice que le gustaría estar con una mujer en ese preciso instante. Le gustaría que apareciese ante él, completamente desnuda, con los pechos goteando leche. Son las tres de la madrugada y el *zócalo* está desierto. No se ve siquiera un gato o un perro gimoteante. Raúl proclama que quiere ir ahora mismo al burdel. Asegura que conoce uno justo al volver la esquina.

—Son todas jóvenes. Jóvenes y de carnes prietas —dice. Lo cojo del codo y tiro de él, tratando de conducirlo hacia el hotel, y me llama cobarde—. ¡Las mujeres harán de ti un cobarde! ¡Alguien temeroso de la vida! ¡Te convertirán en un desecho de hombre!

Entramos en tromba en el vestíbulo del hotel y el adormilado recepcionista se pone en pie sobresaltado y le da un golpe al teléfono, que se cae y al estrellarse contra el suelo de baldosas emite

un apagado timbrazo y se rompe en pedazos. El recepcionista maldice su suerte mientras se arrodilla y se pone a recoger los trozos. Raúl le dice que necesita telefonear urgentemente a Ciudad de México. Quiere hablar con sus mujeres. Las convencerá para que vengan. Se presentarán aquí en cuanto oigan su voz. Un montón de chicas jóvenes; «¡Jóvenes y de carnes prietas!», asegura. Lo dejarán todo para venir aquí corriendo. Saben que su vida carece de sentido si no están con él. Las hay de todos los colores de piel y tamaños, eso me lo garantiza. Tienen unos ojos de mirada complaciente. Hermosos y complacientes. Tienen caderas de yegua; melenas como crines de caballo. Algunas de ellas cantarán viejos *corridos* de sus pueblos. Otras bailarán. Todas pondrán el máximo empeño en complacernos. El recepcionista se pone en pie lentamente y le muestra a Raúl el teléfono hecho pedazos. Nos dice que ahora es imposible telefonear. Raúl se abalanza sobre el hombrecillo como si fuese a agarrarlo por el pescuezo, pero desiste y se dirige hacia las escaleras tambaleándose y murmurando en español. Subimos haciendo eses y nos metemos en su habitación.

Raúl se deja caer boca arriba sobre la cama y yo le quito las botas. Espero a que cierre los ojos, pero los mantiene abiertos, mirando a todos lados. Me pide que le dé su revólver, que está guardado en el cajón superior. Le digo que probablemente no sea una buena idea hacerlo en ese momento. Mejor esperar a mañana por la mañana. De pronto, sus ojos adquieren un aire absolutamente apache. Se hunden y se vuelven completamente negros, todo pupila. Su rostro se oscurece, como el sol que se oculta tras las nubes. Me vuelve a pedir el revólver, y en esta ocasión su voz es muy pausada y resuelta. Contiene la certeza del destino. Cojo el arma. Está escondida bajo su ropa interior, metida en una funda parda hecha a mano. Es un Colt 45, con empuñadura nacarada. En el cañón lleva grabadas las palabras «*EL INDIO*». Raúl me sonríe cuando ve su revólver. Sus ojos empiezan a volver a un mundo que me resulta familiar.

—Emilio Fernández —dice, y se señala el pecho con el pulgar —. *Soy Emilio Fernández, El Indio*.

Le entrego el arma y hace girar el tambor un par de veces sin quitarme ojo. Sigue sonriendo y poco a poco levanta el revólver hacia mi cabeza. Lo amartilla y sigue sonriendo. Me encañona entre ceja y ceja, pero no siento nada. No siento miedo. Nada. Como si no hubiese una frontera entre la vida y la muerte. Le devuelvo la sonrisa.

—Lo que necesitamos son mujeres —dice—. ¿Verdad? ¿No es cierto?

—Sí —respondo—. Eso es exactamente lo que necesitamos.

10/3/90 (Papantla, México).

IMPROVISANDO

En la secuencia que estamos rodando se supone que irrumpo en una cabaña de una plantación de tabaco en decadencia y descubro que un amigo de la infancia, al que hace veinte años que no he visto, se ha ahorcado. La interpretación del «amigo» corre a cargo de un maniquí, al que se han hecho unos retoques: el cuello roto, unos globos oculares a punto de salir disparados, sangre de trucaje en la comisura de los labios, el cuerpo hinchado y una piel blanca como la leche. Cualquiera se da cuenta de que es un maniquí. No engañaría ni a un perrito faldero. Pero yo debo, como sea, transmitir la sensación de que, en efecto, es mi viejo amigo de la infancia, cuyo rastro perdí hace mucho tiempo. El maniquí no guarda parecido alguno con ninguna persona, viva o muerta, a la que haya conocido. He visto cadáveres, pero no se parecían en absoluto a éste. Los únicos cadáveres que he visto colgados eran de ciervos y faisanes. He presenciado la muerte muchas veces, pero el recuerdo de las personas a cuya agonía he asistido no provoca en mí nada parecido a una respuesta adecuada a esta situación. El pesar es distinto del horror. Sé cuál debería ser la reacción de mi personaje, pero sé también que si trato de reproducir esa idea que me ronda por la cabeza, el resultado será exactamente lo que es: una imitación. Opto por no darle más vueltas e improvisar en la primera toma. Sin ensayo alguno; improvisar y ver qué sale.

Irrumpo en la cabaña y descubro el falso cadáver colgado del techo, pero en el momento en que alzo la mirada, la puerta se desprende de las bisagras y me cae en la cabeza. Una desagradable sorpresa. Mientras me recupero del golpe, se me ocurre que, de

hecho, tal vez sea una buena manera de enfocar la reacción del personaje ante su descubrimiento. Como si una puerta le golpease en la cabeza. ¿Por qué no? Es lo primero que se me ha ocurrido hasta el momento. En la segunda toma, después de haber recolocado la puerta, lo intento de esa manera. Me dejo llevar.

—¡Sí, sí! —dice el director—, Pero parece una reacción más física que psicológica. ¿Por qué?

—Oh, ¿quieres una reacción «psicológica»? —le pregunto—. No sabía que era eso lo que buscabas.

—Bueno, «psicológica» tal vez no sea la palabra correcta. Pero ya sabes a qué me refiero. Algo relacionado con su tormento.

—Ah, de acuerdo. Tormento psicológico. De acuerdo.

—Bueno, tal vez ésa no sea la expresión exacta. Simplemente, no he visto claro a qué estímulo estabas respondiendo al interpretar la escena.

—Trataba de hacerla como si me acabase de golpear una puerta en la cabeza.

—Ya veo. Pero ¿por qué? ¿Qué tiene que ver eso con la situación? —me pregunta.

—No lo sé. He pensado que tal vez funcionase. Espero ansioso cualquier sugerencia.

—Bueno —dice—, es muy simple. Hace veinte años que no ves a tu querido amigo, entras en la cabaña y descubres que se ha colgado de una viga. Eso no tiene nada que ver con que a uno le caiga una puerta en la cabeza, ¿no te parece?

—Supongo que tienes razón, no sé. Sí, sospecho que estás en lo cierto. Sólo estaba experimentando un poco.

—¡Muy bien! ¡Eso está muy bien! Me encanta la experimentación. Yo también soy un experimentador. Intentemos algo diferente. ¿Estás listo? ¿Está listo todo el mundo? Vamos a intentar una nueva toma.

—Estoy listo —digo.

—¡Muy bien! ¡Cámara! ¡Cámara! ¡Silencio, por favor! *¡Silencio!* ¡Vamos allá de nuevo!

En la tercera toma, irrumpo en la cabaña y la puerta se mantiene

en sus bisagras; no actúo como si me hubiese golpeado en la cabeza; alzo la mirada hacia el falso cadáver; no sucede nada; me fijo en una radio que hay sobre un banco, me acerco titubeando hacia ella y la enciendo.

—¡Corten! ¡Corten! —grita el director—. Esto tampoco lo entiendo. ¿Qué está sucediendo aquí? ¿Por qué de repente enciendes la radio? No lo cojo.

—No tengo ni idea —le respondo—. Ha sido un impulso.

—¡Bien! ¡Muy bien! Me encantan los impulsos. Así es como me gusta trabajar: instintivamente. Está muy bien. Intentémoslo de nuevo.

—Pero me acabas de decir que no lo has entendido.

—No, pero resulta muy misterioso. Tiene connotaciones misteriosas. Puede resultar interesante. Se me ocurre una idea. ¿Qué te parece si la radio está encendida cuando irrumpes en la cabaña? Descubres el cadáver y después te acercas a la radio y la apagas. ¿Lo intentamos?

—¿Te refieres a apagarla en lugar de encenderla?

—Exacto —dice—. Eso es. Apagas la radio.

—¿Es lo único que quieres cambiar?

—En efecto. Todo lo demás es perfecto.

—De acuerdo.

En la cuarta toma, irrumpo en la cabaña y descubro el cadáver; la radio está encendida; me dirijo a ella y me quedo contemplándola. La cámara sigue rodando a mis espaldas. La radio sigue encendida.

—¡Corte! ¡Corten! ¿Qué pasa ahora? —dice el director.

—Bueno, sabes, me preguntaba…, trataba de seguir un nuevo impulso.

—¿De qué se trata esta vez?

—Me preguntaba qué tal resultaría si siguiera escuchando la radio durante un rato, después de descubrir el cadáver de mi amigo colgado de la viga.

—Sí, pero ¿cuánto rato? —pregunta—. No podemos quedarnos filmándote de espaldas, sin más. Carece de interés.

—Es verdad, tienes razón.

—Volvemos a empezar. Ya casi lo tenemos. Esto me da buenas vibraciones. Creo que estamos muy, muy cerca.

En la quinta toma, irrumpo en la cabaña; descubro a mi amigo el maniquí; voy directamente hacia la radio encendida y la apago de un manotazo.

—¡Corten! ¡Corten! —ordena el director—. Ahora me parece…, me parece que resulta demasiado automático. Va directamente hacia la radio y la apaga como si no hubiese pasado nada. No hay ninguna razón. Ha perdido todo su misterio.

—Estoy de acuerdo —admito—. He tenido esa sensación desde el principio. Hay una clara falta de misterio.

—Bueno, vamos a intentarlo otra vez. Ahora estamos muy cerca. Lo noto.

En la sexta toma, irrumpo en la cabaña; descubro el cadáver; me quedo paralizado un instante; me dirijo hacia la radio; de nuevo me quedo quieto, y tiro la radio al suelo de un puñetazo. Noqueo a la muy hija de puta.

—¡Corten! ¡Corten! —grita el director—. ¡Perfecto! ¡Perfecto! Ésta es la buena. ¡Positivad ésta! ¡Ha sido perfecto!

3/90 (Paso de Valencia, México).

*(Aunque digan «¡*Acción*!», eso no significa que tengas que hacer todo.* MARLON BRANDO*)*

RÍO TECOLUTLA

Hendker y yo estamos de nuevo en el camión, con él al volante. Está muy tenso por el mal estado del vehículo, que no parece dispuesto a colaborar en absoluto. El embrague está a punto de partirse en dos. Hoy debemos recorrer con él una zona poco profunda de este enorme río, dar un amplio giro en forma de plátano, ir directamente hacia la cámara y dirigirnos hacia el viejo *ferry* que nos espera en la orilla opuesta. De nuevo, es un trabajo muy sencillo para nosotros dos, pero la acción que se desarrolla en segundo plano es compleja. Detrás de nosotros hay otro grupo de extras indígenas en la orilla, con redes de pescar, que deben moverse al unísono cuando pasemos ante ellos. Tienen problemas para entender qué significa moverse de derecha a izquierda. Otro indio, metido en el río con el agua hasta las rodillas, debe saludarnos con la mano cuando el camión se cruce con él. Es Raúl. Todavía lleva encima la trompa de anoche. La cantidad de tequila que se bebió tarda cierto tiempo en evaporarse del todo. Apenas puede levantar el brazo para saludarnos. Por su mirada se diría que lo acaba de arrollar un tren. No parece reconocerme en absoluto. Me asomo por la ventanilla del camión y le grito:

—¡Emilio Fernández! ¡Eh, Emilio!

Raúl, que lleva toda la ropa mojada, se me queda mirando y después se vuelve hacia la lejana cámara, completamente aturdido.

A Hendker se le ha vuelto a calar el motor, y decidimos que tal vez sea mejor intercambiar los asientos para que yo conduzca. Ya he conducido camiones en alguna ocasión. En cuanto me coloco detrás del volante me doy cuenta de por qué Hendker tenía tantos

problemas para manejar este cacharro. El volante tiene tanto juego, que hay que darle al menos tres vueltas antes de que las ruedas empiecen a girar. El embrague no se desacopla hasta que lo sueltas por completo, y entonces el camión empieza a dar sacudidas y tarda un rato en estabilizarse. Al grito de «¡Acción!» arrancamos con considerable suavidad. Todo parece funcionar a la perfección. El grupo de pescadores se mueve con sus redes en la dirección correcta. Raúl se las arregla para alzar el brazo y no mirar a la cámara. El camión avanza con un ruido sordo por la zona poco profunda de río. Hasta donde alcanzo a ver, junto a la cámara nadie grita o gesticula histéricamente. Doy el giro en forma de plátano y me dirijo hacia la orilla. Hendker se está dejando la piel en su «actuación», a pesar de que la cámara está emplazada a diez kilómetros de distancia. Realiza un trabajo introspectivo que apenas logro descifrar, agarrándose las rodillas y sonriendo como un loco. De pronto, noto que las ruedas traseras patinan y al girar escupen guijarros. Nos hemos quedado clavados en una zona de tierra blanda en el lecho del río. Reduzco a segunda y toda la parte trasera del camión se hunde hasta la altura del guardabarros. El motor se cala. Estamos en mitad del río, sentados en un camión cuyo morro se eleva en un ángulo de cuarenta y cinco grados y cuya parte trasera está sumergida bajo el agua. Debemos de parecer el *Titanic* justo antes de irse a pique. Ahora sí que hay un griterío alrededor de la cámara. Todo el mundo gesticula frenéticamente. Los veo a través del parabrisas, pegando saltos como langostas, haciéndonos señas con las manos. Todavía no se han dado cuenta de que nos hemos quedado clavados. Siguen haciéndonos indicaciones de que continuemos avanzando hacia la cámara, como si el problema fuese que no supiésemos hacia dónde teníamos que dirigirnos o algo por el estilo. Saco el brazo por la ventanilla y les hago señas, pero ellos siguen con sus absurdas indicaciones.

—¡Cortad, dejad de rodar! —les grito, pero están demasiado lejos para oírme.

Hendker sigue «actuando». Le explico que la toma ya se ha acabado.

—Nos hemos quedado clavados —le digo.

—Pero nadie ha dicho ¡Corten! —replica, y procura que su expresión siga siendo la del personaje.

—Yo he dicho ¡Corten!, pero no me han oído.

—¿Tú has dicho ¡Corten!? —dice, sonriendo como un perro enloquecido.

—Exacto. Yo lo he dicho. Pero creo que no me han oído.

—Pero tú no eres el director.

—No, no lo soy.

—En Europa sólo el director puede decir ¡Corten! —me explica.

—No estamos en Europa, estamos en México, y aquí cualquiera puede decir que la toma se ha acabado.

Poco a poco su rictus se va relajando. Es un rictus de fatiga y resignación. No sé en qué proporción es suyo y en qué proporción pertenece al personaje, pero empieza a desaparecer en parte. Al menos él ha estado entretenido con algo. Yo lo único que intentaba era conducir aquel jodido camión a través del río, y ni siquiera lo he logrado. Nos hemos quedado clavados aquí solos, con la cámara a kilómetros de nosotros. El río nos rodea por todas partes.

—¿De qué parte de Alemania eres? —le pregunto por decir algo, ya que me temo que vamos a pasarnos un buen rato a solas. Parece incómodo ante el carácter personal de la pregunta, aún reacio a abandonar definitivamente su personaje. Quizá la cámara todavía esté rodando.

—De Baviera —responde—. De un pequeño pueblo de montaña.

—Debe de ser muy tranquilo —digo.

—Sí, en efecto.

—¿Estás casado? —le pregunto.

—Sí. Tengo tres hijos. Ya son mayores.

—Debe de ser duro ver cómo cada uno se marcha por su lado.

—No, en realidad, no. A mi esposa y a mí nos gusta estar solos.

No para de mirar de soslayo a través del parabrisas hacia donde está emplazada la cámara, esperando ver alguna señal de que vienen a rescatarnos. Le rezuma sudor de las cejas.

—¿Te gusta ser actor? —le pregunto.

Se vuelve hacia mí con una alegre sonrisa. Ya ha abandonado por completo a su personaje. Siento que ahora estoy viendo a la auténtica persona.

—Me encanta —dice—. Realmente, me encanta.

—¿Llevas mucho tiempo en esto?

—Toda mi vida —responde, y su voz adquiere un tono reposado y filosófico. Su mirada se vuelve a dirigir hacia la orilla del río, hacia la cámara ahora sin nadie a su alrededor. Es una vista solitaria.

—Parece que se han olvidado de nosotros —comenta, con una risilla nerviosa.

—En efecto —digo—. Eso es lo que les sucede a los actores en los rodajes.

—Yo he trabajado sobre todo en el teatro.

—Bueno, allí al menos no tienes que vértelas con camiones y ríos.

—¡No! —Se ríe y se vuelve a agarrar las rodillas, como si temiese perder por completo el control—. ¿Crees que deberíamos bajar del camión? —me pregunta.

—Estamos rodeados de agua.

—Sí, bueno…, no puede ser muy profundo, ¿no crees?

—No tengo ni idea. Al menos hemos dejado de hundirnos.

—No habrá…, ¿cómo se dice en tu idioma…? No habrá pirañas por aquí, ¿verdad?

—¿Pirañas? No, no creo. Aquí no. Es en Sudamérica donde las hay. En el Amazonas.

—¡Oh! ¡Ahí vienen! —exclama, y se pone a dar botes en el asiento como un niño pequeño y a señalar un camión verde que avanza hacia nosotros a lo lejos—. ¡Por fin se han dado cuenta de lo que nos ha pasado!

Raúl sigue metido en el río, con el agua hasta las rodillas, los hombros caídos y la mirada fija en la orilla. Lo veo por el retrovisor. Está como petrificado.

—Es Emilio Fernández —le digo a Hendker, y trato de convencerlo de que se vuelva para echar un vistazo—. Ese que está

ahí.

—¿Quién es Emilio Fernández? —pregunta, sin apartar la vista del camión de rescate que se aproxima a nosotros.

—¿No has oído hablar de Emilio Fernández?

—No. ¿Quién es?

—Un héroe nacional. Mató a un crítico.

Hendker suelta una risa nerviosa y se seca el sudor de la frente. Me echa una mirada rápida, como si yo pudiese ser un maníaco, y abre la portezuela empujando con el hombro. Salta al río y empieza a agitar los brazos como un desesperado en dirección al camión de rescate. Le grito a través de la ventanilla:

—¡La gente dice que su esposa lo mató por celos, pero no es cierto! ¡Puedes verlo por ti mismo! ¡Ahí lo tienes! ¡Vivito y coleando como tú o como yo! ¡El mismísimo Emilio Fernández! ¡El Indio!

Raúl oye mi voz y se vuelve lentamente en el agua que se arremolina a su alrededor. Me lanza una mirada feroz con sus ojos negros, repletos de hilillos rojos de venitas reventadas. Alza el brazo muy lentamente, me señala y de nuevo me da la espalda. El sol rebota en su grueso cuello mientras hunde la barbilla en el pecho.

13/3/90 (El Puerto Barca de Balsa, México).

COLORADO NO ES UN COBARDE

Estamos en un pueblo prácticamente aislado de la civilización moderna. Está situado en la punta de una delgada península y la única manera de llegar a él es utilizando un primitivo *ferry* que hace dos viajes al día. En todo el pueblo sólo hay cuatro vehículos, dos teléfonos, una radio y ni un solo televisor. Todos los vecinos han salido de sus casas para contemplar la invasión del equipo de rodaje. Visten andrajosamente, se reúnen en pequeños grupos y se suben a sus hijos sobre los hombros. Observan cómo descargamos el equipo de iluminación, el de sonido, el de cámara; equipos que valen cientos de miles de dólares. Nos oyen hablar en francés, italiano, alemán, inglés y griego. Se fijan en nuestras ropas. Nos miran de la misma forma que nos miran sus hijos: sin juzgarnos, sin animosidad, con puro y simple asombro. Se ríen entre dientes y señalan tímidamente la larga melena rubia de las decoradoras de Berlín occidental. Se quedan mirando embobados los tatuajes y las camisetas con motivos de *rock and roll*; a los ayudantes de dirección, que caminan en círculo pegando gritos por sus misteriosos *walkie-talkies* negros; al director, que agita las manos y habla en cuatro idiomas diferentes; al ingeniero de sonido, que está montando su equipo a la sombra de una gigantesca higuera de Bengala y extiende su silla plegable y su sombrilla a rayas.

El árbol está repleto de estorninos que pían y chillan al unísono. El ingeniero de sonido se quita los auriculares y mira desconcertado a la horda de pájaros negros. Alguien en el interior de una cabaña de listones de madera y tejado de hierba seca enciende la única radio del pueblo. Las notas de un hermoso *corrido* se deslizan por el aire

cargado de humedad y se unen a los chillidos de los estorninos y a las risitas de los niños. El ingeniero de sonido alza las manos en señal de desesperación. La segunda ayudante de dirección cruza la *plaza* a la carrera hacia la pequeña cabaña desde la que se oye la radio. Les grita a sus ocupantes en español: «*¡Silencio, por favor! ¡Silencio!*». La radio sigue sonando, los estorninos siguen chillando, los niños siguen riéndose entre dientes, los ancianos siguen riéndose a carcajadas, las mujeres se ríen de los ancianos, los jóvenes se ríen de las mujeres. No hay ningún llanto. Ni un solo niño en todo el pueblo llora. Los pavos gluglutean, los cerdos gruñen, los perros ladran, los gallos cacarean. Ni un solo automóvil hace sonar la bocina. El director grita: «*¡Silencio!*», pero el pueblo sigue haciendo ruido. Nada puede detenerlo, ni siquiera el cine.

Un viejo *charro*, montado en un caballo todavía más viejo, con las costillas marcadas bajo la piel, se detiene en mitad de la calle y se nos queda mirando, con las curtidas manos sobre el arzón de la silla de montar. El primer ayudante de dirección le pide que se aparte, porque está en medio del plano. El *charro* azota a su viejo caballo en la grupa con un deshilachado pedazo de cuerda y le clava los talones de sus pies desnudos, pero el animal tan sólo parpadea. Sigue plantado allí en medio, con las orejas caídas y sin ningunas ganas de moverse. El pueblo entero se parte de risa. El director grita: «*¡Silencio!*». El viejo *charro* golpea de nuevo a su caballo y éste hace un par de patéticos corcovos y empieza a moverse. El pueblo entero aplaude. El *charro* sonríe y se toca ligeramente el enorme *sombrero*. Vuelven a oírse risotadas, cuyo eco llega hasta la selva. De repente, el director cambia de idea y quiere que el *charro* vuelva. Cree que podría añadir un toque de autenticidad a la escena, pero ya es demasiado tarde. El viejo ha desaparecido en una arboleda de mangos y al ayudante de dirección le resulta imposible dar con él. Se ha volatilizado.

Por fin la cámara está preparada. Vamos a rodar una pelea de gallos en la calle, frente a una polvorienta farmacia. Hendker y yo debemos meternos entre los espectadores y preguntar por un viejo amigo al que estamos buscando. La pelea será real, sólo que en los

espolones de los gallos se han colocado unos pequeños trozos de cuero en lugar de las cuchillas preceptivas en un combate de verdad. En la calle se ha montado un ruedo con arena para los contendientes. Los gallos ya están en sus puestos con sus cuidadores. Estos los acercan al rival para que empiecen a encresparse. Nuestro menudo foquista se mete en el ruedo de arena, entre los dos cuidadores mexicanos. Viste unos bermudas ceñidos y unas elegantes zapatillas de tenis negras. Extiende la cinta métrica desde la cámara hasta donde está él, unos noventa centímetros. Mide la distancia exacta hasta uno de los cuidadores, que acuna a su gallo como si fuera un bebé, acariciándole el brillante plumaje rojo y verde del cuello. El hombre tiene la boca llena de agua. Alza al gallo hasta su cara y le escupe el agua en la cabeza y bajo las alas, y de paso moja también al menudo foquista francés, que se lo toma con buen humor. Demuestra deportividad. Sonríe amablemente al mexicano, que está tan concentrado en la preparación de su gallo que ni siquiera se ha percatado de los resultados de su acción. El foquista traza una marca en la arena con el dedo, justo delante del mexicano, y sale del ruedo enrollando la cinta métrica, sin dejar de sonreír. Hace una pequeña reverencia, regresa sumisamente junto a la cámara y ajusta el objetivo. El mexicano baja la vista y descubre la marca en la arena. No tiene ni idea de quién la puede haber hecho, pero la arena tiene que estar absolutamente lisa para su gallo de pelea, así que la borra con la punta de su sandalia. El foquista alza la vista y descubre que la marca ha desaparecido. No entiende qué ha pasado. Entra de nuevo en el ruedo, vuelve a extender la cinta métrica, traza otra marca en la arena y regresa junto a la cámara del mismo modo que antes, con su reverencia y su sonrisa. De nuevo el mexicano borra la marca. El foquista no pierde la sonrisa. Esta vez lleva un palito y lo deposita sobre la arena a modo de marca. El mexicano tira el palito fuera del ruedo. Los palitos son todavía peores que las marcas para los gallos de pelea.

Cuando por fin empieza la pelea, la filmación sufre continuas interrupciones debido a que el dueño de uno de los gallos, que está bebido, no para de entrar en el ruedo para animar a su animal. El

director trata de explicarle que no es una auténtica pelea. Sólo se trata de rodar unas tomas. Pero el hombre no lo entiende. Dice que su gallo, al que llama Colorado, lucha siempre hasta la muerte. Ha peleado en Texas, en Arizona y por todo México, y siempre ha luchado hasta aniquilar al contrario. Puede malograrlo para futuros combates si no dejan que mate a su oponente. El director le dice que eso no se puede hacer en una película. Que es ilegal matar a un animal para rodar una película. El propietario se siente ofendido y recoge a su gallo. «¡Colorado no es un cobarde!», exclama, y se marcha indignado. El director le pide disculpas, pero el propietario se niega a dejar que su gallo siga luchando en esas circunstancias. Se aleja haciendo eses por el polvoriento camino, con su orgulloso gallo bajo la axila. Le ha dado la espalda al cine.

14/3/90 (Comalteco, México).

EL LUGAR

Mi hijo mayor y yo transportamos un gran bloque de piedra caliza desde la orilla del lago Michigan hasta el pequeño cementerio que domina los campos de heno del condado de Door. Lo arrastramos atado a una vieja cuerda de nailon que tenía en la parte trasera del camión. Cavamos una zanja entre dos cedros y lo metimos de canto, de manera que la cara blanca de la piedra mirase al sol de la mañana. Durante más de setenta años mis abuelos maternos estuvieron enterrados en una tumba sin nombre. A mi madre eso nunca le gustó, así que pusimos manos a la obra para solucionarlo y colocamos como lápida una piedra recogida en la parte de la orilla en la que su padre se había construido su cabaña a finales del siglo pasado. Ese mismo día, un poco más tarde, la llevamos allí para que viese la pequeña sorpresa que le habíamos preparado. Mi madre caminó alrededor de la lápida, con los brazos cruzados sobre el pecho y un aire de preocupación en la mirada. Nos agradeció el esfuerzo y sonrió. Después se detuvo durante un rato y contempló con detenimiento los dos cedros, paseando la mirada desde la rugosa corteza hasta la frondosa copa de hojas semejantes a las de los heléchos. Se volvió y contempló el caminito de grava que dividía la parte protestante y la católica del cementerio.

—Me parece que éste no era el lugar —dijo con tono apenado mientras se volvía hacia nosotros y señalaba con un movimiento de la cabeza la enorme lápida que habíamos colocado—. Hace tanto tiempo… Intento acordarme. Sé que a papá lo enterraron al lado de mamá. Así es como ellos querían que se hiciese. Siempre quisieron reposar el uno junto al otro. Por supuesto, fue decisión suya que no

se pusiese una lápida. Todo el mundo era tan humilde entonces… Sé que papá quería que fuese así, disolverse en la tierra y desaparecer. Aunque me fuera la vida en ello, no conseguiría acordarme. Entonces esos dos árboles eran tan pequeños…

Le dije que, si quería, podíamos cambiar la lápida de sitio. Sólo habría que cavar otra zanja y trasladar la piedra. Pero ella no lograba recordar el lugar exacto.

—No estoy segura. Creo que ésta debe de ser más bien la parcela de los Poole. Me parece recordar que enterramos aquí a Maude. Creo que el terreno entre estos dos cedros era suyo. Recuerdo haber estado aquí de pie durante el entierro de Maude. Es terrible cuando te haces un lío con los entierros a los que has asistido.

Volvió sobre sus pasos unos metros, se detuvo y se volvió hacia la brillante superficie del lago Michigan. El viento agitó un mechón de su cabello cano, que se le pegó a la boca, pero ella no se movió. Parecía mirar a lo lejos, más allá de la enorme superficie de agua, hacia Canadá.

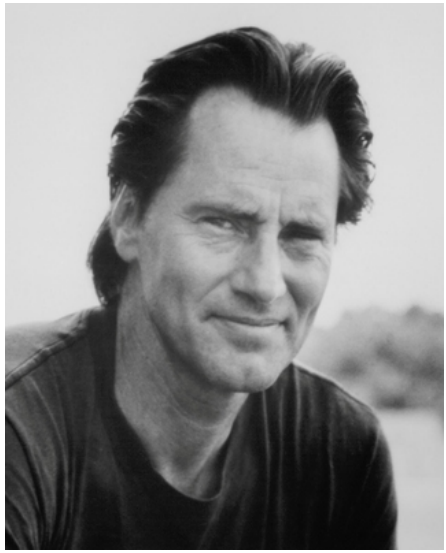
—Sí, creo que yo miraba hacia el este, hacia el lago. Estoy segura. Recuerdo el viento en la cara, como ahora. Me llegaba el olor del agua.

—Bueno, quizá podríamos comprobarlo con el guardián, mamá. Tienen un plano, con todas las tumbas marcadas.

—Supongo que sí —dijo, y de nuevo se volvió, esta vez hacia el bosque de abedules—. Por el momento, será mejor que lo dejemos como está.

Casi exactamente un año después, enterramos las cenizas de mi madre un poco a la izquierda de los dos cedros. Comprobamos con los encargados del cementerio la situación de nuestra lápida y, efectivamente, estaba en un lugar equivocado, así que la desenterramos y la volvimos a colocar. Justo detrás de la tumba de mi madre. Ahora todo estaba en su sitio, y así lo dejamos.

4/2/95 (Scottsville, Virginia).



Sam Shepard (Fort Sheridan, Illinois, 1942 - Midway, Kentucky, 2017) se convirtió en un mito contemporáneo: polifacético como Boris Vian, legendario como Neal Cassady, amigo y colaborador de los Stones, Patti Smith y Bob Dylan, batería durante años de un grupo de acid *rock*, actor en películas como *Días del cielo* y *Elegidos para la gloria*, coguionista de *Zabriskie Point* y *Paris, Texas*, casado con Jessica Lange durante casi treinta años… y, como remate, autor, galardonado con el Pulitzer y el Obie, de más de cuarenta obras teatrales, por las que se le ha llamado el sucesor de Tennessee Williams. En Anagrama ha publicado la novela *Espía de la primera persona* y *Yo por dentro*, los libros de relatos *Cruzando el paraíso* y *El gran sueño del paraíso*, la obra teatral *Locos de amor*, los volúmenes misceláneos *Luna Halcón, Crónicas de motel y Estados de shock. Al norte. Lengua silenciosa* y el libro de crónicas *Rolling Thunder: con Bob Dylan en la carretera*.

Notas

[1] Doctrina política en boga en los Estados Unidos durante el siglo XIX, según la cual, el «destino manifiesto» del pueblo americano era ocupar todas las tierras que se extendían del Atlántico al Pacífico. *(N. del T.)*. <<

[2] George «Gabby». Hayes (1885-1969), actor secundario que empezó en el cine mudo y se especializó en papeles secundarios en películas del Oeste. *(N. del T.)*. <<

[3] En castellano en el original, como todas las palabras en cursiva que aparecen en el libro. *(N. del T.)*. <<

[4] En castellano en el original. *(N. del T.)*. <<

[5] Títulos de canciones de la época. La primera es de Cole Porter, la segunda, de Duke Ellington; la tercera, de Harold Arlen y Johnny Mercer; la cuarta, de Jimmy McHough y Harold Adamson. *(N. del T.)*. <<

[6] Trofeo que consigue el caballo que gana las tres carreras más importantes de los Estados Unidos en una misma temporada. *(N. del T.)*. <<

[7] Organización patrocinada por el Departamento de Agricultura de los Estados Unidos, dedicada principalmente a enseñar a los jóvenes de las zonas rurales los métodos modernos de trabajo agrícola. *(N. del T.)*. <<

[8] «No eres la única arruga de la ciruela. No eres la única manzana del árbol. Sin embargo, confieso… de veras, de veras… que sólo tengo ojos para ti». *(N. del T.)*. <<

[9] En castellano en el original. *(N. del T.)*. <<

[10] En inglés, *Lillie* se pronuncia como *Lily*, que significa «azucena». *(N. del T.)*. <<

[11] El titulo original, *Quick Stop*, literalmente «parada rápida», es también el nombre de una cadena de bares de carretera. *(N. del T.)*. <<

[12] Andrew Newell Wyeth (n. 1917), pintor norteamericano conocido por sus paisajes y temas rurales, caracterizados por una peculiar mezcla de realismo «fotográfico» y simbolismo. *(N. del T.)*. <<

[13] Frederic Remington (1861-1909), pintor, escultor e ilustrador norteamericano, famoso por sus cuadros del Oeste. *(N. del T.)*. <<

[14] Juego de palabras intraducibie. *Blue trues* significa literalmente «azules genuinos», y la expresión *true blue*, «partidario acérrimo». *(N. del T.)*. <<

[15] Apelativo que se dio a California desde finales del siglo XIX hasta principios de la década de los cuarenta, cuando era el mayor productor de cítricos de los Estados Unidos. *(N. del T.)*. <<

[16] El «Desierto Pintado», región de Arizona conocida por el múltiple colorido de las piedras. *(N. del T.)*. <<

[17] Típica pronunciación sureña de *river* (río). *(N. del T.)*. <<

[18] La palabra inglesa es *junket*, que significa «gira», pero también «dulce de leche», «excursión» y «viaje de inspección realizado con fondos públicos». El original juega con el triple significado. *(N. del T.)*. <<

[19] Walter Winchell (1897-1972), periodista cuyas crónicas sobre el mundo artístico y político lo convirtieron a partir de los años treinta en toda una institución en Nueva York. *(N. del T.)*. <<

[20] «Autopista» en alemán. *(N. del T.)*. <<

[21] En castellano en el original. *(N. del T.)*. <<

[22] El pájaro trueno, *thunderbird* en inglés, es una figura mitológica del folklore de algunas tribus indias norteamericanas, que tiene el aspecto de una enorme águila y es capaz de provocar truenos, rayos y lluvia. *(N. del T.)*. <<